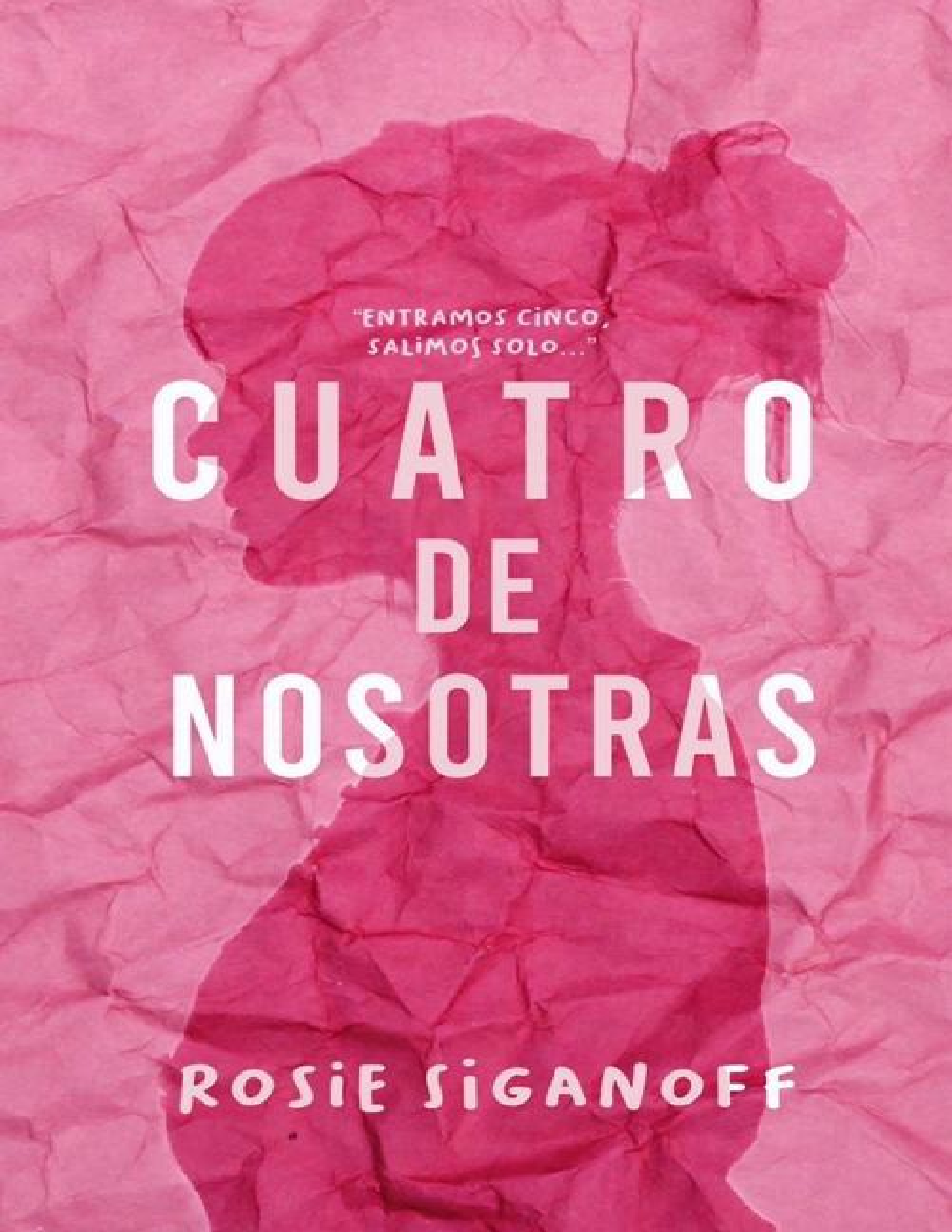

"ENTRAMOS CINCO,
SALIMOS SOLO..."
CUATRO
DE
NOSOTRAS
ROSIE SIGANOFF

Contents

CUATRO DE
Rosie Siganoff
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo.
Agradecimientos.

CUATRO DE
NOSOTRAS.

Rosie Siganoff

CUATRO DE NOSOTRAS

Autor: Rosie Siganoff
ISBN: 9798336690057
Sello: Independently published
Todos los derechos resevados
© 2024, Rosie Siganoff

Para Caro y, sobre todo, para la ciudad
de Nueva York, por inspirar esta historia.

Prólogo

~~Día del rescate~~ – Sophia.

— ¡ARRIBA LAS MANOS!

Levantamos las manos. En alto. Nos rompimos. Nos miramos unas a otras en la oscuridad, expectantes. Todas sabíamos lo que habíamos hecho, éramos conscientes de lo sucedido, y la culpa nos corroía.

Mis manos temblaban al compás de mis piernas. Siempre había sido la más severa de nosotras, la más resiliente, y sin embargo, me era imposible esconder el miedo. Me esperaba lo peor —*¿qué podría ser peor que esto?*—. Había perdido cualquier atisbo de ilusión hacía más tiempo del que podía recordar.

Beatrice se permitió llorar ruidosamente mientras Andrea se dejaba caer sobre sus rodillas. Catherine y yo nos miramos en silencio, aterradas por todos aquellos sucesos que nos habían llevado a ser las guardianas de aquel secreto.

¿Cómo se lo diríamos a todos? ¿Lo haríamos? Negué, siendo consciente de que la verdad jamás debería salir a la luz. Lo que hicimos, nuestros errores, ahora sólo eran polvo de estrellas. Pero mientras esperábamos a que llegasen hasta nosotras, mientras intercambiábamos miradas de puro miedo y desesperación, lo supe con certeza: nunca más íbamos a poder escapar de ello, olvidarnos de lo sucedido. Éramos esclavas de nuestras decisiones.

La luz de aquellas linternas blancas me cegó por unos minutos. Me sentí vulnerable, más no esperanzada. Unas manos me tomaron de los hombros, e instintivamente peleé para que me soltasen. Totalmente a la defensiva, totalmente despojada de inocencia. Deberíamos sentirnos seguras, salvadas. Nos habían rescatado de un secuestro y devuelto con nuestras familias. Deberíamos sentirnos cómodas entre policías, pero era todo lo contrario.

Sólo éramos cuatro chicas muertas de miedo. Cuatro de nosotras...

Capítulo 1

Un año luego del rescate – Beatrice

Beatrice Sprout es un nombre que significa muchas cosas distintas para personas diferentes. Es el nombre que le pareció adecuado a mi madre para mí. También es aquel que mis amigos han optado por abreviar cariñosamente a *Bea*. Y, aun así, también fue el nombre que llenó los titulares de periódicos y portales de noticias durante muchos meses.

Yo sé de medios de comunicación. Estudio periodismo y relaciones públicas en la NYU. Por ello, puedo afirmar que los noticieros explotaron nuestros nombres, nuestra tragedia, lo más que pudieron. Somos *las cuatro de Chelsea.* Las cuatro jóvenes halladas en un sótano en *West Side*. Somos la noticia que revolucionó a la alta sociedad neoyorquina, las caras que todos han visto alguna vez.

—¿Chocolate o caramelo? —me preguntó Drea, mientras miraba el catálogo web de gustos de helado.

—Caramelo —dije mientras pasaba las páginas de una *Vogue* antigua.

Nos encontrábamos en la casa de verano de Sophia en los Hamptons. El plan era comprar hamburguesas, batidos y helado mientras mirábamos una *romcom*. Nada extraño, algo normal entre las chicas de nuestra edad. El problema es que nosotras nunca seríamos normales, lo sé porque veo las sombras acumuladas en los ojos de todas.

Drea y yo llegamos juntas en un taxi que pagamos mitad y mitad entre las dos. Sophia, la dueña de la casa, ya se encontraba ahí, con la cabeza metida en los libros de medicina que tanto adora. Rápidamente, la incitamos a que se tomara un descanso y eligiera el menú para aquella noche con nosotras.

Una hora más tarde llegó Catherine, con su melena morena elegantemente desprolija y su ropa negra intacta. Ella poseía su propio auto y, al igual que su dueña, este portaba un fuerte olor a perfume.

—¡Chocolate! —exclamó Cath, alargando la última «*e*».

Sophia negó mientras proponía pedir vainilla y Drea farfullaba que la mejor opción era la menta granizada. Cada una tenía gustos muy distintos y no solamente en la elección del helado. Nunca habríamos sido amigas en otras circunstancias, pero aquí estábamos. Juntas, luego de un año.

Finalmente, nos decidimos por pedir helados individuales para cada una, incapaces de ponernos de acuerdo. Cuando la comida llegó, todas nosotras nos encontrábamos en el gran sillón blanco, acurrucadas con unas sábanas beige y la película iniciando en el televisor. Habían elegido una de mis favoritas, *«La propuesta»*, y yo me encontraba alegre de ver la gran actuación de *Sandra Bullock* y *Ryan Reynolds*. Siempre he sido una fanática empedernida del romance; los únicos libros que leo y las películas que disfruto son de romance.

—Cuando sea jefa de mi propia empresa, voy a ser como ella… —comentó la morena, mientras se llevaba las papas a la boca—. Dios, cómo puede estar tan buena Sandra.

Todas nos reímos ante los comentarios usuales de Catherine. De reojo, veo a Sophia hacerle una trenza a Drea en su cabello rubio oscuro y a Cath pintarse las uñas del color del vino. Y sonreí, porque estoy alegre con el grupo de amigas que he hecho. Daisy y Lucinda, mis amigas previas a la tragedia, no son lo mismo que antes. Mentira, son iguales; el problema es que yo he cambiado y ellas no. No entienden las sombras en mis ojos como lo hacen estas tres chicas a mi alrededor

que, justo ahora, se encuentran babeando con el torso desnudo de Ryan Reynolds.
Eso no ha sonado tan bien como creía.
—Tanto Ryan Reynolds como su esposa me hacen dudar de mi sexualidad —suelta Cath, a lo que Drea asiente.
Ninguna ha olvidado lo sucedido, no del todo. Lo sé porque veo la mirada de Sophia cada vez que escucha una voz masculina, buscando coincidencias con la de él. O como Cath da tragos y tragos a las bebidas cuando cree que nadie la mira. Por último, está Andrea, quien salta asustada con cada estímulo fuerte, quien tiembla al escuchar alarmas y cierra los ojos ante las luces fuertes.
Es al final de la película cuando todas reímos con la escena postcréditos y nos olvidamos de los sucesos que nos reunieron. La casa de los Hallington es realmente hermosa, como la de *los Van Der Woodsen* en *«Gossip Girl»*. Desde el año pasado, cuando habíamos empezado a frecuentar la casa, me había quedado obsesionada con esta. Todo en ella gritaba: *«¡Aquí vive Sophia Hallington!»*, con sus muebles blancos, pulcros y minimalistas, y sus toques beige y marrón en pequeños complementos distribuidos uniformemente por la estancia.
Al finalizar la película, todas nos encontrábamos adormecidas. Podía oír de fondo la voz de Cath contándole uno de sus nuevos ligues a Sophia, pero mi mente no captaba nada de lo que decía con verdadera atención. Por otro lado, Drea ya se encontraba en el quinto sueño y suponía que se debía a que había estado toda la mañana trabajando en aquella cafetería a unas cuadras de mi universidad.
Andrea Sinclair había sido de nosotras la única que no había retomado su vida. Dejó la universidad. Dejó de hablar con sus amigos y abandonó cualquier actividad extracurricular y de ocio que disfrutase. La rubia había optado por conseguir un trabajo de medio tiempo en una cafetería de especialidad en el centro de Nueva York donde le pagaran lo suficiente para el alquiler. Mi madre se había amigado mucho con la suya luego del suceso que nos unió a todas. Suzanne Sinclair, una mujer rubia de cabello corto y rondando los cuarenta y cinco años, se encontraba muy preocupada por su hija menor. Drea era la menor de tres hermanos, todos nacidos en San Francisco, California. Su familia deseaba que ella volviese a casa, pero Drea ya se había encariñado con la movida neoyorquina.
Le acaricié algunos de los cabellos rebeldes que se encontraban en su cara. Yo también me encontraba preocupada por ella. Había algo en Drea que nos producía ternura a todas; era la más bajita de nosotras y siempre estaba con una expresión aniñada y juvenil.
Mi celular vibró.
Miré la pantalla de este con pesar; mis ojos luchaban por abrirse y mi cuerpo les rogaba cerrarse. Extendí mi mano y me acerqué el objeto a la cara; tardé varios minutos en enfocar la vista.
«¡ENCUENTRAN A OTRA CHICA EN CHELSEA!»
Me senté abruptamente. Ignoré las quejas de Drea, a quien había pateado inconscientemente en el estupor del momento. Mis manos temblaban y mi mirada no abandonaba la pantalla; más sin embargo, no podía leer nada, me encontraba bloqueada.
—¿Bea? —intentó llamar mi atención Sophia, fracasando.
Impaciente, Catherine me arrancó el celular de las manos y yo no tuve la estabilidad necesaria para negarme. Habría leído alguno de los mensajes del grupo de mi clase de francés, lo sé ya que su cara mostraba no entender nada de lo leído, hasta que llegó a la notificación del periódico al que estoy suscripta. Su reacción fue muy parecida a la mía, sólo que a ella sí le salieron las palabras:
—La encontraron…

La dueña de la casa puso rápidamente el canal de las noticias y todas fuimos impactadas por la realidad. Nos habíamos refugiado en aquella casa, ajenas a todo. Y, sin embargo, los desafortunados eventos conseguían atraparnos igualmente:

—*Hoy la policía de Manhattan ha sido alertada de sucesos extraños en Chelsea, aquel barrio donde seis meses antes se habían encontrado a las cuatro jóvenes desaparecidas. Han encontrado el cuerpo de una joven más. Aún se desconoce la identidad de esta y la causa de muerte.*

Muerte. Muerte. Muerte. Muerte. Muerte. Muerte. Muerte. Muerte…

Muerta.

Todas nos quedamos pasmadas, incapaces de mirarnos. Culpables era una palabra que se quedaba corta para describir cómo nos sentíamos. Lo único que oíamos eran las sirenas policiales del televisor y la voz de la reportera entrevistando a testigos del barrio que pasaron a segundo plano.

—Está muerta… —susurró Sophia, trayéndonos a todas a tierra—. ¿Qué haremos?

Fruncí el ceño. El tono con el cual ella había hecho la pregunta no me gustaba nada. Una cosa que odiaba y a la vez amaba de la rubia era su manera racional de pensar, siempre guiándose por la lógica y sin dejar que sus sentimientos interfirieran en sus decisiones. A veces era una bendición, pero yo sabía que finalmente sería su perdición.

—¿Qué hacemos? —repetí sus palabras—. ¡Decir la verdad! Debimos haberla dicho en su momento.

—Hicimos una promesa. ¡Estuvimos de acuerdo! —me respondió la dueña de la casa.

—¡ELLA ESTÁ MUERTA! Va más allá del acuerdo —intervino Drea, con la voz temblándole.

—Y él sigue libre —dijo Catherine—. Nos van a llamar a dar testimonio en cualquier momento. Debemos tener una historia.

Sophia asintió sonoramente, dando a entender que ahí es donde quería llegar. Los celulares de todas comenzaron a vibrar, sacándonos de aquella nebulosa de incertidumbre. Revisé la pantalla:

«MAMÁ:

¿Dónde estás?

Suzanne no localiza a Drea.

Confírmame que estás bien, Bea.

Hay noticias del caso.

¿Estás bien?

Helem quiere hablar con todas».

Supuse que todas las demás habían recibido mensajes similares de sus respectivos familiares. Helem Hallington es la madre de Sophia, una reconocida abogada, quien ha sido la encargada de ayudarnos en todo el proceso. Las madres de las cuatro se habían unido mucho luego de lo sucedido; se habían refugiado entre ellas, sin saber cómo actuar, cómo tratarnos, cómo hablarnos. Nos habíamos vuelto frágiles y a la vez tan venenosas. Intratables.

«NÚMERO DESCONOCIDO:

Hicimos un trato, espero lo cumplan, mis niñas»

Capítulo 2

Un año luego del rescate – Catherine

La peor pijamada del mundo.
No debería sorprenderme; alrededor nuestro las cosas siempre salen mal, pero no esperé que tanto. Éramos chicas sin suerte, y aun así, eran mis verdaderas amigas y yo la suya. Me había dado cuenta en estos últimos meses de lo superficiales que eran mis amistades hasta ese entonces. Layla y Tyson eran buena compañía cuando se trataba de fiestas y aventuras nocturnas, pero no son de esas amistades que permanecen en las buenas y en las malas. Bea, Drea y Sophia habían demostrado ser distintas.
La mañana siguiente era un sábado que prometía ser el peor en mucho tiempo. La noche anterior había dejado a Bea en el campus de la NYU y a Drea en su departamento. Y ahora me enfrentaba a la soledad de las cuatro paredes blancas de mi hogar. Nunca he peleado con la soledad ni me ha importado lo suficiente como para hacerla desaparecer, pero esa mañana fue distinto.
Deslizándome por el apartamento con una copa de vino en mano y la voz de *Madison Beer* tapando el silencio, me sentía desdichada. Quería volver a las risas y al torso desnudo de Ryan Reynolds. ¿Era mucho pedir?
Me gustaría mucho tener los problemas deshonestos de las demás chicas de mi clase. Me gustaría moverme toda la noche al ritmo de la música con la única preocupación de qué me pondría al día siguiente o cómo me iría en el siguiente examen. Esa era Catherine Wallace antes, y ahora esa versión de mí se veía tan lejos, inalcanzable.
Revisé desinteresadamente las notificaciones. Algunos mensajes de Bea, tintados por su usual preocupación por mí. Otros de Tyson, invitándome a una fiesta al otro lado de la ciudad. Y, por último, aquel mensaje que nos había movido el piso a cada una de nosotras.
Hoy mi única obligación era olvidarme de todo aquello, pero ni el vino ni la música estaban haciendo su usual efecto en mí. Los recuerdos no paraban de dar vueltas en mi cabeza, pidiéndome que les dé mi total atención. *Yo soy Catherine Marie Wallace*, me repetí. *Futura empresaria y jefa de operaciones de mí propia marca. Soy el cisne negro que sorprenderá a su familia*. Y, sin embargo, mi mente estaba estancada en la misteriosa figura de aquel hombre que había hecho nuestras vidas una miseria. Revisé la página de mi universidad mientras tonteaba con las letras de Madison de fondo. Me quedé en blanco cuando escuché el timbre de la casa sonar. Con pasos cautelosos, me acerqué a la puerta.
—¿Quién es? —pregunté, la voz temblando con una mezcla de anticipación y ansiedad.
—¿Esperas a alguien, Cath? —respondió una voz conocida, cargada de una sensualidad que parecía deslizarse como un suave susurro a través de la puerta.
Derek Allister es quien me espera tras la puerta. Me mira con sus ojos traviesos, aquellos que buscan comerme toda. Nos conocemos desde hace bastante, más precisamente desde que me pidió prestados condones hace seis meses y terminamos usándolos juntos. Ahora simplemente somos vecinos que de vez en cuando disfrutan tocándose.
—A ti no. ¿Necesitas más condones? —pregunté, usando nuestro lenguaje en código.
Permaneció unos minutos en silencio, analizándome con sus ojos azules. Por un momento me sentí indefensa. Débil. Como si estuviese a punto de romperme. Frágil.
Me recompuse: mirada juguetona y cuerpo relajado.

Yo siempre he sido de las cuatro aquella con la habilidad de actuar. Muchos creen que el único fin de seducir a alguien es llevarlo a la cama, pero sólo aquellos con experiencia sabrán que la seducción es un medio para cosas más grandes.

Pero esta noche la seducción sí tenía ese fin.

Mis manos se deslizaron por su cabello azabache, sintiendo su textura suave y ligeramente húmeda bajo mis dedos, mientras sus besos en mi cuello encendían una chispa de calor que se propagaba por mi cuerpo. Mis piernas se enredaban en su torso desnudo, sintiendo el contorno de sus músculos contra mi piel. Cada roce, cada fricción entre nosotros, era una danza de placer que me hacía suspirar y anhelar más. El deseo se acumulaba como una corriente eléctrica, su energía casi tangible.

Deslicé el short hacia un lado, eliminando la barrera que nos separaba mientras reíamos juntos, el sonido de nuestras risas entrelazado con el suave roce de la piel. Mi rostro se hundió en su cuello, inhalando su loción de hierbas silvestres, un aroma que evocaba la frescura de un bosque en la primavera, mezclado con un toque de sensualidad. Mi sonrisa se fundía con el aroma familiar mientras mis labios buscaban los suyos, atrapándolos. Mis manos recorrían su pecho, cada caricia lenta y deliberada, sintiendo el calor de su piel bajo mis palmas. La sensación de sus músculos tensos y su piel suave creaba una tormenta de placer en mi interior. Derek correspondía con un toque de deseo, explorando mis zonas más erógenas con una precisión que conocía de memoria. El calor entre nosotros era casi palpable, como una llama que crecía con cada movimiento, y sus ojos entrecerrados reflejaban el placer que sentía. Su mirada, cargada de intensidad, se unía a la mía, un intercambio de deseo y necesidad.

Mi mano se deslizaba sobre su bóxer con una delicadeza calculada, moviéndose lentamente, creando estímulos que hacían que sus susurros de placer se mezclaran con el sonido de nuestras respiraciones entrecortadas. La voz ronca de Derek se alzó, un murmullo profundo y cargado de frustración:

—Cómo te gusta torturarme así, Cath…

Sonreí, satisfecha con el control que tenía sobre él. Me encantaba la dinámica de hacerlo suplicar, de tener el poder absoluto en ese momento.

—Sabes que tienes que pedírmelo —demandé, mi voz un susurro sensual y dominante.

Derek echó la cabeza hacia atrás, sus ojos fijos en los míos, como si fuera la única mujer en su universo. Me miraba con una adoración reverente, como si me considerara una diosa.

Su cuerpo se apoyó en mi pecho; la conexión entre nosotros era una chispa de electricidad.

De repente, me encontré transportada a otro lugar, a una oscuridad total donde un cuerpo dominaba el mío con una intensidad desbordante. Las sensaciones eran abrumadoras, sus manos firmes agarrándome de la cintura, moviéndome hacia él con una pasión salvaje. Cada empuje era una ola de placer, un ritmo constante que me hacía gemir con una intensidad desconocida. Me sumergí en una experiencia pura, sin rostro ni voz, sólo sensaciones que estallaban en un mar de éxtasis.

Una no debía acostarse con su secuestrador. No debería, pero yo lo había hecho. Ha pasado mucho tiempo, pero el suceso sigue en mi mente, imborrable

Regresé a la realidad cuando los labios de Derek me sacaron de mi trance; el calor de su boca me devolvió a mi departamento. Se apartó lentamente, su mirada fija en la mía, cargada de una sospecha que no había notado antes.

—Y no creas que no vi las noticias. Ahora no, porque te voy a hacer llegar, pero luego vamos a hablar de cómo te sientes con lo que está pasando, Cath.

Ni cuando tengo sexo puedo escapar de aquel suceso.

Capítulo 3

Un año luego del rescate – Andrea

Acomodé las tazas en la repisa. El olor a cafeína me invadió el sentido del olfato. Y mientras me ataba el delantal verde de *Millefleur Coffee*, escuchaba un podcast sobre *«Harry Potter»*. Últimamente me había sentido muy atraída por la magia que representaba aquel universo fantástico. Sonreí al ver mi fondo de pantalla, el cual se trataba de una foto de Bea y yo, ambas abrazadas en la puerta de un teatro. Habíamos ido a ver *«Harry Potter y el legado maldito»* usando nuestras bufandas azules de Ravenclaw.

La campana de la puerta sonó, anunciando la llegada de alguien al café. Miré con curiosidad a la persona que se despertaba tan temprano un domingo. Nunca trabajaba los domingos; realmente creía que nadie iría a tomar un café a las seis de la mañana, por lo cual había pedido aquel turno. Quería reflexionar en la soledad sobre todo lo acontecido los días previos.

Desde la puerta de entrada me observaba atentamente una chica de mi edad. Instintivamente, al verla sentí que veía a un hada, con su cabello albino, sus grandes pómulos rojizos, su piel de mármol y sus grandes ojos celestes. Lucía extrañamente peculiar. Había algo que no terminaba de encajar; no parecía de aquellas chicas de *Greenwich Village* que solían frecuentar la cafetería. Llevaba una larga y oscura pollera floreada hasta los tobillos, un suéter de punto colorado y una gran variedad de complementos llenando su cuello y manos.

La chica me sonríe con cada uno de sus dientes y avanza hacia mí.

— ¡Buenos días! ¿Qué va a querer ordenar? —le pregunté con una gran sonrisa.

— ¡Hola! Vengo para una entrevista de trabajo, me dijeron que debía preguntar por Solène —respondió ella con una actitud muy positiva.

La detallé con aún más atención a mi posible compañera de trabajo. Solène Florence Dozier era mi jefa, una emigrante francesa que había decidido abrir una cafetería con toda la estética parisina que tanto le recordaba a su hogar.

—Ahí la llamo, espera aquí —le pedí. Antes de irme por la puerta a la parte trasera del local, volví a hablarle—. Por cierto, me llamo Drea ¿y tú?

—Eleonora Attiswood, Ellie para mis amigos.

Me adentré en la cocina y busqué con la mirada una cabellera castaña y larga. Encontré a mi jefa con unas carpetas en manos y la atención puesta en su contenido.

—Solène, llegó una chica para una entrevista —llamé su atención.

—*Merci*, Drea —me agradeció, poniendo una mano en mi hombro al pasar a mi lado.

Caminé a su espalda hacia la parte delantera de la cafetería. Le sonreí a la albina, deseándole silenciosamente buena suerte. Caminé hacia el lado contrario de la habitación, donde una persona estaba sentada de espaldas a mí con un libro en manos. Se trataba de un joven de gorro gris de lana y piel blanca. Llamé su atención con mis pasos, haciendo que sus ojos azules se posaran en mí.

—Disculpe, ya puede acercarse a pedir su orden a la caja. Perdón que me ausente por un momento —dije con una disculpa honesta, acompañada de una pequeña risa.

—No pasa nada, gracias.

Me paré detrás del recibidor junto a la caja registradora. Atrás de mí veía de reojo a Ellie y la jefa hablar. Dejé de pensar en ello cuando el cliente se posicionó frente a mí. Poseía una camisa a

cuadros abierta y unos jeans grises, pero lo que más llamó mi atención fue el libro en sus manos*: «Percy Jackson y el ladrón del rayo»*.
— ¿Qué vas a querer ordenar? —le pregunté al chico de gorro.
—Un mocca grande, por favor… —pidió él, mientras posa sus ojos en mi pecho— Drea.
— ¿A nombre de…? ¿Y es para tomar acá o para llevar? —pregunté, tomando un marcador entre mis dedos.
—Jasper, y es para tomar acá —respondió, mientras me extendía el efectivo.
Me reí al mismo tiempo que contaba la plata.
—Te llamas como el de *«Crepúsculo»*.
—Me lo han dicho, soy igual de carismático que él —bromeó.
Ambos reímos. Me acerqué a la cafetera y comencé a preparar la chocolatosa bebida pedida. A mi lado, Ellie observaba cada uno de mis movimientos. La francesa había vuelto al interior de la cocina y ahora sólo nos encontrábamos en la cafetería Jasper, Ellie y yo.
— ¿Cómo resultó la entrevista? —le pregunté a ella.
En sus manos, Eleonora tenía un delantal igual al mío, pero sin su nombre bordado en un lado y sin los pines con los que había personalizado mi uniforme. Supuse que las cosas habían salido bien, pero esperé amablemente su respuesta.
—Estoy a prueba hoy y te dejo como mi supervisora.
Me detuve. Hoy se suponía que sería un día tranquilo, un día para mí. Donde no hablaría con nadie más que con algún que otro cliente ocasional. Poder reflexionar sobre aquel mensaje que todas recibimos y la aparición de aquella chica que dejamos atrás. Hoy *era* un día silencioso.
—Y… noto que esa noticia no te ha entusiasmado mucho —soltó ella, disfrazando su incomodidad con una risa.
—Sí —solté, pero luego noté lo que había dicho—. O sea, ¡no!
Ella me observó con las cejas levantadas y una expresión de confusión y escepticismo.
—Las cosas son mucho más complicadas que decir blanco y negro —repuse, con una seriedad desconocida en mí.
Respiré sonoramente y tiré los hombros hacia atrás. Dejé que una sonrisa se apoderara de mi boca y el brillo de mis ojos.
— ¡Bien! Te haré un pequeño tour de dónde está todo. Pero antes… —caminaré hasta el final de la barra con una taza de cerámica en manos. Se la entregué a Jasper—. Espero que lo disfrutes.
—Estoy seguro que sí, gracias, Drea.
El chico caminó hasta la mesa donde se encontraba antes y volvió a enfrascarse en su lectura. Por un momento lo observé con admiración, atraída por aquella tranquilidad que transmitía. Finalmente lo dejé atrás y me dirigí a la cocina con Ellie pisándome los talones.
Inicié explicándole detalladamente las distintas tareas que debía cumplir y dónde se encontraban los ingredientes y utensilios, sintiendo en todo momento su mirada sobre mí. Poniéndome totalmente nerviosa.
Amaba la cocina de aquella cafetería francesa, con sus muebles verdes y sus toques rosas por todas partes. Me agradaba cómo mi jefa había sabido combinar tan bien dos colores que parecían no encajar para nada. Me recordaba a esas parejas que no son para nada iguales y aun así encajan perfectamente.
Amo mi trabajo.
— ¿Alguna duda? —le pregunté a la nueva.
—Sí, ¿por qué la jefa no deja de mirarnos como si fuésemos cachorritos bajo el agua? —cuestionó, lo último en un pequeño susurro apenas oíble.

Fruncí el ceño, extrañada. Hice un giro de ciento ochenta grados, encontrándome con la mujer de treinta años apoyada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada de quien ha visto el espíritu de algún familiar fallecido o de la mascota que tuvo en la infancia y aún no olvida. En sus delicadas manos se encontraba enrollada una copia del periódico de hoy.
—Bien, me alegro de que Drea te haya explicado todo. Los domingos no suele haber mucha gente, así que aprovecha para conocer todo y pregúntanos si tienes alguna duda —agregó la francesa con su usual dulzura— ¿Qué turnos vas a tomar? Tenemos un sistema muy rotativo al servicio del estudiante. Drea suele tomar los turnos de la mañana y Jordan, los de la tarde, pero van variando.
—Si es posible, prefiero los de la mañana —respondió la albina, sonriéndole y mirándome de reojo luego.
Las dejé solas, pasando por al lado de Solène y recibiendo un toque cariñoso de mi jefa.
Estaba totalmente agradecida con la mujer; me había dado trabajo luego de todo lo sucedido. Había sido también la persona que me había pasado la información sobre el pequeño departamento en el cual ahora vivía, luego de haber dejado la residencia de estudiantes. Había creído en mí cuando me derrumbé y sólo quedaban piezas de quien solía ser.
En mi familia todos se dedican a la cosecha. Desde mis padres, dueños de una granja en San Francisco, hasta mis hermanos mayores, recibidos de ingeniería agrónoma. Yo pensé que ese era mi futuro, mi camino a seguir. Estaba emocionada por venir a Nueva York a iniciar mi futuro. La ciudad, la movilización, el ruido, el constante cambio. Fue cuando me senté por primera vez en el salón de clases que mi emoción desapareció. Descubrí que nunca me había emocionado realmente por la agronomía, solamente me entusiasmaba el dejar el campo y lo cotidiano de mi hogar. Luego de aquel suceso, donde mi vida estuvo en constante peligro, con la adrenalina canalizándose en mi interior y el miedo respirándome en la nuca, supe que debía dejarlo; no seguiría perdiendo mi vida en algo que no me gustaba ni llenaba como debería.
Y, a día de hoy, aún estoy descubriendo qué es lo que amo para mi vida.
La cafetería seguía vacía excepto por la presencia de Jasper, quien seguía enfrascado en su lectura. Al escuchar mis pasos, levantó su vista de las letras y me regaló una media sonrisa.
— ¿Compañera de laburo nueva? —preguntó divertido, refiriéndose a Ellie.
—Sí, mi jefa me ha asignado enseñarle todo y yo que creí que iba a ser un domingo tranquilo —murmuré.
— ¿Por qué necesitas la tranquilidad? —lo preguntó con simpleza, como si la pregunta lo fuera.
Lo miré confusa, sin entender realmente adónde iba la pregunta, sin entender del todo cuál era la duda o qué tan profundo buscaba ser aquel cuestionamiento.
— ¿Qué sucede que necesitas despejarte? Debes tener una vida movida ¿trabajas en una cafetería de día y de agente secreta en la noche o qué?
Reí con su humor que se asemejaba mucho al mío. Decidí seguirle el juego, haciendo una de las cosas que mejor se me dan: eludir la realidad y desviar las conversaciones.
—No lo digas muy alto que mi jefa podría oírte y deberé eliminarla —agregué, con una mirada traviesa y un tono bromista.
De pronto, aquella tristeza que había estado sintiendo fue aliviada. No desapareció ni mucho menos, pero por unos minutos, entre risas y chistes horribles, me olvidé que había existido tal sentimiento negativo.
Siempre he sido la más positiva de todas, la más esperanzada, la luz más brillante y llena de ilusión. Por ello, a muchos no les sorprendió que saliera de aquel sótano siendo la luz más débil, aquella que se había apagado más durante ese tiempo.

«NÚMERO DESCONOCIDO:
La pequeña Drea ya me ha cambiado. Pero recuerda, linda, este juego no termina hasta que yo lo diga».
Y así es como terminé abrazando mis piernas en el armario de escobas, con la respiración agitada, el corazón galopando en mi pecho y los ojos bañados en amargas lágrimas.

Capítulo 4

Un año luego del rescate – Sophia.

Lo más importante es mi futuro, todo lo demás es secundario en mi vida. Me repetí una de las tantas enseñanzas de mi madre.

Helem Hallington es mi referente en todo. Es la definición de éxito profesional que siempre he poseído. Es quien ha trazado mi camino a la grandeza. Es por ello que esa mirada seria en sus ojos verdes caló muy dentro mío. Como una sentencia. Una advertencia de lo que se viene.

Ella es mi madre, mi maestra, mi ideal y mi verdugo, todo al mismo tiempo.

—Quiero saber exactamente quién es esa chica —nos ordenó mi madre con la seriedad que la caracteriza.

Las cuatro habíamos llegado a la oficina de ella hace menos de quince minutos. Trabaja en una gran torre en el centro de la ciudad, sede de una importante firma de abogados. Conozco su oficina de memoria, cada detalle y color en aquellas cuatro paredes y, sin embargo, se siente desconocida para mí.

—La conocimos en aquel lugar. Al igual que nosotras, cada tanto desaparecía. Él se la llevaba —inició Catherine—. Hubo una vez que nunca volvió, fue poco antes de que nos encontraran.

Recuerdo perfectamente todo lo que ella menciona. Veo con claridad aquel lugar, aquel gran sótano con habitaciones individuales y un salón conjunto. Los ductos por donde nos pasaban comida y objetos. Los altavoces donde su voz resonaba. Las puertas magnéticas que nos mantenían dentro de las habitaciones durante las horas de sueño.

—¿Y por qué no la mencionaron cuando salieron de ahí?

Permanecimos en silencio, sin una respuesta que nos calentase el alma.

—Teníamos miedo —respondió Beatrice, con su gran habilidad para transmitir sentimientos—. No sabíamos qué podíamos decir o no sin consecuencias. Era muy reciente como para dimensionar su ausencia, salimos de ahí completamente en shock.

Mi madre asintió, pero no pude evitar ver cierta duda en sus ojos. Bea y yo compartimos una mirada de preocupación; por unos instantes ambas nos comprendimos sin efectuar palabras. Estamos perdiendo nuestra facilidad para mentir y manipular la situación a nuestro favor.

—Tienen que decir la verdad, chicas. Tienen que contar todo lo que sepan de ella, todo lo que sintieron, todo lo que omitieron la primera vez.

Mi madre sabe usar las palabras, de ella lo aprendí. Por ejemplo, nunca dice *ocultar* o *mentir,* ella dice *omitir*.

Andrea, de todas nosotras, es la que se ve más incómoda y nerviosa. Su cabello rubio oscuro se encuentra recogido en un desordenado rodete y su cara está totalmente limpia de productos, mostrando sus prominentes ojeras. Catherine, por otro lado, suele ser quien más fácil la tiene. Posee una habilidad innata en el control de su cuerpo. Conoce su cuerpo como ningún otro y sabe utilizarlo a su favor. Sabe de lenguaje corporal. Por ello es quien más tranquila se ve. A diferencia de Beatrice, que juega nerviosamente con su largo cabello castaño, Catherine no ha tocado ni una sola hebra de su ondulada cabellera oscura.

—Lo sabremos, mamá. Diremos todo lo que sabemos, todo lo posible por ayudar a la familia de April.

April Valoor es un nombre que significa muchas cosas. Es un nombre que me re direcciona hacia

una brutal honestidad y dulzura. Es aquel nombre que sonríes al decirlo, que ilumina tus ojos al oírlo de otras bocas. Es el nombre que le dieron al nacer, que indica en su partida de nacimiento, y es el nombre que están tallando ahora mismo en una lápida. Es un nombre que tiene peso y sombra, uno que siempre me recordará aquellas cosas que decidí no decir.

Una vez Andrea me susurró al oído la cosa más profunda que alguna vez la he oído decir*: «Elegimos entre lo correcto y lo cómodo. Y elegimos mal»*. Tiempo después me enteré de que la frase hacía referencia a algo dicho en los libros de Harry Potter. No me extrañó que sus reflexiones nazcan de aquel material literario que tanto le apasiona, pero sí que aquello me haya interpelado más de lo que deseaba.

«Lo que es correcto y lo que es cómodo». *«Correcto»*. *«Cómodo»*. Palabras y oraciones que aún dan vueltas en mi cabeza. Porque he tenido muchas oportunidades para elegir en mi vida, para tomar decisiones y posicionarme en un lado de la balanza, en un lado de la habitación, y aún no sé en cuál estoy.

Todavía siento el peso del arma en mis manos, el metal frío. Y me temo que es una sensación con la que viviré toda mi vida.

—Estoy segura de que harás lo que creas mejor para nosotras, mamá. Siempre lo has hecho. Y yo tengo una clase en veinte minutos a la que debo llegar y estoy segura de que Beatrice y Catherine también… —me detuve al pensar en la otra rubia en la habitación—. Andrea, te acompañamos a la parada, vamos.

Tomé mi bolso y con la mirada presioné a las demás para que hiciesen lo mismo. Tenía una clase, pero recién dentro de una hora. Como era normal en nosotras, fuimos a por un café al lugar más lindo de la zona.

Ya afuera del edificio, todas pudimos respirar con normalidad. Catherine dejó de fingir tener todo controlado y se mostró como realmente se sentía. Y, por el contrario, Beatrice se comportó más tranquila, suelta y liviana como una hoja arrastrada por el otoño. Andrea permanecía con sus ojos en sus sucias Converse rojas. Y yo las miraba a todas ellas, analizándolas, analizando nuestros siguientes movimientos. Conscientes de que pronto llegaría la citación a testificar por el crimen ocurrido. Sabiendo que debíamos estar listas.

—No nos van a creer… —susurra Beatrice.

Todas la observamos mientras avanzamos por las transcurridas calles de la ciudad. A lo lejos veo la parada del ferry para Brooklyn, hogar de Andrea, y justo al lado, llamando completamente mi atención, hay un cartel con una gran taza de café.

—¿Quiénes serían tan egoístas para en seis meses no mencionar el paradero de una joven desaparecida? ¿Cómo creernos? —continuó ella ante nuestro silencio.

—¿Egoístas? —Susurré con irritación— ¡No fuimos egoístas y tú lo sabes!

—¡Exacto! ¡Yo lo sé! —afirmó Beatrice, enojada—. Pero la policía no tiene motivos para creernos a nosotras. Hasta donde saben, sólo somos cuatro chicas que ocultaron información de gran peso en una investigación criminal.

Ella tiene razón. Y lo sé porque me quema la piel al pensar en lo que podría decir y, a la vez, no puedo, porque carece totalmente de lógica y siempre me he caracterizado por ello. Porque cualquier cosa que diga no será suficiente, porque tiene razón.

—Tienes razón. Lo único que nos queda es decir la verdad —les indiqué.

—¿Toda la verdad? —preguntó extrañada Andrea.

—Existen verdades a medias y no por eso dejan de ser verdades —expliqué.

Con una sola mirada entienden a dónde quiero ir y me siguen. Entramos en la cafetería. Para haber ido tantas veces a la oficina de mi madre, nunca había visto aquella elegante cafetería. Los

colores que predominaban en el sitio eran el blanco hueso y el azul marino. Era bastante pequeña, pero se veía tan armoniosa a la vista. Había poca gente, permitiéndonos hablar de estos temas que debíamos mantener ocultos. Era perfecta para la ocasión.
—¿Lo de siempre? —preguntó la castaña, conociendo el gusto de todas.
Catherine asintió sonoramente mientras yo moví la cabeza en señal de afirmación y Andrea simplemente sonrió afirmativamente. Beatrice se dirigió a la caja mientras las demás nos fuimos a sentar a unos cómodos sillones azules. A mi lado, la morena se desplomó con gran pesadez. Rápidamente, de su bolso negro, sacó su laptop y, sin pronunciar palabras, se metió de lleno en lo que sea que veía en la pantalla.
Ella y yo poseemos eso en común, esa gran perseverancia y disciplina para alcanzar nuestras metas. Confiaba ciegamente en que ella llegaría a ser la mujer de negocios que tanto anhela ser. Tengo visión para esas cosas, noto el talento y potencial donde nadie más es capaz de verlo.
Soy la mejor estudiante para cirugía de *Columbia,* lo sé porque, luego de mi tiempo fuera, luego de aquel secuestro, no me atrasé en comparación a mis compañeros. Sigo en la línea, soy apta para correr esta carrera. He hecho el calentamiento durante toda la secundaria, lo convertí en mi parque de atracciones, en mi entrenamiento para este momento. Yo, Sophia Danielle Hallington, voy a ser la mejor. Y para ello, debo olvidarme de todo aquello que obstaculice mi camino.
La castaña llega con las bebidas. Un mocca para Catherine. Chocolate caliente para Andrea. Doble expreso para mí. Y Caramel Macchiato para ella.
Debo olvidarme de esa arma. Del ruido del disparo. De la sangre manchando mis pequeñas manos.
Sé que Catherine ha dicho algo gracioso sobre el chico que atiende la caja. Lo sé porque es lo usual. Lo sé porque todas ríen y yo siquiera escuché lo que dijo, pero igual río, porque es lo correcto.
Debo olvidarme del secuestro. De las noches llorando. Del miedo. De su voz. *El ruido de la moneda rodando por el suelo.*
Beatrice comenta algo sobre un chico nuevo en su clase de francés. Habla de su lindo cabello castaño rizado, de lo marcada que es su mandíbula y lo grandes que son los cristales de sus lentes. Y lo dice con su tono dulce y romanticón. Es lo usual en ella.
Debo olvidarme de April Valoor. De su roja y escandalosa melena. De sus buenas intenciones. De su tono amable y tierno. De sus mejillas coloradas llenas de pecas.
Andrea menciona a su nueva compañera de trabajo. La compara con *Luna Lovegood*, insinúa que están cortadas por la misma tijera. Y yo le creo. La rubia es la intuición hecha persona, como los niños, ella posee una mirada literal de las situaciones. Ve todo por un lente que no está sesgado por creencias superficiales. Posee la curiosidad y maravilles por el universo de un infante y la experiencia de una anciana.
Sus palabras resuenan en mi cabeza:
«Lo que es correcto y lo que es cómodo».
«Correcto».
«Cómodo».

Capítulo 5

Día uno del secuestro – Beatrice.

Miedo. Siento cómo me invade esa sensación. Mis manos tiemblan. Me falla el pulso. Mi corazón se descontrola. El oxígeno parece escapar de mis pulmones. En cualquier momento, me voy a desplomar. Las piernas no me funcionan; permanezco estancada en mi lugar. Inmóvil.

Estoy sentada. Mi vista va y viene frenéticamente. No reconozco el lugar. No reconozco las sábanas rosas. No reconozco el empapelado de corazones en las paredes. Ni la mesa de luz color caoba a juego con el tocador. No hay ventana por donde mirar al exterior. No hay nada familiar.

Hay una puerta. Permanece cerrada justo delante de mis ojos, desafiándome. Algo en mí se retuerce con la urgencia de abrirla. Quiero saber qué hay detrás. Quién me trajo aquí y cómo lo hizo.

«Beatrice». Mi nombre está escrito en un papel sobre la mesa de luz. Sin embargo, no quiero leerlo. Lo sé. Todas las cosas malas comienzan así, como la carta que recibí a mis quince años, titulada *«Querida Beatrice»*. Aquella que conozco de memoria, cada palabra, cada curvatura de la tinta, y hasta la inclinación temblorosa de algunas letras.

Fue la primera vez que oí su voz. Un grito desgarrador. Un llamado de auxilio. Un sonido que sigue resonando en mi mente como un eco persistente. Me decidí. Me levanté sobre mis pies temblorosos y abalancé mi cuerpo contra la puerta metálica. Salí a un pasillo angosto con muchas puertas iguales, cada una idéntica a la anterior. Me lancé contra la puerta de la cual provenían los ruidos.

Me encuentro en una habitación que huele a canela y pan recién horneado, pero no hay nada de eso aquí. Hay una chica, de rodillas. No puedo ver su cara, ya que una melena colorada me lo oculta, pero sé que es ella quien ha gritado y ahora llora desesperadamente. Está sobre una cama con frazada de flores y frente a ella hay un gran piano. La chica parece no notar mi presencia; no es hasta que la puerta se abre de nuevo que ella levanta la cabeza, mirando con ojos vidriosos.

Ahora somos tres. La chica que acaba de entrar es muy distinta a nosotras; no es ni castaña, como yo, ni colorada. Es rubia. Su cabello está ordenado en dos trenzas. Su piel es pálida y su rostro muestra la misma preocupación desesperada que yo siento.

—¿Quién ha gritado? —preguntó la rubia, su voz temblando con una mezcla de ansiedad y curiosidad.

Miré a la pelirroja, respondiéndole con una mirada cargada de angustia. Observé una carta idéntica a la que se encontraba en la mesa de luz de la habitación en la que desperté; la única diferencia es el nombre: *«April»*.

—¿Alguna sabe cómo hemos llegado acá?

Ninguna responde mi pregunta. La atmósfera se vuelve opresiva; el silencio es asfixiante. Ninguna sabe qué está pasando y no es hasta que la puerta se abre nuevamente que notamos que no somos las únicas.

En el marco de la puerta se encuentra otra chica, la más alta de nosotras. Su piel es de color canela y su cabello parece una larga cascada de chocolate amargo. Hay algo en ella que resulta inquietante; a diferencia de las demás, que parecemos ciervos asustados, ella parece un depredador. Se nota en sus ojos marrones, en su mirada felina. Ella no tiene miedo.

—Espero que alguna tenga la respuesta a esa pregunta, porque si no me volveré loca —agregó la

morena, sus palabras cargadas de un tono amenazante mientras nos miraba con intensidad.
—No, pero estoy segura de que dentro de poco lo sabremos —respondió una última voz proveniente de detrás de la morena.
La chica sin aparente miedo se volvió, dejándonos ver a otra rubia, pero que, a diferencia de la de trenzas, está posee una mirada llena de determinación. Nos analiza a las demás con una frialdad calculadora. Hay una superioridad en su mirada. Sus ojos son de un azul hipnotizante que contrasta intensamente con su leve bronceado y el rubio albino de su pelo.
Y con ella somos cinco.
La asustada colorada, April, la chica de las trenzas rubias, la depredadora morena, la ególatra albina y yo, Beatrice.
Una voz masculina llamó nuestra atención. Provenía del parlante colocado en la esquina derecha de la habitación, justo al lado de una cámara que nos apuntaba directamente. El tono de su voz era frío y distante, amplificando la desesperación que sentía.
—¡Bienvenidas! Espero que se encuentren cómodas. Me he tomado el tiempo de fabricar espacios donde cada una se sienta como en casa. Créanme, este será su hogar por un tiempo bastante largo, hasta que me decida. O me aburra… —soltó una risa que sonó cruel y despectiva. Luego retomó con calma—. Veo que ya se conocieron. ¡No pongas esa cara, Sophia! No seas amargada.
Mis ojos se deslizaron por las distintas caras en la habitación, buscando cuál sería la nombrada. Rápidamente di con la única que no se veía pasmada. La albina miraba directamente hacia la cámara con una expresión de puro odio.
—Ustedes no me conocen, pero yo sé perfectamente quién es cada una de ustedes, chicas. Y me fascinan, cada parte de ustedes. Lo que ocultan, lo que deciden mostrar. Todo.
Una sensación escalofriante me recorrió la figura. Me sentía ultrajada, expuesta. Totalmente desnuda y observada, sin control de la situación. Mi cuerpo estaba tenso, mi mandíbula apretada hasta el límite. Mis manos se volvieron puños, intentando contener el miedo que se arremolinaba en mi pecho.
—Viviremos juntos durante muuucho tiempo, así que espero que se porten bien. No soy alguien paciente —declaró con firmeza, su voz resonando con una amenaza velada—. Y cuando me decida a cuál de ustedes quiero más, las otras serán libres de irse.
¿A cuál de ustedes quiero más…?
Mi vista se nubló y las lágrimas amenazaron con rodar por mis mejillas. Cada palabra que escuchaba resonaba en mis oídos como un eco aterrador.
Nos miramos unas a otras. Y por primera vez, tuve una certeza abrumadora. Me olvidé de aquella carta titulada *«Querida Beatrice»*. Me olvidé de mis notas perfectas o mi anhelo por encontrar el amor verdadero. Me olvidé de las constantes peleas con mi hermano mellizo.
Solamente éramos nosotras cinco e íbamos a salir de ahí para contarlo. Todo.

Capítulo 6

Un año luego del secuestro – Catherine.

Mi madre y yo nunca nos hemos llevado. Ni bien ni mal, nunca nos hemos llevado siquiera. Su presencia en mi vida es casi invisible. Por ello, cada vez que veo a Helem involucrada en los problemas de Sophia, o a Suzanne preocupándose por Drea, algo en mí se altera. Hasta cuando veo a Liry cumplir el rol de madre en Bea, aunque no sea su obligación. Es extraño.

Siempre hemos sido mi abuela y yo. Tengo muchos primos, más de los que puedo contar con los dedos de las manos, pero su presencia siempre ha sido menguante. Nunca permanecen en el mismo lugar, siempre mudándose.

Poseo el apellido de un hombre al que nunca le he visto la cara y el nombre escogido por un personaje de una serie que nunca vi. Según mi abuela, mi madre era fan de los dramas románticos de vampiros. Eso cuando no estaba borracha, claro.

Salí de la clase justo cuando el profesor anunció el final de esta. Le sonreí a mis compañeros al pasar por sus lados y, con una dulzura fingida, les deseé un buen fin de semana. Nunca me han costado los actos de educación social, se me da bien soltar las palabras adecuadas para cada situación, saber leer la habitación con tan sólo poner un pie dentro de ella, pero hoy realmente no poseía ganas.

Quería meterme entre mis sábanas y fingir que las cosas no me estaban pasando a mí. Quería volver a casa de mi abuela, a ver telenovelas malas y comer su comida casera. Quería ser cualquier persona menos *Catherine Wallace, una de las cuatro halladas en Chelsea.*

Estudiaba administración de empresas y finanzas para algún día poder llevar mi propio imperio. Para que mi nombre estuviese en todas partes y ahora, que mi nombre parecía llenar cada diario y noticia, la idea me disgustaba. Quería ser conocida por otros motivos.

Llegué a mi departamento pasada las tres de la tarde. Varios mensajes de Sophia llenaban mi tablero de notificaciones. Sin duda, la albina era con quien mejor me llevaba de todo el grupo. Las amaba a todas, pero con la estudiante de medicina era con quien compartía más ámbitos de mi vida.

«SOPHIA:
Holaa
¿Café y estudio a las cuatro?
Se me canceló una clase
¿Notas rara a Beatrice o soy sólo yo?»

Sonreí y acepté su invitación. También contesté afir-mativamente a su última pregunta. Realmente Bea había adquirido un comportamiento bastante raro alrededor de nosotras. No era algo común que discutiera con la albina y mucho menos que le costara mentir. Sonará raro lo que digo, ya que no suele destacarse aquello como una buena cualidad en las personas, pero en ella sí. Realmente, nos ha salvado en muchas situaciones. Antes de conocerla, creía que los mejores mentirosos eran aquellos que no sentían nada y no tenían reparo para mentir a su conveniencia, pero al conocerla entendí que era al contrario: los mejores mentirosos son aquellos que sienten mucho, aquellos que poseen una gran empatía y son capaces de percibir las emociones de los otros como propias. Y Beatrice Sprout era de aquellas personas, y no la juzgábamos, ninguna de nosotras. Todas teníamos una habilidad que en otras circunstancias sería mal vista, pero para la

nuestra era un tesoro.
Preparé mis cuadernos y apuntes en el escritorio. Miré la pila de libros llenos de números y textos sobre economía y finanzas esperándome a un lateral de la mesa. Llevaba al día todas las asignaturas, pero siempre me motivaba para hacer más. Siempre impulsada por el rencor hacia aquellos que no habían creído en mí.
Mi abuela una vez me lo advirtió: el rencor y la venganza no me llevarían a nada más que a la desgracia. Y veme ahora, estudiando completamente becada en una prestigiosa universidad de Nueva York. Con los lentes puestos, la mirada en las hojas y las agujas del reloj corriendo, me sentí totalmente desconectada del mundo. Mis dedos inocentemente fueron a mi computadora e hice lo que muchas veces hacía hace seis meses. Entré a Instagram y puse en el buscador: *«aprilvaloor»*. Rápidamente di con la cuenta de ella, una que ya conocía muy bien. En ella se observan muchas fotos en colores pasteles. Cada una mostraba muy bien la personalidad de la pelirroja. Había fotos de clases de cerámica, de tiernas tazas hechas por ella con flores y corazones por doquier. De museos y galerías de arte. De ella cocinando muffins y con la cara sonriente llena de harina y crema tapando sus pecas. Videos tocando en el piano canciones de *Taylor Swift*. Fotos de flores y prados. De su gato, Sukie, apodado así por *«Las chicas Gilmore»*. Historias de sus clases, con amigos, pasándola bien y riendo.
Era la cuenta de una persona real y una que ya no existía.
Era extraño, pero desde que había salido la noticia de su muerte, su cuenta no paraba de experimentar cambios. Nadie subía nada desde hacía casi dos años, pero los seguidores no paraban de aumentar entre gente que sabía de su desaparición, mas no de su repentina muerte, y los comentarios de personas tristes llenaban sus últimas fotos.
Ninguna de aquellas personas la había conocido. Ninguna la había escuchado reír o llorar de verdadero miedo. Ninguna la había visto llevar el sol en su mirada y portar las estrellas en su sonrisa, más allá de una foto tomada y editada para ser publicada y encajar en un rompecabezas de imágenes de colores pasteles, seleccionadas y editadas para combinar entre sí.
La cuenta de April gritaba ella en su máxima expresión, tenía su esencia, pero sin duda no era ella, y todos aquellos que pensaban conocerla solamente por ver aquellas fotos me irritaban.

Capítulo 7

Un año luego del secuestro Andrea.

Mi teléfono no para de vibrar. Sé perfectamente quién me llama. He estado evitando sus llamadas desde que la noticia de la aparición de April se ha expandido hasta San Francisco.

Mi hermano Gabrielle nació estresado, vive estresado y morirá estresado. Es el hermano del medio y también mi más grande protector. No puedo hablar con él, porque si lo hago sé que lloraré, le diré que extraño casa y él me dirá que vuelva, y no puedo volver. Debo quedarme, debo hacer mi trabajo. Debo encontrar algo que ame. Así que bloqueo la pantalla del celular y me ato el cabello.

Ellie se pavonea por la cocina con gran felicidad. Su cabello rubio está sujeto en un peinado extraño que no termino de comprender. Se trata de dos trenzas en sus laterales, pero en vez de caer por sus hombros, éstas están enganchadas del final al inicio, creando dos aros bajo sus orejas donde posee aritos de mariposas.

Ella es extraña, pero en el buen sentido. Se viste y arregla como si se tratase de un hada del bosque, con accesorios y maquillajes no convencionales. Vestidos floreados y faldas largas. Medias estampadas y zapatos elegantes. Me agrada, parece ser la única aquí que no lee las noticias y, por lo tanto, no me mira como si en cualquier momento me fuese a romper.

— ¡Buenos días, Drea! —me saluda al pasar a mi lado.

Le regalo una sonrisa mientras preparo la cocina. Ordeno los platos limpios en la alacena junto a las tazas. Reviso la vidriera, donde los distintos tipos de croissants se exponen para los clientes.

Todo está en su lugar.

— ¡Jasper está aquí! —me susurró la albina.

Sonreí. Los últimos días se había vuelto algo habitual la presencia de aquel chico. Habían pasado cuatro días desde que nos vimos en la oficina de la madre de Sophia. Con la única que había hablado era con Bea; a las otras sólo les había reaccionado algunas historias de Instagram ocasionalmente.

Al llegar a la caja registradora, me envuelve una atmósfera de elegancia discreta y calidez acogedora. Los colores predominantes son un delicado rosa pastel y un verde menta suave, que combinan armoniosamente con el mármol blanco de las mesas y los bancos de madera de abedul. Las paredes están adornadas con papeles tapiz florales en tonos rosa y verde, creando un entorno que es a la vez vibrante y relajante.

El aroma es una mezcla tentadora de café recién hecho y croissants horneados. El dulce toque del azúcar se mezcla con un ligero matiz de vainilla y la frescura del pan recién salido del horno.

Los sonidos son suaves y acogedores: el murmullo de conversaciones animadas, el tintinear de tazas de porcelana y el susurro del molinillo de café. De vez en cuando, el repicar de un plato o el sonido de la leche espumosa cayendo en una taza añaden un ritmo sutil al ambiente.

Mi mirada cruzó con la de él. Sus ojos azules me observaban desde el otro lado de la barra. En sus manos poseía un Kindle y unos cuadernos.

—Ya empezaba a extrañar tu presencia —me dijo él.

Parpadeé varias veces, sorprendida con su manera tan directa y sin vergüenza de hablar.

—Y yo que ya me acostumbré a verte en una esquina con un mocca y un libro —me reí junto a Jasper— ¿Lo de siempre?

El castaño asintió mientras sacaba de su billetera el efectivo y me lo extendía. Sabía muy poco de él, lo poco que había averiguado en esos escasos días. Por ejemplo, que éramos contemporáneos y que estudiaba literatura en la NYU, cerca de la cafetería, como Bea. Que sus libros favoritos eran de fantasía y thriller. Y que nunca salía a la calle sin su gorro de lana gris oscuro y un libro.

A mi lado se desliza Ellie, quien comienza a hacer la bebida pedida por el lector.

— ¿Estudias durante las tardes, Drea? —me preguntó.

Lo miré confusa. No habíamos llegado a la instancia de hacernos preguntas personales. Lo poco que sabía de él era por ser muy observadora, por tener aquella cualidad instintiva que tanto me caraterizaba. Al ver que me mantuve en silencio, extrañada, él prosiguió:

—Me di cuenta de que nos vemos y hablamos todas las mañanas, comentamos libros y yo no sé absolutamente nada de ti. Ni tu nombre real, ni qué haces fuera de esta cafetería.

—En ese caso, yo tampoco sé nada sobre ti. Además, ¿por qué supones que ése no es mi nombre? —le pregunté con un tono bromista.

—Porque nunca le pondría a mi hija Drea a secas. Conozco a una Drew, como *Drew Barrymore*, pero nunca una Drea.

Reí sonoramente con lo dicho mientras le pasaba la taza caliente que mi compañera había dejado a mi lado.

—Andrea. Mi nombre completo es Andrea Sinclair y, ya te dije, me dedico al espionaje profesional durante las noches —le recordé nuestras conversaciones pasadas.

Durante un buen rato, lo observé desde mi puesto, pensando en lo dicho por él. Era cierto lo poco que conocía de él. ¿Quién era fuera de esta cafetería? ¿Era hermano, hijo, amigo de alguien? ¿Era amable, gracioso y divertido con todos? ¿Cuáles eran aquellas características negativas bajo su piel? ¿Le temblaría el pulso al tomar decisiones importantes? ¿Al poner su vida sobre las demás?

Pronto me di cuenta de que no pensaba en cómo era él exactamente en su interior, más bien pensaba en si todos en mi lugar habrían tomado las mismas decisiones.

— ¿Drea?

A mi lado, Ellie me observaba preocupada. Me debía haber perdido en mi mundo hace un largo rato ya y debía verme muy estúpida.

—Te quedaste mirándolo fijamente a lo *Joe Goldberg.*

No supe si ofenderme o reírme. Finalmente me decidí por una sonrisa divertida; luego del secuestro, nadie de mi alrededor se ha atrevido a hacerme un chiste de ese calibre. Claro que Eleonora no sabía nada de aquello, por lo cual era una brisa de aire fresco.

—Perdón, ¿necesitabas algo, Ellie?

—Saber desde cuándo te gusta Jasper.

Abrí los ojos en su capacidad máxima corporal. Instantáneamente empujé a la rubia dentro de la cocina mientras oía su risa de fondo. Siendo yo mucho más bajita que ella, supuse que la escena debía ser graciosa de ver.

— ¡No me gusta él!

—Claro, ni tú te lo crees, Drea —dijo con ironía—. Y te entiendo, es más grande, con ese aire de misterio, lector, agradable…

— ¡Que no me gusta él, Ellie!

Mis mejillas ardían debido a la vergüenza que se apoderaba de mi cuerpo. Las insinuaciones

de la rubia calaban dentro de mí de una manera tan íntima e indescriptible. Nunca había tenido pareja, ni siquiera en la secundaria o en el único año que cursé de ingeniería. Los romances y los chicos nunca habían sido lo mío.

El único chico en mi corazón siempre sería Fred Weasley, y eso que no existía más que en la ficción.

—No te presiono más —dijo con dulzura. Luego, cambió de tema—. Oye, de casualidad, ¿no sabes de alguien que alquile una habitación o piso? Las cosas con mi novia no están funcionando y…

Dejé de oír lo que me contaba. Me sorprendía la facilidad con la que Ellie agarraba confianza. Nos conocimos hace poco más de una semana y no tenía reparos en contar detalles íntimos de su vida personal.

Aunque, ahora que recuerdo, yo era igual que ella. Antes de todo esto.

— ¿Te bañas todos los días? —le pregunté de sopetón.

—Sí —respondió tajantemente mientras me miraba confusa.

— ¿Sabes cocinar, limpiar y lavar? —pregunté, mirándola fijamente con aquella mirada que había aprendido de Sophia.

Su respuesta fue nuevamente positiva.

— ¿Sueles hacer mucho ruido…? —me callé, esperando que entendiera la verdadera pregunta.

—Si te refieres a si tengo actividades sexuales ruidosas, la respuesta es negativa —contestó con una tranquilidad alarmante.

Menuda rara.

Un poco insegura, saqué una lapicera del bolsillo de mi delantal y tomé su mano sin pedir permiso. La atraje cerca de mi pecho y, bajo su mirada de sorpresa, escribí en esta una serie de números.

—Este es mi número. Vivo en Brooklyn y tengo una habitación libre en mi apartamento. Alquiler a medias y gastos divididos —le expliqué—. Me voy al mostrador antes de que la jefa se dé cuenta de que dejamos el frente solo.

— ¡Gracias!

Mi madre no estará de acuerdo cuando se entere de esto, por lo cual esperaba que fuera dentro de mucho tiempo. Luego de aquel suceso, ella nunca vería bien que metiera a una desconocida en mi casa. El dinero empezaba a escasear y cada vez me costaba más poder costearme la movida vida neoyorkina. Sé perfectamente que si le mencionaba algo de ello a las chicas se ofrecerían a ayudarme o a cambiar los planes grupales a algunos menos costosos, mas la vergüenza me corroía. Decirlo sería aceptarlo. Si bien habíamos pasado por cosas iguales juntas, vivíamos en realidades distintas.

Miré de reojo a la albina, quien se encontraba con los ojos iluminados de emoción mientras tecleaba en su celular. La observé con atención, buscando algo que me hiciera arrepentirme de mi decisión impulsiva. Algo peligroso, que amenazase mi vida. Al no encontrar nada más que una chica alta, rubia, con emociones intensas y un estilo peculiar para la ropa, me deslicé hasta el mostrador.

Ya en la caja me encontré de cara con Jasper, quien esperaba de pie del otro lado. Recordé la charla que había tenido hace unos minutos con Eleonora y eso no hizo más que ponerme nerviosa.

¿Nos habría oído? Mierda.

— ¿Todo bien con Ellie? Vi cómo entraron apresuradas, pensé lo peor —explicó con

preocupación.

— ¡No pasó nada! —intenté tranquilizarlo—. Ellie estaba buscando un departamento y le ofrecí una habitación en el mío. No sé si me arrepentiré después.

—No creo, parece alguien divertido para convivir. Quizá muy alegre y eufórica, pero no de mala manera —comentó él con lo poco que sabía de ella.

—Sí, puede ser… —susurré, no tan segura— ¿Necesitabas algo?

—Sí, otro mocca, por favor.

Tomé el efectivo que me extendía y lo ingresé en la caja registradora. Luego, me dirigí hacia las máquinas de café y comencé a elaborar la bebida pedida.

— ¿Qué lees en el Kindle? —le pregunté con verdadera curiosidad.

—Ahora estoy leyendo el tercer libro de *«Una corte de rosas y espinas»*.

— ¡Yo lo quiero leer hace tiempo! Lástima que justamente tiempo no es algo que me sobre.

Por un momento permaneció en silencio, pensativo, dándome la oportunidad de observarlo detalladamente. Pude ver de cerca sus largos cabellos color chocolate y lo pálida que es su tez, contrastando con sus grandes ojos azules.

— ¿A qué hora es tu descanso?

En aquel momento no me dijo el porqué de esa pregunta. Y yo, curiosa como soy, quería preguntarle, pero el barullo de fondo de los nuevos clientes me recordó que estaba en horas laborales.

Mientras limpiaba las tazas, Solène y yo compartimos algunas palabras amistosas. Mi jefa era una persona con la cual tenía la confianza suficiente para hablar algunas cosas de mi vida. Conocía a su prometido, Anthony, quien me parecía una buena persona e indicada para ella.

A la hora de mi descanso me senté a su lado. Expectante, sin saber realmente por qué estaba ahí, sentada junto a él.

—Toma.

Sin dudarlo, me extendió su Kindle. Lo miré aún más confundida y observé la pantalla de éste, donde se veía la portada del primer libro de la saga de la que antes habíamos hablado.

—Dijiste que no tenías tiempo y curiosamente es lo mismo que yo me digo a veces cuando procrastino. Así que vas a leer durante tu hora de descanso y dejar de excusarte con no tener tiempo. Tiempo tienes.

Lo observé con el rostro rojo de la vergüenza. Y es que tenía toda la razón. Sus palabras me recordaban mucho algo que probablemente diría Sophia y por ello resonaron mucho en mi cabeza. Él tenía razón.

— ¿Y qué vas a leer tú? —pregunté, sin querer quitarle su único medio de entretenimiento.

—Tengo textos para leer de la facultad. Es más, me estás haciendo un favor al arrancarme de las manos los libros de fantasía; si sigo así no aprobaré.

Con una sonrisa divertida, tomé el objeto en mis manos y me acomodé en el sofá individual frente a él. Lo sentí observar mis movimientos de cerca y, de reojo, lo vi levantar la mano hacia Ellie. Lo vi levantarse y caminar hacia la caja; lo seguí silenciosamente con la mirada y lo vi entregarle efectivo a mi compañera de trabajo. Cuando el castaño caminaba de regreso, volví la vista al Kindle y comencé a leer el primer capítulo de la saga.

A los minutos, cuando ya llevaba por lo menos diez páginas, Ellie depositó frente a mí una taza de chocolate caliente. Mis ojos dieron con el chico del gorro de lana, quien estaba totalmente centrado en los papeles en sus manos. Sonreí a la nada misma y susurré un pequeño agradecimiento que le arrancó una sonrisa sutil.

Cuando terminó mi hora de descanso, me deslicé hacia el interior de la cocina con una

felicidad evidente recorriéndome el cuerpo. Me sentía productiva luego de mucho tiempo. Aliviada, como si hubiese tachado uno de los ítems imaginarios en mi lista imaginaria de cosas por hacer.

Volver a la lectura, tachado.

Había leído tan sólo sesenta y siete páginas, pero era la cantidad más grande que había alcanzado luego de aquel gran bloqueo lector del que sufría. *Es un logro, Drea*, me repetí.

Saqué mi celular del bolsillo y revisé las notificaciones. Algunos mensajes amistosos de parte de Bea con links de *TikToks* incluidos, otros del grupo familiar y, por último, uno reciente, proveniente de aquel número desconocido que tanto me aterraba.

La felicidad desapareció de mi sistema en tan sólo un segundo. Sufrí un cambio de temperatura drástico, pasé de poseer un calor familiar y cómodo en mi pecho, a un sentimiento frío y vacío indescriptible.

«NÚMERO DESCONOCIDO:

¿Aló, policía? Sé de cuatro culpables que andan con tacones y cuentan mentiras con la facilidad con la que pronuncian sus propios nombres».

El mensaje anterior había sido borrado, pero yo sabía exactamente quién había enviado éste. Bueno, realmente no sabía su nombre ni conocía su cara, pero sabía a qué se refería. La amenaza era clara: *«Habla y habrá consecuencias»*.

El zumbido del teléfono aún en mis manos me hizo saltar levemente en mi lugar. Volví los ojos a la pantalla con terror:

«SOPHIA HALLINGTON:

Estamos todas citadas a testificar mañana».

Capítulo 8

Un año luego del secuestro Sophia.

La sala de interrogatorios de la policía de Manhattan era tan fría y desesperanzadora como yo la recordaba. Había llegado hace una hora a la estación. Fui la primera de las cuatro en llegar, mas ahora me encontraba sola, sentada en una incómoda silla, esperando al inspector a cargo del caso.

Estamos a principios de febrero y el frío nos cala en los huesos, nos eriza la piel. Aunque en nuestro caso, no se trata solamente del frío invierno, nuestro estado va de la mano con nuestra situación, donde tenemos todas las de perder.

La puerta metálica se abrió y el ruido que generó me hizo temblar por un momento, recordando exactamente dónde lo había oído antes.

El hombre y yo nos miramos fijamente en silencio. Vestía de traje gris y su cabello cobrizo estaba peinado hacia atrás con gel. Era un hombre blanco, con ojos claros y mirada profunda. Tendría poco más de treinta años y una buena carrera en la policía; este no era un caso que se le da a cualquiera, muy mediático para un novato.

—Buenos días, señorita Hallington. ¿Ya ha tomado el café del día?

Tanto Bea como yo tenemos el hábito de subir todas las mañanas o tardes una foto a historias de Instagram, mostrando el café del día en alguna cafetería linda de la ciudad. Esa pregunta dicha por el detective, si bien podía pasar por una pregunta casual, portaba un segundo significado para mí. Me demostraba lo que ya sospechaba, la policía había estado vigilando nuestras redes sociales desde hace días.

—No realmente. ¿Y usted, inspector…?

—Detective Winter, encargado del homicidio de April Valoor —se presentó—. Tengo unas cuantas preguntas para usted, pero primero… —hizo una pausa dramática, mientras se giraba hacia una pequeña mesada.

El ruido de la cafetera me permitió respirar con un poco de tranquilidad. Un sonido conocido y que siempre mejoraba mi humor, mas ahora de poco funcionaba. Luego, agarró el vaso de plástico blanco y lo dejó frente a mí.

—No es un café de la 5ta Avenida, pero… —bromeó.

Lo miré fijamente, sin que su chiste me causase realmente gracia. Ignorando la mala mirada que le di, se sentó en la silla al otro lado de la mesa. Intenté abarajar hacia dónde iría la conversación, cuáles serían sus preguntas, qué dedo usaría para señalarme acusatoriamente y qué tono emplearía al hacerlo.

—Bien, comencemos —posó sus ojos en mí, intentando intimidarme—. ¿Cómo conocieron a la fallecida?

Le narré los sucesos. Cómo nos despertamos y oímos su grito, cómo la vimos llorar y romperse, cómo temblamos al oír la voz del desconocido por los altavoces por primera vez. Le conté la triste y trágica historia que sus oídos pedían.

Luego, le conté *parte* de la verdad. Nuestras primeras semanas y cómo todo empezó a decaer, cómo nos acercamos cada vez más al infierno, hasta desear estar realmente muertas. Cómo, una tras otra, fuimos desapareciendo.

—¿A dónde iban?

Nunca lo hablamos con la policía. Nos habían visto tan destruidas que, cuando elegíamos callar o sollozábamos lo suficientemente fuerte, simplemente lo aceptaban como una respuesta plausible. Nadie quiere recordarle a un militar cómo fue ir a la guerra. Nadie nos pidió que contáramos nada que no quisiésemos. Nadie nos cuestionó demasiado, porque estábamos a salvo y eso era lo importante. Ahora es distinto, ahora hay un cuerpo y una familia que busca respuestas.
—Le gustaba jugar con nosotras —respondí de manera seca, haciéndole saber que no quería ahondar más en aquel tema.
—¿Qué tipo de juegos? ¿Las escondidas? ¿Al uno?
Por un momento, me paralicé. Hablo por todas cuando digo que ninguna de nosotras se esperó un inspector totalmente inmune a la tragedia que nos persigue.
—No debería ser yo quien se lo diga, detective Winter, pero quizá haría mejor su trabajo si no le hablase así al testigo.
Lo observé con superioridad, borrando la tristeza de mis ojos. Quería dejarle claro mi papel ahí; yo era su testigo, era una pieza esencial para su trabajo y debía tratarme como tal.
Al detective Winter no le gustó para nada lo que dije ni el tono utilizado; lo supe por cómo su cuerpo se transformó en un segundo en una dura e irrompible torre. Se tensó completamente, perdió cualquier ápice de confianza.
—No sabía que había estudiado criminología. ¿Por qué no me lo dijo antes? —continuó con un evidente sarcasmo.
—Realmente usted es un gran potencial desaprovechado, señor detective. ¿No ha pensado dedicarse a la comedia? —lo imité a la perfección.
No tenía sentido continuar con la faceta triste y lastimosa cuando él se había mostrado totalmente reacio a aceptarla. No me había dejado entrar en su mente, endulzarle el oído con una triste historia de superación y vulnerabilidad, y luego permitirle secarme las lágrimas.
A todos los hombres les gusta poder ser tu héroe, me había dicho una vez Catherine.
—Qué bueno que no le pregunté, señorita Hallington.
Me quedé callada, ahí tenía razón.
—¿Por qué omitieron a April Meredith Valoor de sus relatos?
La pregunta que tanto temía llegó. Pronunció la palabra *relatos* como sinónimo de *inventos.* Una furia me recorrió silenciosamente, calentándome la sangre. Y el ruido de la moneda inundo mi mente como un recordatorio de mi silencio.
—Si su cuerpo no hubiese aparecido en la escena del crimen, nunca hubiésemos relacionado su desaparición con la de ustedes cuatro, y lo sabían. Además… —hizo una pausa dramática—, la autopsia ha revelado algunos datos interesantes.
Me senté en el filo de la silla, ansiosa por saber. Era fiel creyente de que el cuerpo siempre habla más que cualquier otra cosa, no por nada era aspirante a la cirugía y una fanática de la ciencia. Quería saber cada palabra en esos papeles.
—Murió recientemente. Lo que significa que ha estado cautiva estos seis meses en el que ustedes fueron libres. Podríamos haberla salvado, así que reitero: ¿Qué les llevó a pensar que ocultarle información crucial al departamento de policía durante seis meses no iba a terminar así?
Por un momento, mis memorias me llevaron a esa habitación blanca, al frío y el hambre, al miedo. A las amenazas. A nuestro trato. Su sacrificio por nosotras.
—Tuvimos miedo. Fuimos amenazadas para mantener la boca cerrada —fue lo único que dije.
—¿Con qué las amenazaron? —preguntó con voz tenue, siendo consciente de que se acercaba a la verdad.
—No hay mucha privacidad en un secuestro. Descubres todo de quienes conviven contigo, hasta

las cosas malas —dejé entrever a qué me refería.
—¿Las chantajeó?
—Cuando llegaron por nosotras, April no estaba, como muchas veces sucedía en aquel lugar, pero nosotras sabíamos de las consecuencias que podría traerle a ella que habláramos de su presencia ahí. La policía habría tardado demasiado en encontrarla. No poseíamos ninguna pista que aportar de él y luego la policía no encontró nada en esa casa en Chelsea ni en el sótano donde estuvimos. No había garantías de que la fuesen a encontrar y con avisarles sólo le dábamos menos tiempo a ella.
—¿Y la moral? ¿No hubo ningún cargo de conciencia?
—¿Y si por decir algo, si por abrir demasiado la boca, había una repercusión más inmediata? ¿Cómo podríamos dormir con ello?
Era una respuesta ya programada, pero no por ello menos real. Era la verdad.
—¿Conoce a la familia de la víctima?
—No en persona, no más que lo que April nos contó durante ese tiempo. Pero no llego a entender cómo aquello afecta mi testimonio.
—Simplemente busco saber si ha mostrado interés en contactar o saber más sobre la vida de la víctima —dijo, como si fuese algo implícito.
—¿Con qué fin? —cuestioné.
—Por culpabilidad.
La forma en la que me dijo eso me hizo sentir culpable, ínfima y vulnerable. Me sentí pequeña y desprotegida. Me sentí culpable.
—¿Cuál fue la causa de la muerte? —pregunté, buscando cambiar de tema.
—No puedo revelar esa información, aún.
Una idea repentina cruzó mi mente.
—¿Cree que tuvimos algo que ver con su muerte? —solté con estupefacción.
—Es un protocolo normativo.
Su vaga respuesta y cómo la dijo me dio a entender lo contrario. Ya no era simplemente una testigo, sino una posible culpable. Eso cambiaba mucho las cosas, mostrándome que esta conversación poseía otros fines además del de atestiguar sobre un evento.
Debía salir lo más rápido posible de aquella sala.
—¿Alguna otra duda, detective Winter?
—Es todo por hoy, pero tenga en cuenta que nos seguiremos viendo hasta que finalice la investigación —concluyó—. La acompaño a la puerta.
Me paré, con mi completa atención en no caerme, tratando de mostrarme firme y confiada. Caminé unos pasos delante de él, sintiendo su respiración rozándome la nuca, sabiendo que su mirada estaba en todo momento sobre mí.
Una vez fuera, miré mis zapatillas deportivas con alivio.
Correría hasta que me dolieran todos los tendones del cuerpo, hasta liberarme de los nervios.
.

Capítulo 9

Un año luego del secuestro – Beatrice.

Salí de la sala de interrogatorios con la cabeza en alto. Consciente de que cada acción que hiciera seria juzgada con ojos críticos, me abracé sutilmente a mi viejo ejemplar de *«Love, Rosie»*, buscando un ancla en medio de este tsunami.
Parado, cruzado de brazos al otro lado de la sala, se encontraba Noah mirándome con enojo. Mi hermano mellizo y yo no teníamos la mejor relación desde hacía años. Identificaba el momento de quiebre en nuestra relación con la aparición de nuestra madrastra, Liry, en nuestra niñez. Si bien la veía a ella como una imagen materna, no al nivel de Noah, quien realmente se había encariñado y unido a la mujer de rasgos asiáticos.
Noah y yo nos parecemos en ciertas características físicas. Ambos tenemos el cabello marrón, con un flequillo perfecto en la frente. Nuestra piel es blanca y nuestros ojos son de un celeste llamativo a la vista.
La diferencia principal en nosotros es la altura, y soy más consciente de ello cuando, lentamente, me acerco a él y debo inclinar el cuello para mirarlo a la cara.
—Bea… —susurró mi apodo con cansancio.
Lo observé con aquella mirada aniñada y tímida que me caracterizaba en muchas circunstancias de la vida. Esperando que se apiade de mí por una vez. Nunca se ha mostrado como aquellos hermanos sobreprotectores con sus hermanas, o por lo menos no lo ha hecho directamente.
Sus rasgos no se tranquilizaron en ningún momento. Busqué sentimientos como preocupación o inquietud en su mirada, mas sólo me encontré con sentimientos tan negativos como el enojo y la ira.
—Vamos afuera, Beatrice.
Lo miré fijamente por última vez y caminé en silencio hacia la puerta de salida. A lo lejos, vi de reojo que Catherine entraba a la misma sala en la cual me habían pedido testimonio a mí.
Ya afuera de la estación de policía, caminamos en silencio por la calle. Realmente no me animaba a decir nada, sabía perfectamente que cualquier cosa que saliera de mi boca en ese momento sería tomada de mala manera por él. Si bien el barullo de los autos y las personas yendo de aquí a allá estaba presente como cada día en la ciudad de Nueva York, no era lo mismo; parecía solamente un ruido de fondo, pasando totalmente inadvertido en mi cerebro.
—¿Por qué estás enojado, Noah?
La verdad es que desconocía exactamente el motivo de su malestar conmigo, qué había hecho exactamente para enfurecerlo. Su respuesta me sorprendió:
—¿Qué crees? ¿Realmente no te das cuenta? No es la primera vez que tú y tus amigas mienten. ¿Un chico misterioso con el cual sales? Ocúltalo si quieres. ¿Un drama de secundaria? Ok, pero ¿omitir a una quinta chica en un secuestro? ¡Se te está yendo de las manos, Beatrice!
—No sabes nada…
Fui interrumpida.
—Saber cada uno de tus secretos me llevaría más del promedio de una vida normativa. ¡Las conozco a tus amigas y a ti más que a ninguna! Las he visto. Susurrando y revoloteando entre las personas, tras versando las historias y la verdad, soltando las palabras adecuadas, sacando provecho de los demás —exclamó, combinando el enojo y el sarcasmo como si se tratase de un

arte.
—¿Por qué me lo recriminas? —susurré, aún confusa por su repentino reclamo.
—¡Porque nadie lo ha hecho nunca! Porque papá nunca ha tenido el corazón para reclamarle nada a su hijita querida. Porque mamá llegó demasiado tarde a nuestras vidas para corregir tus errores. ¡Llevas toda tu vida cambiando la verdad a tu propio beneficio! ¡Sin importarte quién sufre por ello, quién lo paga! He sido tu chivo expiatorio demasiadas veces, Bea.
Me quedé callada, siendo consciente de que lo que decía era cierto. Me había convertido en ese tipo de persona en estos últimos años y nunca me había avergonzado realmente. Lo veía como un método de supervivencia, nada más. No me satisfacía ni divertía; me había repetido en múltiples ocasiones que era lo que debía hacer.
—Por una vez deben pagar las consecuencias de sus acciones.
Algo se rompió en mí. Sonaba tan decepcionado y yo había sido la causa de eso. Poco a poco mis ojos se habían irritado con la amenaza constante de las lágrimas.
—Debes decir la verdad, Bea. Hasta entonces nunca vas a poder ser una persona confiable para nadie. Ni siquiera para mí, que compartimos útero por nueve meses.
No lo había notado, pero él había dirigido la caminata hasta la puerta de entrada de mi academia de francés. Poseía una entrada imponente, con unas escaleras de mármol blancas y estandartes azules sobre y a los costados de las dos pesadas puertas de madera de roble.
Supe que nuestra conversación había llegado a su fin cuando, aprovechándose de nuestra diferencia de altura, depositó un rápido y casto beso en mi frente. Cerré los ojos disfrutando aquella sensación familiar; amaba cuando se abría a mí de esas maneras. Nunca con palabras, siempre con pequeños actos.
—Adiós, Bea.
Lo observe irse en el mismo sentido por el cual habíamos caminado segundos atrás. Quise correr hacia él y caminar a su lado, hacerle preguntas banales como: *«¿Cómo van tus clases?»* o *«¿Sigues saliendo con Kaitlyn o como sea que se llame?»*. Invitarlo a un café. Hablar.
Con el inicio de la vida universitaria nuestros caminos se habían visto drásticamente separados. Apenas lo veía en las festividades y algún día que nuestros padres decidieran juntar a toda la familia. Realmente pensé que lo sucedido nos uniría más, y por un tiempo lo hizo, conoció de cerca a las otras chicas y todo, pero luego de un tiempo, cuando vio mi mejoría, se terminó alejando de vuelta.
Suspiré y me decidí a entrar a la academia. Mis mocasines sonaban contra el frío y duro mármol del suelo mientras arrastraba mi triste alma por los pasillos. A lo lejos, lo vi a Nolan Albeldorf rodeado de personas. Había aprendido en estos últimos años que este lugar se asimilaba demasiado a la secundaria y Nolan sin duda era el chico popular de la clase.
Con sus ojos azules y su salvaje cabello castaño, él atraía a cada ser humano a su alrededor. Era carismático y sonreía a todo aquel que depositara sus ojos en él. Vestía siempre pulcras y costosas prendas de diseñador y muchas palabras en su vocabulario dejaban a simple vista su procedencia económica.
Su mirada se posó en donde yo me encontraba, sola, alejada de todos. Era claro que me observaba a mí directamente. Tímidamente, me alejé hacia el aula sintiendo aún su mirada en mí. Habíamos intercambiado un par de palabras en el transcurso de la clase, pero no las suficientes como para considerarlo un amigo.
Desde el marco de la puerta observé a la única persona dentro. Timothy había empezado recientemente en la academia; había iniciado en un nivel avanzado como el mío al ya tener una muy buena base del idioma. Por lo poco que había compartido en clase, sabía que provenía de

una familia francesa.
Le sonreí al entrar y tomé asiento frente a él. Tenía ganas de darme vuelta y observar su rostro completamente, su piel blanca llena de lunares, su mandíbula marcada, sus ojos negros detrás de grandes lentes con marco transparente, rodeados de ojeras, sus ojuelos al sonreír. Timothy no me gustaba en el sentido sentimental de la palabra, pero era innegable la atracción que sentía hacia él. Desde el día uno había quedado flechada por su cabello marrón chocolate y su comportamiento tranquilo y silencioso.
—Disculpa… ¿Timothy? —llamé su atención. Me giré a mirarlo.
Levantó la vista de su lectura y me observó fijamente en silencio, alentándome a que hablara.
—¿Me dejarías tus apuntes de la última clase, por favor?
Normalmente uno esperaría que el receptor del mensaje dijese algo como: «*Sí, no hay problema*» o «*disculpa, no puedo*». Mas ese no fue el caso con él. Simplemente agarró su maletero del asa y rebuscó en él hasta dar con un cuaderno. Luego, me lo extendió.
Le sonreí extrañada pero agradecida y cuando me iba a dar la vuelta y dejarlo volver a su lectura tranquilamente, su voz me detuvo:
—¿Pasó algo para que te ausentaras? —preguntó, con voz ronca.
No había respuesta aceptable a esa pregunta. «*Encontraron a una amiga muerta*», demasiada información. ¿Quizá «*problemas legales*»? No, me hacía sonar como una delincuente y no era la imagen que quisiera darle.
—No hace falta que me lo cuentes si eso supone un dilema en tu cabeza —cortó mi línea de pensamientos.
—No, para nada. Simplemente estaba pensando en lo marcado que es tu acento aunque no hayas nacido en Francia. Si no supiera que eres de aquí, pensaría que eres nativo —titubeé nerviosa ante su mirada. Luego me estabilicé y agregué—. No hablas inglés como un americano.
¿Había evitado su pregunta? Sí, era algo que había aprendido a hacer con facilidad gracias a Drea.
—¿Es un halago o…? —cuestionó con una pequeña y casi invisible sonrisa.
—¡Sí! Ya me gustaría a mí tener tan naturalizada esa tonada.
Quería contagiarle mi entusiasmo, hacerlo sentir parte de algo exclusivo y privilegiado. La mejor manera de agradar siempre había sido desde halagos muy sutiles pero satisfactorios para los otros, resaltando aquello que habían conseguido con mucho esfuerzo y dedicación.
—No pareces americana —susurró, apenas audible para mí.
—¿Qué parezco? —susurré, continuando con la tenue atmósfera que se había formado.
Esperé con ansias su respuesta, pero el ruido de los pasos acercándose rompió cualquier atmósfera que hubiésemos creado. Lo miré, sin reaccionar a aquel ruido, esperando que la conversación siga su curso sin importar las nuevas presencias.
Timothy ya no me miraba; su vista había bajado de vuelta hacia su viejo ejemplar de algún libro desconocido para mí. Me giré hacia al frente de la clase, frustrada por su silencio.
Pronto, por el marco de la puerta, apareció Nolan seguido de su séquito. Rápidamente, sus presencias, ruidosas y voluminosas, me sofocaron. La tranquilidad y calma que tanto había atesorado huyó.
Nolan Albeldorf era perfecto. Amable, servicial, carismático, sinvergüenza y coqueto pero sin pasarse demasiado. Parecía salido de una novela romántica de aquellas que tanto amo, hecho a mi medida y gusto. Y quizás era aquello lo que me inquietaba tanto, porque tanta perfección no podía ser cierta.
Repasé las características de Timothy por encima. No era perfecto y el poder visualizar

fácilmente aquello me hacía sentir más atraída a él. Era alguien real. Inevitablemente, por unos instantes, los comparé a ambos.
Los dos eran objetivamente bellos, era innegable. Había cierto misticismo a su alrededor, cierta incertidumbre por motivos totalmente distintos. En el caso de Nolan, nos seguíamos mutuamente en Instagram, por lo cual podía ver la parte más superficial de su vida, pero no en profundidad y, por otra parte, Timothy era un total misterio; desconocía la imagen que él deseaba proyectar en los demás. Ambos, con sus gestos y apariencias, profesaban un nivel alto de educación. Y los dos llamaban fuertemente mi atención.
Quizá la Bea del pasado se hubiese reído de sí misma al pensar que tenía alguna oportunidad con alguno de esos dos chicos. Mas la Bea del presente, aquella que es mejor amiga de Catherine Wallace, ergo la reina de la autoconfianza, sabe que tiene todas las probabilidades de su parte.
Al final de la clase, guardé mis pertenencias con lentitud, atenta a los movimientos silenciosos detrás de mí. Quería una nueva oportunidad para intercambiar palabras con Timothy. Me preparé, con la frase perfecta, el gancho indicado para iniciar una conversación duradera entre ambos.
Lo oí levantarse y como sus elegantes zapatos sonaban contra el suelo. Me levanté. Giré sobre mi propio eje. Abrí la boca y…
—Bea, me preguntaba…
Me paralicé. Sabía perfectamente a quién pertenecía aquella voz a mis espaldas. Inevitablemente volví mi cuerpo a su posición original, quedando cara a cara con Nolan Albeldorf. Obnubilada por su repentina atención en mí. Tan así que perdí el hilo de lo que me decía.
—¿Y…? —pregunté.
Soltó una pequeña risa. Encantadora.
—¿Cómo estás con todo lo ocurrido?
Busqué en mi cabeza a qué se podía referir exactamente entre los hechos recientes. Rápidamente di con la respuesta. El castaño había sido un rostro familiar anterior al suceso, que se había preocupado en un grado considerable por mi situación y bienestar.
De reojo observé a Timothy, quien se había quedado quieto con la vista en su celular.
—Lo llevo de la mejor manera posible, gracias por preocuparte, Nolan —dije con sinceridad, asintiendo con la cabeza al ritmo de mis palabras.
—Es terrible lo que está pasándote y a las otras chicas. Realmente espero que esta historia se esclarezca y encuentren al culpable. Cualquier cosa que pueda hacer por ti, pasarte los apuntes, ayudarte a estudiar…
Aún sintiendo la presencia del chico con anteojos detrás de nosotros y con la incertidumbre de si acaso está oyendo nuestra conversación, decidí cortarlo con amabilidad y dulzura:
—Gracias, Nolan. Por ahora ya me los han pasado, pero te avisaré si necesito algo —le sonreí.
Timothy nos rodeó y caminó con seguridad hacia la salida y yo simplemente me dediqué a ver como su espalda se alejaba por el pasillo.
—Nos vemos la semana que viene, Bea.
Y en aquel momento me quedé totalmente sola, refle-xionando sobre mi atareado día. Aquellas cosas que le dije a la policía, todas las mentiras que formaban un mapa más amplio donde las mentiras y las verdades formaban una masa homogénea. Todo lo dicho por la boca de mi propio mellizo:
«Por una vez deben pagar las consecuencias de sus acciones».
Volví a los ojos ojerosos y con gafas de Timothy, a la sonrisa resplandeciente y coqueta de Nolan.

«Realmente espero que esta historia se esclarezca y encuentren al culpable».
Deseaba conocer la identidad de aquel que nos había secuestrado y llevaba días enviándonos mensajes, pero eso no significa que la verdad deba saberse.

Capítulo 10

Una semana de secuestro – Catherine

Las puertas metálicas nos mantenían cautivas durante lo que parecían largas horas. No había manera de contabilizar el tiempo, ni relojes ni ventanas que nos permitieran observar el cielo. Nada.

En los pequeños ratos en los que podíamos vernos, compartíamos la poca información que obteníamos, siendo conscientes de que éramos vigiladas en todo momento. La misteriosa persona que nos hablaba por los altavoces nos había estado dejando regalos a cada una de nosotras. Regalos muy bien planificados y que dejaban ver lo mucho que nos conocía.

La primera de nosotras es Sophia Danielle Hallington, una rubia albina con un bronceado envidiable. Es el ancla para todas, la más lógica y racional, el cerebro que mantiene el cuerpo. Sus ojos claros poseen la determinación necesaria para no derrumbarse; es algo admirable en ella. Hay algo en la manera en la que actúa, sin miedo, que me da a pensar que nunca ha sufrido del maltrato o de la injusticia que supone la vida. A veces la envidio; me gusta cómo suena su fantasía rubia y americana.

La segunda de nosotras es Beatrice Jennette Sprout, una dulce y tierna chica castaña con flequillo, ojos azules llenos de largas pestañas y un sonrojo natural en sus blancas mejillas. Ella es el espíritu, el alma soñadora. Posee la imaginación y empatía de toda pisciana que se respete. Su vestimenta, elegante pero a la vez con un estilo romántico, la mantiene incómoda. Sé perfectamente que ese es el tipo de ropa que solía usar antes de todo esto, pero no puedo dejar de pensar en las veces que la he visto intentando bajarse la falda o tapar lo más posible de su piel. Se avergüenza de ella misma y sospecho que tiene que ver con algo que no nos ha dicho, pero se relaciona de cerca con nuestro desconocido anfitrión.

La siguiente es Andrea Sinclair, la más pequeña, la más risueña. Con sus dos trenzas rubias y juveniles, su mirada oscura pero llena de luz, su fanatismo por los libros de ciencia ficción y fantasía, un pésimo humor y una tendencia a decir las peores frases en momentos de tensión. Por su forma de expresarse, sé que no es de la ciudad y que nunca ha contado con algo especial y realmente suyo. Lo sé por cómo observa los regalos y los objetos bonitos distribuidos por este lugar, con un gran deseo. He empezado a llamarla San Francisco desde que noté ese dato. Sin duda, ella es la estructura del cuerpo, en constante cambio y crecimiento. Tiene la fuerza de los músculos, en constante estado de alerta como los nervios, y una alevosa capacidad para quitarle peso y dureza a aquello que la mortifica.

También está April Meredith Valoor, la colorada miedosa. El corazón amable y servicial que ayuda a todos los otros órganos a funcionar. Muy rápidamente, todas descubrimos que se trataba del ser más puro e inocente en esta tierra, pero también el más cobarde y llorón. No hay día en el que no la oigamos sollozar y pedirle clemencia a aquel que nos observa. Nos conocemos hace una semana, pero yo ya sé el nombre de cada uno de sus familiares y cuánto los extraña. O su extraña obsesión por reproducir canciones de Taylor Swift en las horas de descanso. Aunque a veces me gustaría pedirle de una manera no muy amable que se calle, que sus lamentos me ponen aún más histérica de lo que estoy ya, se ha sabido abrir paso a mi corazón.

Y por último estoy yo, la piel o la sangre, aún no me decido. Estoy en todas partes, rodeando los órganos, protegiéndolos. Puedo verme a mí perfectamente en las paredes de la habitación que me

fue asignada. Todo aquí concuerda conmigo de una manera inexplicable y que me pone de los nervios. Los libros sobre comercio en las estanterías, la decoración chic y los tonos chocolate y morados perfectamente equilibrados por la habitación, el tapiz moderno que se encuentra puesto en las paredes.

He visto las habitaciones de las demás y concuerdan conmigo; esta persona nos conocía mucho antes de esto. Pero, al hablar sobre los lugares que solemos recurrir y los ambientes en donde nos movemos, notamos lo diferentes que son nuestras vidas. Mientras que Bea oscila entre su academia de francés y sus clases de comunicación en la NYU, Sophia hace deporte de manera casi profesional y estudia para ser cirujana en la Universidad de Columbia, mundos totalmente distintos. Por otra parte, Drea estudia ingeniería agrónoma en Brooklyn y April estudia historia del arte en la Academia de Arte Neoyorkina y, en su tiempo libre, va a clases de cerámica y pastelería. Es imposible para las cinco tener algún conocido en común debido a lo distintas que son nuestras rutinas; lo único que compartimos es nuestro amor por el café de especialidad.

No sabemos nada de esta persona, además de lo amable que se ha comportado y de su tono arrogante al hablar, sin miedo y totalmente impune de lo que hace. Muchas veces nos preguntamos en qué lugar estamos exactamente, si seguimos en la ciudad o hasta en el mismo estado. La forma en la que llegamos es la misma; a todas nos golpearon en la cabeza mientras andábamos por la calle, sólo que a distintas horas del día. Por ejemplo, yo fui la última y fui un blanco fácil; estaba borracha y saliendo de una fiesta. Y la primera fue April, quien se dirigía a su clase de arte renacentista.

Revisé los libros en la estantería de la que se decía era mi habitación, reconociendo los nombres como aquellos que me habían dado en la universidad y los que me darían en los siguientes años. No había sido la única que notó este hecho; en realidad había sido Sophia, quien había planteado en mí la semilla de una duda mucho mayor:

— ¿Cuánto tiempo planea que estemos acá? ¿Toda la carrera? Tengo los libros necesarios aquí para graduarme —compartió la albina su preocupación conmigo—. Podríamos pasar semanas aquí, meses y nunca nos enteraríamos. Es una tortura psicológica.

Quise gritar, quise gritarle. Pero ¿a quién? ¿A la cámara? Realmente no tenía a quién gritarle ni motivos suficientes; no me había hecho nada sádico o macabro como se veía en las series y películas de suspenso. Estaba atrapada aquí y con todas las comodidades. Llegué a desear que me hiciese algo, solamente para sentir mi odio más justificado, para poder exponer toda la furia que me había estado quemando el pecho durante tanto tiempo.

Mi abuela me hubiese dicho que debía agradecerle a Dios que no nos hiciese ninguna maldad física, como torturas o abusos, pero yo no podría agradecerle; después de todo, sigo encerrada y tampoco creo en Dios. Quizá ése es el problema, me repetí y supe lo mal que estaba cuando reflexioné sobre mis creencias.

Lo peor era a la hora de bañarnos. No existía privacidad. Mediante los altavoces, nuestro desconocido y odiado anfitrión nos avisaba la hora en la que el agua salía de las duchas y nos habilitaba la posibilidad de entrar al baño común. En este poseíamos seis duchas compartidas, donde todas habíamos acordado silenciosamente no mirarnos unas a las otras y bañarnos en silencio. Yo era la que menos incómoda me encontraba con este hecho, a diferencia de April, Bea y Drea. La última de ellas había pasado, lo que contabilizamos, como dos o tres días sin asearse debido a lo repugnante que le parecía este momento del día, hasta que acabó por ceder cuando la convencimos de que ninguna de nosotras la miraría, cosa que no era su mayor preocupación. Si bien no veíamos cámaras en los baños, estábamos seguras de que debía haber y eso nos inquietaba aún más que el hecho de que esta persona nos haya preparado nuestros

productos de higiene favoritos a cada una.
¡Hasta sabía qué pasta de dientes utilizo y qué Sophia prefiere los cepillos de dientes de bambú!
Lo realmente malo comenzó cuando empezamos a unirnos y a rebelarnos. Hartas de pasar incontables horas encerradas en las habitaciones, sin elegir qué comer o vestir, sin privacidad o escapatoria. Durmiendo con un ojo abierto, en constante alerta.
Nos destruyó.
¿Puede un cuerpo funcionar sin la sangre, sin el cerebro, sin el alma o la piel? ¿Puede funcionar sin el corazón?

Capítulo 11

Un año luego del secuestro – Andrea.

Vivir con Eleonora Attiswood es toda una aventura. Desde que habíamos coordinado los detalles y dividido correctamente los gastos, había comenzado su pequeña mudanza. Mi hogar fue invadido por una gran variedad de plantas y olores florales que, si bien no llegaban a encantarme, tampoco me disgustaban. No era desordenada ni ruidosa; de hecho, me sorprendió ver que era bastante obsesiva con la limpieza.

Sentadas alrededor de una mesa en el café de siempre, mis tres mejores amigas escuchaban mis nuevas vivencias junto a Ellie. Sophia se mostraba en desacuerdo con que conviviera con una desconocida, y Catherine lo apoyaba totalmente, murmurando algo sobre la experiencia universitaria y americana de ser o tener *roomies.* Por último, Bea mantenía su interés dentro de su gran tazón de café. Supuse que aún seguía afectada por la pequeña discusión con su hermano mellizo, Noah, y como no sabía si lo había comentado previamente con Sophia y Cath, decidí no decir nada sobre el tema.

El suelo de madera crujía ligeramente bajo mis pies, un sonido reconfortante que se sumaba al susurro suave de las conversaciones a mi alrededor y al tintineo de las tazas de cerámica al chocar contra los platillos. Cada rincón del lugar parecía estar diseñado para invitarte a quedarte un poco más, con sillas acolchadas y mantas tejidas estratégicamente colocadas sobre los sillones de cuero desgastado.

Mi mirada se perdió en las paredes beige y en los tiernos cuadros con gatos colgados en las paredes del café, mientras oía a la albina teorizar sobre lo preguntado y dicho en el interrogatorio. La conversación se había vuelto seria y cargada de tensión.

Sophia y Bea discutían en susurros sobre cuál era la mejor historia para contar, sobre qué plan íbamos a seguir. Mientras las opciones de la rubia eran las más complejas y audaces, las de la castaña buscaban generar empatía con nuestra pena. Sin embargo, había algo que todas habíamos sabido detectar y que hacía las ideas de Sophia las más convincentes: el detective Winter nunca se apiadaría de nosotras.

Entré a Instagram de manera despreocupada. Mi sorpresa llegó cuando vi una nueva notificación que había pasado desapercibida durante horas: *«@jassmorganbooks ha comenzado a seguirte»*. Con verdadera curiosidad, me adentré en aquel perfil.

No había ninguna foto de Jasper. Su perfil era un mosaico de libros y cafés. Entré en la última foto publicada; se trataba de su Kindle con la portada del tercer libro de la saga que había leído el otro día junto a un café. Rápidamente identifiqué la mesa y la taza como objetos del Millefleur Coffee, el lugar donde trabajo. Muchas de sus fotos parecían ser tomadas allí.

Leí la parte inferior de la última publicación:

«Mocca + libro de Sarah J. Maas + buena compañía = felicidad asegurada».

«Buena compañía». Claramente se refería a mí, lo que me arrancó una sonrisa. Había hablado más de una vez sobre Jasper con Bea y Ellie. Ambas insistían en que había algo más que una amistad entre el lector y yo, pero como Bea no lo conocía y Ellie no me conocía demasiado como para afirmarlo, decidí no tomar sus opiniones muy en serio.

¿Me gustaba realmente Jasper Morgan? Quizás era muy pronto para afirmarlo, después de todo, aquello no era una sensación que hubiese experimentado antes en mi vida. Aun así, la sola idea

de que pudiera ser cierto me provocaba una mezcla de nervios y entusiasmo que no podía ignorar. Recordé lo tranquila y a gusto que me sentía a su lado, cómo sonreía con su sola presencia y esperaba con ansias escuchar sus carismáticos y graciosos comentarios. ¿Era eso lo que significaba estar interesada en alguien? Si era así, ¿por qué me asustaba tanto admitirlo, incluso ante mí misma?

—¿Drea?

Catherine me devolvió a la realidad con una mirada traviesa. Supe que, si no la cortaba de inmediato, me sometería a un interrogatorio. Pero antes de poder contestarle, la intervención de un agente externo me alivió... sólo por un segundo. Cuando reconocí quién era, me sentí aún peor.

—Todas juntas susurrando en la esquina de un café... parece una imagen cotidiana en sus vidas, el hecho de que sus encuentros parezcan reuniones secretas.

El detective Winter nos observaba de pie, justo al lado de Catherine. Vestía un traje gris entallado con una corbata elegante de color azul claro. En su mano izquierda tenía un maletín café, y en la mano derecha un vaso desechable con alguna infusión. Nos miraba con una mezcla de diversión y seriedad, victorioso.

—¿Es un crimen tomar un café con mis amigas en un lugar público, oficial? —preguntó con sarcasmo la rubia, mirándolo desafiantemente.

No estaba para nada de acuerdo con aquella estrategia que había adoptado Sophia frente al inspector. Tan desafiante y prepotente. Nosotras no solíamos actuar así con oficiales de la ley, pero en este caso, la carta de la inocencia no estaba a nuestra disposición. Así que, mientras durara la investigación, la respaldaríamos en todo; a fin de cuentas, ella seguía siendo nuestra querida Sophie.

—Muchas revoluciones y movimientos políticos se planificaron en lugares como este y más cotidianos: lavanderías, salones de belleza, fiestas...

—¿Necesita algo, detective Winter? —cuestionó Cath.

—Es curioso, anoche revisé sus declaraciones —comenzó él—. Y todas poseen una sincronización inhumana. ¡Es increíble! Sus respuestas son perfectas.

Nos miramos entre nosotras por unos segundos, entendiendo perfectamente lo que pensaba cada una.

—Nosotras contamos lo que vivimos —repuso Bea con seguridad.

—¿Opinas lo mismo que ella, señorita Sinclair?

Parpadeé, sorprendida por la atención repentina en mí. Giré los ojos hacia mi grupo, chocando con los oscuros ojos de Catherine y las esferas azules de Sophia y Beatrice.

—¿Por qué opinaría algo distinto de lo que ya le he dicho? En su oficina. Hace menos de cuarenta y ocho horas —le recordé como si fuese obvio.

Mi respuesta no pareció gustarle precisamente.

—Pronto se hará una rueda de prensa para hablar del caso. El departamento de oficiales cree que deberían saberlo; es posible que periodistas intenten contactarlas para pedir información extra o hasta invadir la privacidad de sus vidas, así que anden con cuidado.

Su advertencia y la noticia nos tomaron a todas por sorpresa. Bea lo había mencionado cuando todo esto inició, sabiendo que algo así pasaría, pero la confirmación nos impactó a cada una de nosotras, dejándonos en silencio el tiempo suficiente para que el detective lo tomara como una victoria y se alejara con aires de grandeza.

—Tengo ganas de matarlo... —susurró por lo bajo la albina.

—Sí, todas lo odiamos, pero nos tiene acorraladas. La única posibilidad que tenemos es decir la

verdad —dijo, Beatrice.
—¿Y qué diríamos? ¿Qué apostamos con nuestra libertad? ¿Que la dejamos quedarse? —preguntó retóricamente la morena.
—Que hicimos lo necesario para sobrevivir —contestó la de flequillo.
—Nuestro silencio nos hizo cómplices, Bea.
Sophia volvía a tener razón.
El ruido de nuestros celulares cortó la discusión. Nos tensamos, teniendo una pequeña idea de quién se trataba.
Cuando el mensaje de número desconocido apareció en nuestras pantallas, el aire en el café se volvió denso con una sensación palpable de inquietud. Intercambiamos miradas temerosas, con nuestros rostros reflejando una mezcla de sorpresa y pánico.
Releí un par de veces el mensaje:

«NÚMERO DESCONOCIDO:

Rezo para que este invierno sea suave y amable, una temporada de descanso de la rueda de la mente».

El mensaje, con su enigmático juego sobre un *«invierno suave y amable»*, resonó en nuestras mentes como una amenaza velada, intensificando la ansiedad que ya nos envolvía. Cada una sentía el peso de la incertidumbre apretando nuestros pechos, como si un nuevo peligro estuviera al acecho, dispuesto a develar los secretos más oscuros.
Nos mantuvimos en silencio por unos segundos, intercalando miradas entre nosotras y entre nuestros dispositivos móviles. Mirando a todas partes buscando al culpable, sintiéndonos totalmente vigiladas, recordándonos las vivencias pasadas.
—¿Rueda? ¿Se refiere a la rueda de prensa? —preguntó la estudiante de periodismo.
—O a todos nuestros traumas post secuestro —Cath soltó una de sus usuales bromas.
—Claramente con invierno se refiere al detective Winter —agregó Sophia—. Quiere dejar entrever que el detective no es nada en comparación a él —afirmó
Como si tuviese que aclararlo.

Capítulo 12

Tres meses de secuestro – Sophia.

Miré mis manos en la oscuridad, llenas de sangre. Temblaban incontrolablemente, y me era imposible mantenerme quieta; mi comportamiento era errático y desenfrenado. El pulso en mi sien latía con una intensidad tal que casi podía escuchar el zumbido en mis oídos. La sangre, brillando en la penumbra, era un cruel recordatorio de lo que había sucedido.

El espacio a mi alrededor se estrechaba, como si las paredes se acercaran para asfixiarme. Era tan confinado que cada respiración se volvía más pesada, el aire impregnado del olor metálico de la sangre mezclado con el hedor a humedad y encierro. Mi piel estaba pegajosa y la sensación de la sangre seca en mis manos intensificaba mi desesperación.

La oscuridad tenía una vida propia, una presencia omnipresente que se movía a mi alrededor, abrazándome con su frialdad. Los pensamientos se atropellaban en mi mente, cada uno más aterrador que el anterior. ¿Cómo había llegado a este lugar? Mi mente estaba llena de ecos de mi propio grito de angustia y el sonido de mi respiración acelerada.

La realidad se hacía más borrosa con cada segundo, y el miedo se convertía en una amenaza palpable. Intenté recordar cómo había terminado aquí, pero mi memoria se sentía fragmentada, un rompecabezas con piezas faltantes. El espacio oscuro me envolvía, y mi cuerpo temblaba sin control. Los arañazos en mis brazos ardían, y la culpa y la ansiedad parecían ser las únicas responsables.

Me hundí en la oscuridad, tratando desesperadamente de calmar mi mente, de encontrar una respuesta en el silencio ensordecedor que me rodeaba. Pero sólo encontré la realidad fría y dura de mi situación: la angustia y la culpa eran mis únicas compañeras, y el futuro parecía tan incierto como la penumbra que me rodeaba.

Llevaba demasiado tiempo en ese agujero solitario y oscuro, demasiado para contabilizar. Me negaba a sollozar, guardando un silencio sepulcral. Mis piernas, agotadas de sostener el peso de mi cuerpo, estaban demasiado débiles para soportar lo que les exigía. No era la primera vez que me sometía a esto y ni siquiera podía imaginar el tormento que enfrentaban las demás. Sabía que no todas sufríamos por las mismas cosas, pero sí en algo se destacaba él: su cínica creatividad para planificar torturas como estas.

Por momentos, mi mente se desvanecía en la oscuridad, haciéndome sentir más pequeña. El sonido de la bala resonaba en mi cabeza, recordándome mi oscuro pasado.

—*Mi mami tiene un arma* —dijo una voz infantil, finita y aniñada.

Respiré profundamente, escuchando como su voz resonaba en las paredes de mi mente. Recordé mis propias palabras:

—*No creo que debas jugar con eso.*

Abrí los ojos y me pellizqué los brazos, intentando desesperadamente despertarme. La oscuridad parecía consumirlo todo, y yo, atrapada en mi propio sufrimiento, buscaba una chispa de esperanza en medio de la penumbra. Mi cuerpo temblaba, y el silencio me aplastaba, mientras una voz distante, casi burlona, susurraba:

—*No seas aburrida, Sophie.*

¡DESPIÉRTATE!

Capítulo 13

Un año luego del secuestro – Beatrice.

Observé silenciosamente al castaño. Sus lentes con montura transparente se resbalaban por su fina y respingada nariz. Su piel pálida estaba salpicada de lunares que contrastaban con el cabello oscuro, ondulado y ligeramente despeinado. Su rostro, anguloso con pómulos marcados y una mandíbula firme, junto con su mirada, le daba un aire de severidad y determinación.
Suele vestir de manera sencilla pero funcional: camisas de botones oscuras y pantalones ajustados, a menudo acompañados de un abrigo largo que le da un toque de misterio o suéteres suaves en colores crema o gris. Y hoy no era la excepción.
Quería decirle algo. Captar sus ojos negros y que estos se claven en los míos. Pero él estaba totalmente enfocado en su lectura.
A un banco de mí se encontraba Nolan, vistiendo un estilo sobrio pero cuidadosamente elegido que reflejaba su preocupación por la apariencia sin llamar excesivamente la atención. Junto a su porte seductor, parecía sacado de una revista de modelos suecos.
La profesora de francés no aparecía y, si se tardaba diez minutos más, seguramente decidiría irme. No era la única que pensaba así.
El aula es acogedora y está diseñada para sumergirnos en la cultura francesa. Las paredes están decoradas con pósteres vibrantes que muestran imágenes de París, con sus icónicos monumentos y paisajes urbanos. Algunos rincones están adornados con pequeños detalles, como banderines tricolores y citas literarias en francés que añaden un toque cultural al ambiente.
Con la frase dando vueltas en mi paladar, me decidí a hablarle a aquel chico que no dejaba de dar vueltas en mi mente.
—La semana pasada no respondiste mi duda —llamé su atención.
Me miró, confuso, analizando con cuidado mis palabras. Se acomodó los lentes en un movimiento tranquilo.
—¿Qué duda? —preguntó, Timothy.
—¿A qué me parezco? Dijiste que no parecía americana, pero no dijiste a qué parecía.
Era consciente de que no le había dicho ni un *«hola»*, pero lo prefería así. Me conocía lo suficiente para saber que, si empezaba una conversación de manera convencional, mi timidez me limitaría.
Se mantuvo pensativo durante unos segundos y creí ver algo de vergüenza en su mirada. Parecía ya conocer la respuesta a esa pregunta, pero meditaba cómo decirla exactamente.
—A europea. No creo que sea casual que estés en una clase de francés.
Sonreí ante su respuesta. Era cierto que tanto mi vestimenta con estilo romántico y femenino como mi manera de ser eran intencionales. Mi amor por los detalles se reflejaba en los accesorios elegidos cuidadosamente: collares finos, pulseras delicadas y, por supuesto, un par de mocasines o ballerinas elegantes que añadían un aire de refinamiento a mi paso.
No se trataba sólo de una cuestión de moda, sino de una forma de vida. La manera en que me movía, el tono de mi voz y mi forma de escuchar atenta eran un reflejo del estilo parisino que tanto admiraba. Todo, desde el suave perfume a flores que llevaba hasta el cuidado que ponía en mis gestos, estaba pensado para transmitir una elegancia sutil, casi como si estuviera interpretando un papel en una obra francesa.

Incluso en los pequeños detalles de mi vida diaria, como el cuidado que ponía en mis estudios y la manera en que me relacionaba con los demás, intentaba mantener esa esencia parisina de gracia y sofisticación. Era una forma de recordar que, a pesar de la presión y las dificultades, había una belleza en la vida cotidiana que merecía ser apreciada.

Y ningún secuestro me quitaría mi amor por aquella cultura.

La respuesta del atractivo chico no hizo más que aumentar mi confianza en mí misma.

—¿Y tú? —pregunté, inclinándome ligeramente hacia él—, ¿qué te trae a esta clase?

Se revolvió el cabello con nerviosismo.

—Mi familia es francesa. Mi madre me ha enseñado francés desde niño y disfruto mucho hablarlo, así que aquí estoy —respondió él.

La profesora aún no había llegado, y el tiempo parecía haberse detenido en ese pequeño rincón del aula. La presencia de Timothy, con su mirada atenta y su forma de hablar, hacía que el entorno se sintiera como un lugar especial. Mi mirada se deslizó levemente hacia donde se encontraba Nolan, con sus ojos puestos en la interacción entre Timothy y yo.

Volví mi atención al chico de lentes.

—Creo que iré a un café francés no muy lejos de aquí. Parece que no habrá clase hoy —le comenté. Tomé aire y me armé de valor—. ¿Quieres ir?

Asentí internamente, orgullosa de mi gran hazaña y sabiendo que Catherine también lo estaría cuando se lo contase.

Mi propuesta lo sorprendió visiblemente. Su respuesta llegó a mí unos segundos después:

—Me encantaría, pero tengo algunos asuntos que atender —dijo Timothy, sonriendo con un toque de disculpa—. Quizás otra vez.

Me sentí un poco decepcionada, pero comprendí su posición. A su vez, me sentí eufórica; su respuesta no había sido totalmente negativa.

Justo en ese momento, escuché el sonido familiar de unos pasos acercándose. Nolan, con su estilo sobrio y una expresión de calma en el rostro, se detuvo a mi lado.

—Bea, ¿te importaría si te acompaño un momento? —preguntó Nolan, mirando a Timothy con un leve gesto de reconocimiento.

—Oh, claro —respondí, sorprendida por la repentina interrupción—. Un gusto hablar contigo, Timothy. Espero verte en otra ocasión.

—Igualmente —dijo Timothy, asintiendo con una sonrisa educada mientras se sumía de nuevo en su lectura.

Nolan esperó a que me despidiera antes de dirigirme hacia la puerta del aula. Mientras caminábamos juntos por el pasillo, noté que Nolan parecía confiado, su mirada fija en mi nuca mientras ajustaba su chaqueta.

—¿Todo bien? —le pregunté, tratando de romper el hielo.

—Sí, sólo quería hablar contigo en privado —dijo Nolan, su voz tenía un tono de seriedad que me intrigó—. Hay algo que me gustaría decirte.

Me detuve al final del pasillo, frente a una ventana que daba a la calle. La luz tenue del día entraba suavemente en la habitación, creando una atmósfera tranquila y reflexiva.

—¿Sobre qué quieres hablar? —pregunté, sintiendo una mezcla de curiosidad y preocupación.

Nolan miró hacia afuera, tomando un momento para juntar sus pensamientos antes de responder.

—Bueno, no quiero alarmarte —dijo Nolan, con una sonrisa que mezclaba descaro y encanto—, pero tengo que confesar algo.

Me incliné un poco hacia adelante, mis mejillas ligeramente sonrojadas por la intriga y la timidez.

—¿Qué es? —pregunté, tratando de mantener la voz firme aunque temblaba ligeramente.
Nolan volvió a mirarme, sus ojos oscuros reflejaban una chispa juguetona, siendo consciente de la curiosidad que generaba en mí.
—En realidad, no tenía ningún plan específico. Simplemente noté que estabas sola y pensé que sería interesante tener una conversación contigo, Bea.
Me sentí un poco aliviada y desconcertada al mismo tiempo. No sabía si sentirme halagada u ofendida.
—¿En serio? —respondí nerviosa—. ¿Eso es todo?
—Sí, parece que estoy tan despreocupado que ni siquiera me di cuenta de que esto podría parecer un poco extraño —dijo Nolan, encogiéndose de hombros con una expresión juguetona—. Pero, mira, te prometo que no soy un completo desconocido. Sólo soy alguien que aprecia una buena conversación y tú pareces aún más aburrida que yo.
Sus palabras y su actitud desinhibida me hacían sentir más relajada, aunque todavía no podía evitar un leve rubor en mis mejillas.
—Bueno, en ese caso, gracias por querer conversar conmigo —dije, tratando de sonar casual, aunque mi timidez todavía se reflejaba en mi voz.
Algo en mí quería acercarse a él, conocerlo. Pero, por otra parte, también me preocupaba mucho su posible interés en los sucesos de mi pasado o aquella manera tan desapegada con la que solía actuar, tan libre y sin apegos significativos por nadie.
—Estaba por ir a un café. ¿Te sumas? —intenté decirlo como si invitar chicos fuese algo cotidiano en mi vida.
—¿Café? —repitió Nolan con un toque de ironía—. Es una buena propuesta. Aunque, si me permites ser un poco más exigente, ¿por qué no hacemos algo más... intrigante?
Lo decía con una actitud mordaz que me hacía cuestionar si sus palabras escondían algo más.
—¿Intrigante? —pregunté, alzando una ceja—. ¿Qué tienes en mente?
Nolan se acercó un poco más, su sonrisa se volvió más grande.
—Oh, sólo pensé que un café podría ser un poco común para alguien con tus... misterios —dijo con un tono de sarcasmo y desafío—. ¿Qué te parece si en lugar de eso, aceptas una cita que no sólo implique café, sino también un poco de aventura?
Sus palabras estaban cargadas de un tono demandante, casi como si estuviera imponiendo su propuesta con una mezcla de juego y autoridad.
—Una cita, ¿eh? —repliqué, intentando mantener la calma mientras la sorpresa se mezclaba con la intriga—. ¿Qué tipo de aventura estas sugiriendo?
Nolan se inclinó un poco hacia mí, su mirada penetrante y su sonrisa aún más amplia.
Definitivamente, Cath estaría orgullosa de mí.

Capítulo 14

Un año luego del secuestro – Catherine.

El calor en mi piel era sofocante, y no sólo por la temperatura. Era el calor de la proximidad, del roce de su cuerpo contra el mío, del susurro áspero de su respiración en mi oído. Mi corazón latía con fuerza, cada latido resonando en mi pecho como un tambor que marcaba el ritmo de nuestro encuentro. Me agarré fuerte de sus hombros, clavando mis uñas rojas en su espalda, atrayéndolo más hacia mí, absorbiendo su fragancia, su esencia.

La habitación se llenaba de nuestros suspiros, de murmullos entrecortados, de nombres apenas pronunciados. La tensión que había crecido entre nosotros durante tanto tiempo ahora se desataba en cada caricia, en cada beso hambriento. Era como si el mundo se hubiera reducido a ese momento, a ese cuarto, a ese calor que nos envolvía, empujándonos más allá de cualquier pensamiento racional.

Sus manos recorrieron mi cuerpo con una urgencia que igualaba la mía, cada toque encendiendo chispas que recorrían mi piel. Su voz, ronca y cargada de deseo, rompió el silencio con un susurro que se mezcló con el sonido de nuestras respiraciones entrelazadas.

—No sabes cuánto he extrañado esto, Cath —murmuró contra mis labios antes de capturarlos en un beso profundo, uno que robó lo poco de aliento que me quedaba.

El movimiento de nuestras caderas se volvió más frenético, sincronizado en un ritmo que parecía dictado por la necesidad compartida, por la pasión que nos arrastraba sin piedad. Todo a nuestro alrededor se desvaneció, dejando sólo el calor abrumador, la tensión insoportable, y el anhelo que consumía cada parte de mí.

Cuando culminamos, llegando al punto más alto de placer posible en nuestros cuerpos, el mundo pareció detenerse por un instante. Con la respiración descontrolada y los latidos de mi corazón frenéticos, me sentí en el mismo cielo. Había tocado el paraíso y había vuelto a la Tierra para contarlo.

Derek se recostó a mi lado, su pecho subía y bajaba con cada respiración, sus ojos azules fijos en mí, como si intentara leer lo que se escondía en mi mente.

—¿Estas bien? —me preguntó.

Su voz, ronca y masculina, me sacó de mis divagaciones internas. Solté una pequeña risa y me giré a verlo completamente, con la cabeza aún reposando sobre mi cómoda almohada y con partes de mi pelo cubriéndome el rostro de manera irregular.

—¿Por qué no lo estaría?

Me miró fijamente con aquella expresión que suele poner cuando le hacen una pregunta lo bastante estúpida como para acabar con su paciencia. Y supe a qué se refería exactamente sin que sus labios lo dijeran, porque ya sabía leer sus ojos.

—Es solamente una rueda de prensa, Bea es quien lo está pasando peor. Si tantas ganas tienes de hacer de psicólogo, te paso su número.

La policía había revelado mucho. No era común este tipo de eventos en una ciudad tan grande como Nueva York, donde los crímenes son cosa de todos los días. Éste era distinto, demasiado famoso como para mantener la boca cerrada. Los ciudadanos exigían una explicación, y los medios estaban sedientos por una sola miga de este banquete de primicias macabras y

aterradoras.
Y nosotras éramos el apetitoso alimento para sus bolsillos.
—Tú ni siquiera tienes redes sociales como para saber qué se dice de nosotras o qué se deja de decir.

—Reitero, veo las noticias, Wallace.
Lo observé deambular sin ningún tipo de prenda cubriendo su hermoso cuerpo hasta el baño. Recordé la cara del detective Winter, quien me parecía el oficial más atractivo y caliente de todo Manhattan, mientras daba la información.
Ahora todos conocían el rostro y nombre de la víctima, y su cuenta de Instagram pública se disparaba con seguidores y likes llenos de pena por la fallecida. Todos los medios tenían algo que opinar, algo que agregar. Puedo imaginarme a Beatrice en este momento, en su habitación del campus universitario, entre sus sábanas, con la computadora en su regazo, yendo y viniendo entre todos los portales de noticias.
Yo había optado por una manera más placentera de suprimir la culpa y el dolor: a través del sexo casual y desenfrenado. Era una manera extraña de evadirme. No porque tener relaciones casuales fuese algo fuera de lo común en mi vida, sino por lo que resucitaba en mí. Me transportaba a aquel desliz durante el secuestro, a aquella vez que me había acostado con nuestro secuestrador.
Pero, ¿qué tipo de persona hace eso? ¿Qué clase de mujer se acuesta con su secuestrador?
Había consentido aquello y aún me remordía la conciencia.
Intenté convencerme de que fue un mecanismo de supervivencia, que fue mi forma de mantenerme cuerda en una situación insostenible. Pero la culpa seguía ahí, latente, recordándome que no importaba cuánto lo intentara, nunca podría escapar de lo que había hecho. Nunca podría escapar de mí misma.
—¿En qué piensas?
Derek estaba apoyado en el marco de la puerta, mirándome con un interés notable, totalmente confiado con su cuerpo desnudo frente a mis ojos. Su figura era imponente: músculos definidos que se marcaban en cada movimiento, su pecho amplio y firme, y esos ojos azules que parecían atravesar cualquier fachada que pudiera poner.
—En la primera vez que te vi —inventé, mirándolo a los ojos con confianza—. Te veías muy bien con esa musculosa blanca totalmente mojada.
Eso no era mentira, realmente se veía muy bien con sus músculos marcados y su pecho mojado por la fuga de agua en la cocina.
—Es curioso, no recuerdo la primera vez que yo te vi a ti, pero podría jurar que fue antes de eso. Aunque recuerdo que me pareciste familiar.
Su respuesta parecía un chiste que yo no terminaba de entender.
—¿Familiar? —pregunté.
Caminó hacia la cama, donde aún me encontraba yo. Tomó su bóxer y su pantalón del suelo y comenzó a deslizarlos por sus piernas fuertes y esculpidas.
—Sí, algo en la manera en la que te mueves y hablas me sonaba muy conocido.
Me levanté de la cama y caminé por mi departamento en busca de la bata negra de seda, dejando atrás al chico atractivo en mi cama. Anduve con tranquilidad por el departamento, agarrando una copa y una botella de vino tinto. Me dejé caer en el sofá y descorché la botella con la facilidad con la que uno cuenta hasta diez.
Media hora después, el castaño apareció en la habitación ya vestido. Sus ojos cayeron sobre mí, que seguía con la copa en la mano y la televisión encendida.
—¿Y a mí no me ofreces? —dijo, sentándose a mi lado.

—Porque tú no tomas, Derek.
La primera vez que él me había contado aquello, me había parecido muy raro, pero mi relación con la bebida era lo suficientemente mala como para no opinar nada.
Sus ojos se dirigieron a lo que veía en la pantalla.
—Se nota que necesitas compañía —susurró con preocupación.
—¿Por qué? Estaba por disfrutar el videoclip de *«Taste»* de *Sabrina Carpenter*, mi nueva diosa. Puedes irte tranquilo —dije, mientras me llevaba la copa a los labios—, a menos que quieras ser parte de mi culto a Sabri.
—Porque has tomado más de tres cuartos de la botella tú sola y éstas viendo las noticias, en las que mencionan tú nombre todo el tiempo.
—Dijeron la causa de su muerte —solté, dejando entrever los estragos del alcohol en mí.
«Contusión». *«Crimen pasional»*. Palabras que resonaban en mi cabeza.
Derek se acercó más, su mirada se suavizó mientras me observaba con preocupación. Me quitó la copa de la mano y la dejó a un lado, antes de tomar mi mano entre las suyas, sus dedos largos y cálidos acariciando los míos.
—Cath, esto no te hace bien —dijo con suavidad—. No puedes seguir castigándote de esta manera. Sabes que estoy aquí para ti, ¿verdad?
Sentí un nudo en la garganta. Derek era tan comprensivo, tan... perfecto, y eso sólo hacía que mi culpa se intensificara. Sabía que estaba usando el alcohol como un refugio, una manera de anestesiar el dolor y la culpa que sentía por haber caído tan bajo durante el secuestro. No había manera de que él pudiera entender lo que me estaba consumiendo por dentro, y tal vez era mejor así.
—Vamos a hacer algo diferente esta noche, ¿te parece? —sugirió, levantándose del sofá—. Voy a pedir una pizza y nos relajamos viendo alguna película o escuchando a *nuestra* diosa, Sabrina. Nada de noticias, sólo algo que nos haga reír.
La manera en la que dijo *«nuestra»* picó dentro de mí y calentó mi pecho.
Asentí, agradecida por su esfuerzo, aunque una parte de mí seguía sumida en la oscuridad. Mientras Derek se dirigía a hacer la llamada, no pude evitar preguntarme si alguna vez podría perdonarme por lo que había hecho, o si seguiría escapando de mis demonios, noche tras noche, en el fondo de una botella.
La noche había caído completamente, envolviendo el apartamento en una oscuridad acogedora que contrastaba con el resplandor cálido de la televisión. La comedia de los 2000 seguía sonando de fondo, las carcajadas grabadas resonando por la sala mientras los créditos comenzaban a rodar. El aroma de la pizza aún llenaba el aire, mezclándose con mi perfume, *«Hypnotic Poison»* de *Dior*.
Derek se acomodó en el sofá. Sus músculos definidos se marcaban bajo la tela de su camiseta ajustada, mientras su pecho subía y bajaba lentamente con cada respiración. Su cabello, de un castaño profundo, caía en mechones desordenados sobre su frente, dándole un aire despreocupado y seductor al mismo tiempo.
Yo estaba acurrucada a su lado, envuelta en una manta suave. Sentía el calor de su cuerpo irradiando hacia mí, un calor que no sólo provenía de su cercanía física, sino también de la tranquilidad que me proporcionaba su presencia. Habíamos pasado horas simplemente disfrutando de la compañía del otro, riendo de los chistes tontos de la película, compartiendo pedazos de pizza, y por un momento, el resto del mundo había desaparecido.
El silencio cómodo que siguió al final de la película nos envolvió, sólo interrumpido por el zumbido bajo del refrigerador en la cocina y el ocasional crujido de la madera bajo nuestros pies.

Afuera, la ciudad continuaba con su ritmo frenético, pero dentro de estas cuatro paredes, el tiempo parecía haberse detenido.

—¿Sabes? —dije finalmente, rompiendo el silencio con un tono suave—. No recuerdo la última vez que me sentí así de… bien.

Derek giró la cabeza hacia mí, una sonrisa cálida curvando sus labios.

—Yo tampoco —admitió, su voz baja y tranquila—. Es agradable, ¿verdad?

Asentí, dejándome caer un poco más sobre su hombro. Las luces de la ciudad parpadeaban a través de las ventanas, creando un juego de sombras en la habitación. Sentía que, por primera vez en mucho tiempo, podía respirar sin sentir el peso del mundo sobre mis hombros.

Era una simple noche, sin pretensiones ni expectativas, pero a veces, ésas eran las que más se quedaban grabadas en la memoria.

Capítulo 15

Un año luego del secuestro – Andrea.

Una vez, un mes después de nuestro rescate, Catherine se acercó a mí con la mirada cabizbaja. Su cabello estaba desordenado y sus ojos irritados dejaban entrever que estaba a punto de decirme algo que no podría olvidar.

—Tengo una duda desde hace un mes… —comenzó ella, con voz temblorosa.

La miré extrañada y preocupada. Esta no era la actitud de la estudiante de finanzas que conocía; estaba mucho más débil y vulnerable.

—¿Alguna vez pasaste hambre? Ahí adentro, las veces que yo desaparecía, ¿en algún momento te faltó agua o comida? —repitió, con desesperación en la voz.

Mi respiración se detuvo. Mi mente viajó tan rápido que me fue imposible mantenerme en el presente.

—No cuando tú no estabas, más bien cuando me llevaban lejos de ustedes —expliqué, con la voz temblorosa—. Lo hablé recientemente con Sophia, quien me confirmó lo mismo, y Bea hasta lo comparó con una serie muy similar a nuestro caso.

Beatrice sospechaba que la persona detrás de nuestro secuestro era una mujer, y que la voz en los parlantes era falsa. Lo creía porque nuestra experiencia, nuestro infierno, era muy similar a una serie llamada *Pretty Little Liars*, donde las protagonistas eran secuestradas en un sótano y torturadas con juegos macabros y maquiavélicos parecidos a los que habíamos sufrido.

Pero ninguna de nosotras lo consideraba factible.

Esa tarde, Cath me confesó cosas que no esperaba escuchar. Me contó sobre aquellas veces en las que desaparecía por largos períodos, al igual que nosotras, pero con una experiencia totalmente distinta. Me habló de cómo se le exigía tomar incontables litros de alcohol bajo la amenaza de que, si no lo hacía, nosotras sufriríamos las consecuencias. Siempre terminaba tirada en el suelo, rodeada de botellas vacías y con un gran borrón en su memoria. La forma en la que me lo contaba, su desesperación por consumir todo ese líquido en tan poco tiempo, su gran gesto para protegernos, movió mi interior notablemente, llego un punto donde no pude detener mis lágrimas, mas yo nunca la juzgué.

Con cada palabra que decía, su dolor se hacía más palpable, y yo sentía cómo una ola de tristeza y culpa me envolvía. La imagen de Catherine, una figura quebrada y atrapada en un ciclo de sufrimiento autoimpuesto, contrastaba dolorosamente con la fortaleza que había demostrado durante nuestro cautiverio. El peso de lo que había pasado, y el tormento que había soportado en silencio, me abrumaban, dejándome con la sensación de que, a pesar de nuestra liberación, las cicatrices del pasado nunca se desvanecerían del todo.

—Te lo hizo a ti y no a cualquiera de nosotras porque lo sabe, eres la más leal de nosotras, no tienes por qué sentirte mal, no hiciste nada que nosotras no hubiéramos hecho —la consolé.

Por un tiempo, cuando todo era muy reciente y la tensión y el miedo seguían palpándose en el aire, mi familia vino a cuidarme a la ciudad. En esos días, había decidido abandonar la carrera, y dado que no tenía dónde quedarme, me vi obligada a salir del campus universitario. Fue todo muy rápido: en apenas un mes, conseguí trabajo y un nuevo departamento, todo mientras lidiaba con las secuelas de mi reciente pasado.

Nos habían secuestrado el 14 de febrero y nos encontraron seis meses después, gracias a una

llamada anónima, el 30 de julio. Mi familia se alojaba en un hotel barato a unas cuadras de mi casa, pero sólo mi hermana mayor se quedaba conmigo. Durante ese mes, me acostumbré a dormir abrazada a ella, temerosa de que los horrores se repitieran. Me aterraba la idea de volver a estar sola, de que desapareciera y me dejara.

El camino hacia la recuperación fue largo y arduo. Aprender a estar sola de nuevo era un desafío constante. El miedo a los ruidos repentinos, a las personas sospechosas en las calles, a todo lo que me rodeaba, me acompañaba a cada paso. Cada pequeño cambio, cada nuevo sonido en la noche, cada sombra en la esquina de la calle, parecía una amenaza latente.

Poco a poco, empecé a enfrentar esos temores. En mi nuevo departamento, adopté una rutina que me ayudaba a sentirme más segura. Colocaba luces nocturnas en las habitaciones y mantenía la televisión encendida a bajo volumen para disimular los pensamientos que me perturbaban.

Mi progreso fue lento, pero significativo. A pesar de las noches sin dormir y las paranoias constantes, empecé a recobrar un sentido de normalidad. Aprendí a aceptar que el miedo era una parte de mí, pero no podía dejar que definiera mi vida. Cada día, con cada pequeño paso hacia adelante, el miedo se volvía un poco menos abrumador.

La sombra de mi pasado seguía allí, pero empezaba a aprender a vivir con ella, en lugar de dejar que me controlase.

Ahora, cinco meses después de eso, todo era distinto. Amaba mi trabajo en la cafetería; me agradaba mi jefa y mis compañeros de trabajo, y había formado un grupo verdadero de amigas. Cada día en la cafetería se sentía como una pequeña victoria, un espacio donde podía reconstruirme, una taza de café a la vez.

Había momentos en que las sombras del pasado regresaban, sobre todo cuando los ruidos repentinos me hacían dar saltos o cuando veía personas que me recordaban a aquellos días oscuros. Sin embargo, el trabajo me ofrecía una rutina que me ayudaba a sentirme más segura y a enfrentar esos miedos.

Mi grupo de amigas, con sus risas y charlas diarias, se había convertido en un refugio. Era sorprendente cómo una conversación casual o una tarde juntas podían alejar esos temores persistentes. Me apoyaban en mis momentos más difíciles y celebraban conmigo los pequeños logros.

Mi decisión de abandonar la carrera universitaria, aunque dolorosa, se había convertido en una necesidad para mi salud mental. No podía seguir forzándome a algo que ya no me hacía feliz. Ahora, miraba hacia el futuro con una mezcla de esperanza y cautela, entendiendo que la recuperación no era un destino, sino un viaje en el que cada día contaba.

El miedo seguía ahí, pero era más manejable. Y aunque aún había noches en que me despertaba sobresaltada, el camino que había tomado me ofrecía una sensación de control y propósito que antes había perdido.

Así que, esa mañana, me desperté escuchando mis canciones favoritas de *Cavetown.* Me hice mis usuales trenzas en el cabello con una sonrisa en el rostro y me dirigí al trabajo junto a Ellie.

Por las calles de Nueva York, la chica de maquillaje peculiar y colorido me contaba algunos detalles de su vida. Sabía que había nacido en un pequeño pueblo de Pensilvania, y, al igual que yo, se había quedado encantada con la gran ciudad. A diferencia de mí, ella no tenía hermanos y sus padres eran profesores de literatura y arte. Era consciente de que estudiaba la carrera de ilustración; la había visto muchas veces caminar por la casa mientras sostenía sus materiales de arte o con ropa vieja, totalmente manchada de acrílicos. Ahora, cada vez que percibo el olor de las plantas y del acrílico en mi hogar, la recuerdo a ella.

Como todas las mañanas, Jasper se pasaba un rato antes de sus clases tomando su mocca diario

en una esquina del Millefleur Coffee. Me encantaba observar cómo se perdía en sus pensamientos mientras disfrutaba de su café, la expresión en su rostro oscilando entre la concentración y el deleite. Jasper tenía esa capacidad de encontrar en cada sorbo un momento de calma en medio del bullicio de la ciudad.

A pesar de su apariencia desenfadada, Jasper llevaba consigo un aura de introspección. Su mirada solía perderse en la distancia, como si estuviera constantemente en busca de inspiración o reflexionando sobre pensamientos profundos. Había una melancolía en su comportamiento que a veces contrastaba con su entusiasmo al hablar de sus libros favoritos o al sumergirse en sus manuscritos universitarios.

Ellie me arrancó el delantal de las manos. La miré extrañada.

—Tengo órdenes de la jefa de que hoy no trabajas. Tomas café y lees —me ordenó, mientras sacaba de su tote bag mi nuevo ejemplar de *Una corte de rosas y espinas*.

Me quedé con los ojos desorbitados, dándome cuenta de que, por sus palabras, ella debía saber sobre el secuestro y quién era yo, una información que, cuando se mudó conmigo, aún no tenía.

Tomé el libro en mis manos sin poder pronunciar una sola queja, aún sorprendida e impactada por aquello. Intenté encontrar a la francesa con la mirada, fallando en el intento.

—¿Cómo supiste...?

—No te preocupes por eso. —Ellie me interrumpió con una sonrisa tranquilizadora—. Sólo sé que necesitas un descanso. Y como no estás en condiciones de decir que no, aquí estamos.

La mirada de Ellie estaba llena de una mezcla de comprensión y firmeza. A pesar de mi confusión y el desbordante mar de emociones que sentía, su presencia era un ancla en medio del caos.

Me acerque a Jasper de manera silenciosa y calmada. Él me observaba con sus grandes ojos azules desde la mesa, con su propio libro en mano.

Su estilo de vestir era informal y ecléctico, mezclando prendas de segunda mano con toques de moda vintage y básicos de armario. Prefería camisas de franela, suéteres de lana y jeans desgastados, siempre con una apariencia que sugería comodidad y un toque de creatividad, y esa parte de su ser comenzaba a gustarme más de lo que creía, principalmente por sus semejanzas con mi estilo personal.

—Hola, Jasper —dije suavemente, intentando no interrumpir el ambiente tranquilo del café. Me senté frente a él, dejando que el libro de Ellie se posara sobre la mesa entre nosotros.

Jasper levantó la vista de su libro, una leve sonrisa en su rostro. Había algo en su expresión que denotaba una curiosidad genuina y una conexión sin palabras.

—Hola, Drea —respondió, su voz era cálida y suave, como si estuviera acostumbrado a hablar en un tono bajo para no perturbar el silencio—. ¿Cómo va tu mañana?

—Un poco extraña —admití, sintiéndome aliviada al poder compartir mis pensamientos con alguien que parecía entender mi estado—. Ellie me obligó a tomar un descanso y a leer. No es algo que suelo hacer, pero, honestamente, es un alivio.

Jasper asintió, su mirada mostrando una mezcla de comprensión e interés.

Luego, le pregunté qué estaba leyendo.

—*«Diez negritos»*, de *Agatha Christie* —respondió Jasper, con un brillo de entusiasmo en sus ojos.

No conocía aquel libro, pero suponía que era de misterio o fantasía, los géneros que solían rondar en sus manos. La mención de Agatha Christie trajo a mi mente la imagen de intrincadas tramas y enigmas por resolver, algo que sabía que a Jasper le fascinaba.

—Nunca he leído nada de ella —admití—. Pero siempre he oído que sus novelas son muy

buenas. ¿Qué te parece hasta ahora?
Jasper sonrió, y su expresión se iluminó aún más.
—Es increíble. Christie tiene una habilidad especial para crear suspenso y mantenerte adivinando hasta el final. Es como un rompecabezas en cada capítulo.
Seguimos conversando durante unos minutos, compartiendo nuestras opiniones sobre diferentes autores y géneros literarios. La conversación fluía de manera natural, y me sentía más cómoda de lo que había anticipado. Jasper tenía una forma de hablar que hacía que el tiempo pasara volando.
Después, se levantó y se dirigió hacia la caja para pedir y pagar su bebida diaria. Mientras lo observaba alejarse, un pequeño nudo de ansiedad se formó en mi estómago. Sabía que, a pesar de mis intentos de disuadirlo, él no dejaría que pagara por mi consumición. Me daba pena que me invitara, especialmente después de la última vez, pero también sabía que Jasper era el tipo de persona que no se dejaba disuadir fácilmente.
Jasper volvió con dos cafés en las manos y una expresión de determinación en su rostro.
—Lo siento, Drea, pero no puedo permitir que pagues por tu café —dijo, dándome un leve empujón amistoso—. Considera esto como una pequeña recompensa por tu trabajo aquí y por ser una buena amiga.
Intenté protestar, pero Jasper simplemente sonrió y se sentó de nuevo a la mesa.
—Gracias, pero no tienes que hacerlo —dije, sintiendo una mezcla de gratitud y vergüenza.
—Lo sé, pero lo hago porque quiero —respondió, tomando un sorbo de su café—. Además, la conversación ha sido muy agradable. Me alegra que estemos conociéndonos mejor.
Me sonrojé levemente, pero no pude evitar sonreír.
—Bueno, si insistes... gracias. —Le dije, mientras tomaba un sorbo de mi bebida.
La calidez del café contrastaba con el frío de la mañana, y el gesto amable de Jasper hizo que me sintiera un poco más conectada con el mundo que me rodeaba.
Miré el libro, observando la portada decorada con un lobo negro y un fondo rojo brillante. Era una pequeña ventana a otro mundo, una forma de escapar de la realidad por un rato. Abrí el libro y empecé a leer por donde me había quedado la última vez, sumergiéndome en sus páginas.
Mientras leía, las palabras parecían envolverme, creando un refugio temporal contra la realidad que me rodeaba. Las tensiones de mi vida diaria se desvanecían poco a poco, reemplazadas por las aventuras y romances del universo ficticio que Sarah J. Maas me había ofrecido.
Me dejé llevar por la historia, pero no pude evitar pensar en cómo la información sobre mi pasado había llegado a Ellie. La intriga me mantuvo alerta, aunque el libro me proporcionaba un alivio momentáneo. Sabía que pronto tendría que enfrentar las preguntas que no dejaban de rondar en mi mente, pero por ahora, me permití el lujo de perderme en la lectura, apreciando el gesto amable de Ellie, Solène y Jasper en medio del caos.
A mi lado, el chico de gorro de lana se había sumergido profundamente en su lectura. Sus ojos se movían rápidamente sobre las páginas, y su expresión era una mezcla de concentración y deleite. A veces fruncía el ceño o sonreía levemente, como si estuviera inmerso en un diálogo interno con los personajes del libro.
Me perdía observándolo disimuladamente, admirando su manera de involucrarse en la lectura. Su cabello, que antes parecía desordenado, caía sobre su frente de manera casual, y la luz suave de la cafetería iluminaba sus rasgos de una manera que hacía que pareciera aún más lindo.
Permanecí sentada allí, disfrutando de la tranquilidad que la compañía de Jasper me ofrecía.
La conversación previa había sido refrescante, y ahora, mientras él se concentraba en su lectura, me permitía un momento de paz para reflexionar sobre cómo las cosas habían cambiado para mí

en los últimos meses, recordando las conversaciones con Cath, mi actual lectura y las teorías de Bea, en bucle.

De vez en cuando, Jasper levantaba la vista del libro para tomar un sorbo de su café o para ajustar su posición en la silla. Cada vez que lo hacía, me encontraba a mí misma atrapada en la calidez de su mirada, un leve sonrojo en mis mejillas mientras intentaba no ser tan evidente.

—Vaya, no me había dado cuenta de la hora —dijo mientras se levantaba de su asiento, recogiendo su libro y su chaqueta—. Tengo que irme, tengo clase en unos minutos.

Sentí una pequeña punzada de decepción al verlo prepararse para marcharse, pero no quería que lo notara. Me obligué a sonreír.

—No te preocupes, no quiero que llegues tarde. Gracias por la charla, fue... fue agradable.

Jasper se detuvo un momento, como si estuviera debatiendo algo en su mente. Luego, con una sonrisa que hacía que sus ojos azules brillaran aún más, se inclinó un poco hacia mí.

—Oye, Drea... ¿Qué tal si salimos algún día de estos? No sé, para ir a ver una película o tomar algo fuera de la cafetería. Me gustaría conocerte mejor, fuera de este ambiente —propuso, su tono era casual, pero había un matiz de sinceridad que no podía ignorar.

Mi corazón dio un pequeño brinco al escuchar su invitación. La idea de pasar tiempo con Jasper, lejos de la rutina del Millefleur Coffee, me emocionaba más de lo que estaba dispuesta a admitir en voz alta.

—Me encantaría —respondí, tratando de mantener la calma mientras en mi interior la emoción crecía—. Sólo dime cuándo y dónde.

Jasper sonrió de nuevo, esta vez con una satisfacción tranquila. Sacó su teléfono y después de un rápido intercambio, él ya tenía mi número agendado.

—Te enviaré un mensaje para coordinar. Estoy seguro de que será divertido —dijo mientras guardaba su teléfono.

—Lo espero con ansias —respondí, y realmente lo hacía.

Jasper se puso la chaqueta, echó un último vistazo a la cafetería y luego me miró a mí, con una expresión que mezclaba algo de expectación con una calidez genuina.

—Nos vemos pronto, Drea —se despidió antes de salir por la puerta, dejándome con una mezcla de emociones que aún estaba tratando de procesar.

Mientras lo veía alejarse por la calle, una sonrisa involuntaria se formó en mis labios. La idea de una cita con Jasper me llenaba de una agradable anticipación, un sentimiento que hacía tiempo no experimentaba. Mi vida estaba cambiando, y por primera vez en mucho tiempo, sentía que estaba avanzando en la dirección correcta.

Al día siguiente, mientras organizaba la vajilla en las alacenas, un mensaje iluminó la pantalla de mi celular. Al leer el remitente, cualquier sentimiento de felicidad desapareció.

«NÚMERO DESCONOCIDO:

Hola, hoy no podré ir al café. Pero podemos organizar para vernos el finde en algún otro lugar.

PD: soy Jass ;) »

El alivio que sentí al leer el final del mensaje no hizo más que resaltar el nerviosismo que se había apoderado de mí al principio. La ansiedad que se disparó en mi pecho al ver un mensaje de un número desconocido no era fácil de sacudir, una reacción que sabía que era un eco del pasado. A pesar de la calidez de las palabras de Jasper, mi mente aún luchaba contra la paranoia, el miedo irracional de que los fantasmas de antes pudieran estar regresando.

Respiré hondo y me obligué a enfocarme en lo positivo. Jasper quería verme, y eso debería ser lo que importara. Sin embargo, no podía ignorar el ligero temblor en mis manos mientras respondía al mensaje, acordando un lugar y una hora para encontrarnos el fin de semana.

Guardé su número y me cuestioné si no lo había guardado la tarde anterior.
Mientras continuaba organizando la vajilla, intenté sacudir la inquietud que se había instalado en mi pecho. Me repetí que todo estaba bien, que era sólo un mensaje de Jasper. Pero en el fondo, sabía que estos momentos de incertidumbre eran parte de mi proceso de sanación. Aún estaba aprendiendo a vivir sin miedo constante, a confiar de nuevo en las personas, y aunque había avanzado, todavía quedaba un largo camino por recorrer.
El primer paso era descubrir la identidad detrás de ese número desconocido.

Capítulo 16

Un año luego del secuestro – Sophia.

Mi mirada seguía en la pantalla, yendo y viniendo entre las capturas de los mensajes recibidos. Sólo contaba con los que me habían llegado a mí o los que nos habían llegado a las cuatro en sincronía. Los mensajes eran demasiado íntimos y contenían secretos que ni siquiera nos habíamos compartido entre nosotras en muchos casos. Por eso, no me sorprendía que no me hubieran mostrado esos mensajes; yo tampoco había revelado los míos. El peso de esos secretos, tan pesados como el aire denso en una habitación cerrada, era un recordatorio constante de que estábamos atrapadas en una red de confidencias que nos mantenía más unidas y, a la vez, más distantes.

Mientras seguía explorando el contenido de los mensajes, sentía un nudo en el estómago. Los secretos que tanto me había molestado en dejar atrás, ahora se encontraban a disposición de un desconocido, revelando un mapa oscuro de nuestras vidas entrelazadas. Y en medio de todo eso, la realidad se volvía cada vez más confusa.

¿Podíamos realmente confiar en lo que sabíamos? ¿O estábamos simplemente interpretando mal las señales en un juego en el que las reglas cambiaban constantemente?

Entre mis rigurosos estudios, me había hecho un espacio para resolver este misterio. Mi carrera era mi prioridad, y poseía una gran y a veces toxica, validación académica, a menudo comparándome con personajes ficticios como *Paris Geller* y *Blair Waldorf*. Estos personajes, con sus brillantes carreras académicas y sus complejas vidas personales, representaban para mí una aspiración, una manera de medir mi éxito en medio del caos que me rodeaba.

Sin embargo, mientras me adentraba en el enigma de los mensajes y trataba de desentrañar sus significados ocultos, me preguntaba si esa comparación estaba realmente ayudándome o sólo añadiendo presión. En mi búsqueda por resolver el misterio y mantener mi vida en orden, me enfrentaba a una verdad incómoda: a veces, las respuestas no eran tan claras como las soluciones en los guiones de ficción.

Reflexionando sobre mi vida universitaria, me daba cuenta de cuán absorbente había sido. Cada día en el hospital era una inmersión total en un mundo de precisión y responsabilidad. Las largas horas de estudio, las prácticas intensivas y las noches sin sueño se habían convertido en mi rutina. La cirugía no sólo demandaba habilidades técnicas, sino también una fortaleza mental que debía mantener constante. Era como estar en el filo de un bisturí, donde cualquier error podía tener consecuencias graves, y cada éxito, por pequeño que fuera, era una victoria efímera en un campo implacable.

El rigor académico y la presión por sobresalir me habían convertido en una persona disciplinada, pero también me habían distanciado de las cosas simples y de las relaciones personales. Las interacciones con mis compañeros eran a menudo breves y funcionales, y el tiempo libre que solía disfrutar se había reducido a casi nada. En medio de todo esto, los mensajes y los secretos se sentían como una carga adicional que arrastraba mis pensamientos hacia un territorio que no podía controlar.

«NÚMERO DESCONOCIDO:

¡bang! ¡bang! las chicas de hoy manejan armas y usan bolsos de Ralphs».

Debía admitir que era macabramente original. El contenido del mensaje no sólo era inquietante, sino también perturbadoramente personal. Me sentía expuesta, como si la amenaza estuviera

diseñada específicamente para mí. El tono burlón y la referencia a los bolsos de *Ralphs Lauren*, que en realidad era un detalle mío, hacían que el mensaje se sintiera aún más íntimo y amenazante.

El hecho de que alguien conociera esos detalles y jugara con mis miedos me aterraba. Me preguntaba hasta dónde llegaba su conocimiento y qué otras sorpresas podría tener reservadas para mí.

El pánico se apoderó de mí mientras intentaba mantener la calma. Este mensaje no era sólo una advertencia; era una revelación de que el peligro estaba más cerca de lo que había imaginado. ¿Qué más sabía esa persona sobre mí? ¿Y qué haría a continuación? La idea de enfrentarme a algo tan oscuro y personal era abrumadora, y la amenaza implícita de un disparo hizo que mi mente se llenara de terror. La verdad que tanto intentaba ocultar parecía estar al borde de ser desvelada, y la sensación de vulnerabilidad se intensificaba con cada segundo que pasaba.

Había sucedido cuando tenía ocho años, en una elegante casa en los Hampsons. Se suponía que era un juego.

Recuerdo a Gianna sacando el arma de la caja fuerte de su madre, su rostro iluminado por una mezcla de emoción y orgullo. La movía frente a mi cara con una seguridad inquietante, sus manos temblando levemente mientras el metal del arma reflejaba la luz de la lujosa habitación. El peso del arma en sus manos, el brillo frío del cañón, y el sonido metálico al abrirse la caja fuerte se grabaron en mi memoria como una marca indeleble.

El juego había comenzado como una especie de aventura infantil, pero la realidad del arma, tan cerca de mi rostro, me hizo sentir una mezcla de terror y fascinación. Gianna, con su risa nerviosa y sus movimientos exagerados, no comprendía el peligro real. Para mí, sin embargo, la experiencia fue una lección dolorosa sobre la fragilidad de la vida y el poder de las cosas que deberían estar fuera de nuestro alcance. La amenaza implícita en el mensaje de ahora me hizo revivir esos momentos con una intensidad escalofriante, recordándome que algunos juegos tienen consecuencias que perduran mucho después de que la diversión ha terminado.

Mi madre había borrado el hecho. Lo había aislado, alejándolo totalmente de mi alcance y a mí de las consecuencias. Ella intentó que el recuerdo desapareciera, asegurándose de que nunca tuviera que enfrentar las ramificaciones de lo que había sucedido. Pero el impacto no pudo ser borrado tan fácilmente.

El recuerdo de los ojos de Gianna, en el instante en que la vida se desvanecía de ellos, y el olor metálico y acre de la sangre, vivirían para siempre en mi memoria. Era un recuerdo ineludible, incrustado en mi mente como una cicatriz que no se podía ocultar ni ignorar. El contraste entre la apariencia tranquila de la elegante sala y el horror que ocurrió en ese momento hacía que el recuerdo fuera aún más perturbador. Cada vez que intentaba apartar el pensamiento, el detalle de esos ojos vacíos y el olor penetrante regresaban, trayendo con ellos un oleaje de miedo y arrepentimiento.

Sospechaba que la persona detrás de los mensajes era alguien habitual en nuestras vidas, principalmente por el buen *timing* al enviarlos. Siempre llegaban en el momento justo, instándonos a caer en la trampa y sabiendo exactamente qué nervio atacar para destruirnos.

Un mensaje hizo resonar mi celular al otro lado de la mesa. Me puse de pie, observando mi habitual ropa deportiva blanca, elegante y de marca, intentando mantener la atención en la familiaridad de la prenda mientras sentía un nudo en el estómago. El temor a lo que podría encontrar en el celular era abrumador.

Me acerqué al teléfono con pasos temblorosos, y al ver el remitente, un suspiro de alivio escapó de mis labios. Era un mensaje de mi padre. La sensación de miedo y ansiedad que me había

invadido se desvaneció por un momento al reconocer su nombre. Con manos aún nerviosas, abrí el mensaje y leí sus palabras, que eran cortas pero reconfortantes.
«ROBERT HALLINGTON:

Sólo quería asegurarme de que estés bien.

Piensa en ti y cuida de ti misma, serás la mejor aún con una hora menos de estudio y una más de descanso.
Hablamos pronto».
Mi padre es un cirujano de renombre, el jefe de un hospital que él mismo fundó. Es una figura imponente en su campo y, al ser el único que realmente comprende el sacrificio que conlleva nuestro oficio, siempre ha sido una fuente de inspiración y presión para mí. Su legado, reflejado en cada rincón del hospital, es un recordatorio constante de las expectativas que tengo que cumplir.
Verlo en acción, manejando con maestría el bisturí y tomando decisiones críticas, me ha enseñado tanto sobre la precisión y la dedicación necesarias en la cirugía. Cada operación es un testimonio de su habilidad y experiencia, y me esfuerzo por seguir sus pasos, perfeccionando mis propias habilidades y entendiendo el verdadero peso de la responsabilidad que llevamos.
Lo quiero mucho y entiendo que su trabajo no le permite verme con frecuencia; siempre ha sido así desde que era niña. Su ausencia era algo notable en mi hogar.
Pero lo entiendo... Creo.
Un nuevo mensaje llegó al teléfono. La pantalla brilló con un resplandor inquietante, y mi corazón se detuvo al ver el remitente: *desconocido*. Con un suspiro tembloroso, desbloqueé el dispositivo y leí el contenido que, en un giro inesperado, me dejó paralizada.
«NÚMERO DESCONOCIDO:
El pasado se ha desvanecido. Prepárate para el inicio de un capítulo inesperado. El tablero de juego ha cambiado y tú, mi querida Sophia, eres la protagonista. Vamos a ver cómo juegas esta vez.»
Confusa, releí varias veces aquel enigmático mensaje. En mi mente, lo leía con una voz galante y sarcástica, imaginando el perfil de la persona que se atrevía a utilizar esas palabras. Me preguntaba quién podría estar detrás de esta amenaza y qué motivos ocultos podría tener.
De repente, la pantalla de mi computadora se apagó, y mi celular la imitó al instante, sumiéndome en una oscuridad inquietante. La sincronización de ambos apagones no parecía una coincidencia; era como si alguien estuviera jugando con mis nervios, controlando cada detalle para aumentar mi ansiedad.
Con desesperación, intenté reiniciar ambos dispositivos, luchando contra la creciente sensación de pánico. Cada intento fallido intensificaba mi ansiedad, y mi frustración crecía a medida que la pantalla permanecía negra. Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, los dispositivos volvieron a encenderse, pero al hacerlo, descubrí algo aún más inquietante: no quedaba rastro del desconocido.

Capítulo 17

Un año luego del secuestro – Beatrice.

Nolan y yo entramos en una cafetería refinada y lujosa. Por un momento, pensé que nos quedaríamos allí, lo cual me parecía extraño dado lo que habíamos discutido antes. Sin embargo, Nolan notó mi confusión y, con una sonrisa galante y una mirada juguetona, resolvió mis dudas:
—No nos quedaremos aquí. Pediremos un café para llevar.
Su tono era atrevido y coqueto, como si la idea de permanecer en ese lugar elegante fuera simplemente un juego para él. Me miró con una chispa traviesa en los ojos, y su actitud despreocupada hizo que mi corazón acelerara un poco. Mientras se acercaba al mostrador, sus movimientos eran elegantes y deliberados, como si cada gesto estuviera calculado para impresionar.
—¿Alguna preferencia especial? —preguntó con una sonrisa que dejaba claro que estaba disfrutando de cada momento.
La forma en que jugaba con las palabras y su actitud desenfadada hacían que todo pareciera un flirteo sutil, transformando lo que podría haber sido una simple decisión en un juego encantador. Me sentí atrapada entre la sorpresa y el deleite, sin poder evitar la atracción que su actitud audaz y coqueta despertaba en mí.
Pedí mi habitual Caramel Macchiato, y vi cómo Nolan sonreía con gracia, como si ya hubiera anticipado mi elección. Su sonrisa era un toque de sofisticación y diversión, como si su habilidad para leerme formara parte de su encanto natural.
Mientras esperaba que el barista preparara nuestro pedido, el castaño se giró hacia mí con una sonrisa que parecía decir que este momento era solamente una parte de su encanto irresistible. Sus ojos brillaban con una mezcla de diversión y desafío, y su tono juguetón transformaba cada palabra en una insinuación sutil.
Observé cómo el barista preparaba nuestros cafés con una destreza casi artística, el vapor del espresso creando pequeñas nubes en el aire. Mi acompañante se inclinó ligeramente hacia mí, su cercanía intensificando la sensación de complicidad entre nosotros.
—Este lugar tiene un encanto que no se puede negar —dijo Nolan, observando alrededor con una mirada aprobadora—, pero hay algo en la espontaneidad que siempre resulta más emocionante, ¿no crees?
Me sorprendió cómo lograba hacer que un momento cotidiano se sintiera tan cargado de tensión y expectativa. A medida que el barista nos entregaba los cafés en tazas de cartón, él tomó una con un movimiento fluido y me ofreció la otra, sus dedos rozando los míos en el proceso.
—Vamos, el verdadero encanto está en la aventura que nos espera afuera —dijo, su sonrisa mostrando un toque de misterio que me dejó intrigada y ansiosa por descubrir lo que planeaba a continuación.
Caminamos por las calles nevadas de Nueva York, atravesando los barrios más exclusivos, donde las residencias lujosas se alineaban en un desfile de elegancia y opulencia. Nolan, con su actitud galante y juguetona, me guiaba con un paso seguro, y nuestra conversación fluía de manera sorprendentemente natural. Oscilábamos entre el inglés y el francés, sin perder el hilo de la conversación; en lugar de eso, nos sumergía aún más en ese ambiente íntimo y privado que parecía estar reservado sólo para nosotros.
Finalmente, llegamos a una pequeña puerta de hierro forjado, oculta entre dos edificios

imponentes. Nolan sacó una llave de su bolsillo y la insertó en la cerradura con una destreza casual. Al abrirse la puerta, reveló un jardín escondido que parecía un oasis en medio de la ciudad.

El rosedal secreto se extendía ante nosotros, un rincón de tranquilidad con senderos de piedra serpenteantes y rosas en una explosión de colores vibrantes. Las flores estaban en plena floración, sus pétalos de tonos rosas, rojos y dorados creando un tapiz de fragancias y belleza. Los arbustos de rosas estaban cuidadosamente podados, y en el centro del jardín se erguía una fuente de mármol blanco, con el agua fluyendo suavemente y creando un murmullo relajante que contrastaba con el bullicio de la ciudad a lo lejos.

El elegante y apuesto chico me condujo por el sendero principal, donde el aroma de las rosas mezclado con el fresco olor del césped recién cortado creaba una atmósfera casi mágica. Las sombras suaves de los árboles altos ofrecían un respiro del sol, y las mariposas revoloteaban entre las flores, añadiendo un toque de vida y color al entorno.

—Este lugar es uno de mis secretos favoritos —dijo Nolan con una sonrisa satisfecha—. Un escondite perfecto para escapar del caos de la ciudad.

Me detuve a admirar la belleza del jardín, sintiendo cómo la tranquilidad del lugar contrarrestaba el ritmo frenético de la vida urbana. Nolan, con su aire de sofisticación y su encanto juguetón, se veía completamente a gusto en este entorno idílico, y su entusiasmo por compartirlo conmigo sólo aumentaba el misterio y el atractivo de nuestra aventura

—¿Cómo lo descubriste? —pregunté, aún sorprendida por la belleza del lugar—. ¿Y cómo es que tienes la llave?

El castaño sonrió con una mezcla de orgullo y misterio, su mirada reflejando la satisfacción de compartir su secreto.

—Mi padre es el dueño de los dos edificios de los costados —explicó, su tono lleno de una arrogancia juguetona—. Este jardín ha sido parte de la propiedad durante años, pero pocos saben de su existencia. Sólo unas pocas personas cercanas a mi familia tienen acceso a él.

Él se detuvo junto a una elegante pérgola cubierta de enredaderas en flor, señalando un par de sillas de hierro forjado situadas en una esquina apartada del jardín. Me invitó a sentarme, y, mientras lo hacía, observé cómo el sol comenzaba a descender en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos cálidos y anaranjados.

—¿Vienes a menudo? Me refiero, a escapar del caos neoyorkino —le pregunté, llevándome el café a los labios.

Su respuesta llego tarde a mí, la había pensado más que otras, buscando las palabras adecuadas:

—Muchos anhelan la grandeza de la ciudad, sin saber que pronto la ciudad lo consume a uno —dijo Nolan, su voz cargada de un tono enigmático mientras miraba hacia el horizonte.

—¿Te sientes consumido por la ciudad? —pregunté, intrigada por el matiz filosófico en sus palabras.

Nolan giró la cabeza lentamente para mirarme, sus ojos reflejando una profundidad que parecía ir más allá de lo que mostraba su actitud desenfadada.

—No necesariamente consumido —respondió con un susurro—. Pero sí absorto por sus complejidades. Hay algo místico en cómo la ciudad puede atraer y luego devorar, como un laberinto con mil caminos que siempre llevan a nuevas sorpresas y desafíos.

Me sentí cautivada por la forma en que Nolan hablaba, su misticismo añadiendo una capa de misterio a su ya intrigante personalidad. La serenidad del jardín contrastaba con la intensidad de sus palabras, creando una atmósfera que parecía estar llena de posibilidades sin explorar. Esta faceta, la nueva cara que me exponía, contrastaba mucho con la imagen de chico popular y

vacilón que tenía de él. Ver a Nolan con esa mirada profunda y reflexiva, en medio de la tranquilidad del jardín, revelaba un lado suyo que nunca había conocido.
—Nunca te había visto así antes —dije, dejando que el tono de mi voz reflejara mi sorpresa—. Siempre te había conocido como el chico desenfadado, el que siempre está buscando la próxima aventura.
Nolan sonrió, recuperando un toque de su actitud bromista, pero sin perder la profundidad en su mirada.
—¿Y tú? —comenzó, con un tono juguetón—. ¿La ciudad te consume a ti, o tú la consumes a ella?
La pregunta resonó en mi cabeza durante meses, dándome vueltas sin que pudiera encontrar una respuesta certera o que me satisfaga. En ese momento, sentí que la pregunta era tan penetrante como las observaciones de Nolan sobre la ciudad.
Nunca llegué a responderle a Nolan. Nunca pude encontrar una respuesta que realmente comprendiera y, quizás, eso era lo que me atrapaba en la misma incertidumbre que la ciudad. Nos quedamos en silencio, la conversación dejándonos con más preguntas que respuestas mientras el jardín se sumía en la oscuridad nocturna, iluminado sólo por la suave luz de las lámparas y las estrellas sobre nosotros.
Nolan se inclinó hacia mí, su mirada cargada de una calidez que contrastaba con su tono filosófico. Me tomó la mano, su toque suave pero firme.
—A veces, las respuestas no son tan importantes como el hecho de estar aquí para buscarlas —dijo, con una sonrisa que prometía más momentos de descubrimiento y conexión.
Mientras la noche avanzaba, el jardín se convirtió en un refugio de calma y reflexión, un lugar donde las preguntas sin respuesta y las emociones no expresadas se entrelazaban en la serenidad de la noche.

Capítulo 18

Un año luego del secuestro – Catherine.

Muchas veces relacionaba mi incapacidad para generar vínculos duraderos con los hombres con la ausencia de mi padre en mi vida, una figura de la que ni siquiera conocía su nombre.
Por ello, después de aquella noche llena de risas, karaoke con canciones de Sabrina Carpenter, porciones de pizza y películas, me encontraba en un enigma sobre cómo interactuar con Derek. La simplicidad y la diversión de la noche anterior habían creado un espacio de cercanía y alegría que, sin embargo, dejaba en evidencia mi inseguridad cuando se trataba de mantener una conexión auténtica.
Sus chistes, bromeando sobre ser el fan número uno de la cantante rubia que yo tanto amaba, aún calentaban mi corazón.
Y siendo sincera, también otras zonas de mi cuerpo.
Por ello, había estado evitando al chico, intentando no cruzármelo en los pasillos o el ascensor. Me sentía como en una telenovela, esas que mi madre adoraba.
Mi madre había influido en muchos aspectos de mi vida, como es natural. Mi nombre, por ejemplo, salió de su amor por una serie llamada *Crónicas Vampíricas*, y mi personalidad y sexualidad se asemejaban tanto al personaje con el mismo nombre que solía bromear diciendo que soy su *Doppelgänger*[1] como en esa telenovela americana.
No la veía hace años, mi abuela teorizaba sobre su estado y ubicación desde su desaparición. Según ella, que la conocía mejor que yo, mi madre debía estar en la casa de algún hombre que la mantuviera y tuviera la paciencia suficiente para soportar sus caprichos. Al parecer, había heredado el espíritu fiestero de mi madre y la ambición y determinación de mi padre.
Mi abuela había intentado muchas veces averiguar la identidad misteriosa de mi padre, pero las respuestas de mi madre siempre habían sido cortas y tajantes. La única información que mi abuela había logrado obtener, y que años después me compartió, era que mi padre era un hombre infiel, exitoso y muy adinerado. Según mi abuela, él había estado pasando dinero a mi familia durante años, no sólo para asegurar nuestro bienestar, sino también para mantener su existencia en secreto.
Este secreto, que parecía ser un juego de sombras y susurros, me había dejado con una sensación persistente de incertidumbre. La imagen de mi padre, siempre tan esquiva y envuelta en misterio, se mezclaba con las historias y rumores que mi abuela había recolectado. La revelación de que mi padre había elegido permanecer oculto mientras mantenía a mi familia en la oscuridad añadía una capa de complejidad a mi comprensión de mis raíces. Me preguntaba si había heredado algo más de él que sólo su perseverancia; quizás también su habilidad para crear y mantener secretos.
A día de hoy, no tenía ningún interés en conocer a mi padre ni en mantener contacto con mi madre, sin importar dónde se encontrara ella, ya fuera en Colombia o en los Estados Unidos. La ausencia prolongada de ambos había creado un vacío que, en lugar de llenar, había enseñado a vivir sin ellos. Había aprendido a encontrar mi propio camino, a construir mi vida a partir de mis propias decisiones y experiencias.
—Qué alivio, por un momento pensé que te había tragado la tierra —dijo Derek, con un tono entre aliviado y bromista.
Nos encontrábamos en un pasillo del edificio, un espacio estrecho y mal iluminado por las luces

fluorescentes en el techo. Las paredes, pintadas de un gris claro que se estaba desvaneciendo, estaban decoradas con algunos cuadros genéricos y plantas en macetas de plástico. El sonido de nuestros pasos resonaba en el pasillo vacío.

Levanté una ceja, tratando de ocultar mi sorpresa con una sonrisa juguetona. La luz fría del pasillo acentuaba las sombras en el rostro de Derek, dándole un aire un tanto dramático.

—¿Creías que iba a desaparecer para siempre? —le respondí, manteniendo el tono ligero.

Derek, con su cabello algo despeinado y su chaqueta de cuero ajustada, se inclinó un poco hacia mí. Sus ojos azules reflejaban una curiosidad genuina que destacaba a pesar de la penumbra del pasillo.

—Bueno, no exactamente para siempre, pero sí por un rato. —Derek hizo un gesto hacia la pared —. ¿Dónde estabas? Estaba empezando a preocuparme.

Me encogí de hombros, intentando parecer despreocupada. El zumbido constante de las luces fluorescentes y el olor a limpieza desinfectante en el aire eran un contraste notable con la calidez que había experimentado anteriormente.

—Sólo necesitaba un tiempo para aclarar algunas cosas.

Noté que Derek me observaba con más interés del que esperaba. Su mirada, a pesar del ambiente austero, parecía intentar captar cada matiz de mi expresión. La iluminación fría del pasillo hacía que el ambiente se sintiera aún más distante y un poco inquietante.

—Si necesitas hablar de eso, estoy aquí. —Derek se apoyó contra la pared, cruzando los brazos y mostrando una expresión de preocupación—. A veces, el mejor remedio para las cosas complicadas es simplemente hablarlas.

Negué su oferta de manera despreocupada y Derek asintió, su sonrisa mostrando una comprensión que me reconfortó.

Miré la puerta atrás de él, aquel departamento del que acababa de salir y que ahora se encontraba cerrada. Confusa, intercambié mi mirada entre él y la puerta, siendo completamente consiente de que ése no era su departamento. Él vivía en el continuo al mío, al otro lado del pasillo.

Él, comprendiendo mi duda, se apresuró a resolverla:

—Tanto el departamento que tengo en uso, como éste, pertenecen a mi familia. Acabo de mostrarlo a un posible inquilino. Estoy pensando en alquilarlo.

Asentí, conforme con su respuesta.

—¿Y tus padres o hermanos?

La realidad es que no conocía nada sobre su vida privada, ni de dónde era o quiénes eran los integrantes de su familia. Ni siquiera sabía qué estudiaba o a qué se dedicaba.

Mientras observaba a Derek, me di cuenta de cuán poco sabía realmente sobre él, a pesar de que nuestros encuentros. Sentí una chispa de curiosidad y un deseo de conocer más, pero también una cierta reticencia a profundizar en un área que hasta ahora había mantenido en la superficie.

Derek rió, su risa resonando en el pasillo con una calidez que contrastaba con el ambiente frío.

—No tengo hermanos —explicó—. Y mis padres son muy viejos para ocuparse de esto.

—¿Y cómo te va con el alquiler? —pregunté, interesada—. ¿Ya has tenido algún interesado?

Derek se encogió de hombros, su actitud desenfadada aún presente.

—Un par, pero nada definitivo todavía. Por ahora, sólo estoy explorando opciones y asegurándome de que todo esté en orden.

Incrédula, solté involuntariamente:

—Realmente no sé nada de ti…

Me sorprendió aquella pérdida de control temporal en mi propio cuerpo, algo poco usual en mí, que siempre había manejado con precisión y que parecía mi área de especialidad.

—Eso es mentira, si sabes cosas sobre mí —comenzó, con esa sonrisa vacilona que siempre portaba—. Sabes aquellas cosas que me excitan, las que me encantan. Conoces los puntos más sensibles de mi cuerpo.
Me quedé estupefacta, no podía evitar sonreír ante su osadía. Le di un pequeño golpe en el brazo, intentando ocultar mi sorpresa y el ligero rubor que sentía en las mejillas.
Decidí jugar con el misterio. Había aprendido, a lo largo de los años, que esa era la mejor estrategia frente a un hombre cuando me sentía intimidada por los posibles sentimientos que pudiera desarrollar.
Había algo en el enigma y la sorpresa que me permitía mantener el control, evitando revelar demasiado de mí misma y protegiendo mi vulnerabilidad. Era un juego que había perfeccionado, una danza de insinuaciones y secretos que me permitía explorar el interés sin comprometerme completamente.
—¡Eres imposible, Derek! —dije entre risas—. Si continuas así, me iré de boca, y no quiero revelarte todos mis secretos tan fácilmente.
Derek observó mi cambio de actitud con una mezcla de curiosidad y diversión. Su sonrisa, que antes había sido traviesa, ahora mostraba un toque de admiración. Se inclinó ligeramente hacia mí, su mirada traviesa y coqueta iluminando su rostro.
—Oh, no te preocupes —respondió con un tono juguetón—. Estoy seguro de que descubriré todos esos secretos tarde o temprano. Y mientras tanto, me contentaré con conocer cada vez un poco más sobre ti.
Nos miramos fijamente por un momento, la atmósfera cargada de una tensión juguetona y seductora. Sentí un cosquilleo en el estómago, una mezcla de anticipación y diversión que parecía flotar en el aire.
—Entonces —dije con un tono seductor—, ¿qué tal si empezamos a descubrir más secretos, uno por uno?
Él sonrió, claramente satisfecho con el giro que había tomado nuestra conversación.
—Me parece un excelente plan —respondió, su voz un susurro que parecía prometer más aventuras por venir—. Aunque te advierto, me encanta descubrir esos pequeños misterios. Así que, prepárate, porque estoy listo para jugar este juego contigo.
Nos miramos, ambos conscientes de la tensión eléctrica que llenaba el espacio entre nosotros. El miedo de formar un vínculo genuino era palpable. Había aprendido a protegerme, a mantener mis emociones a salvo de las posibles decepciones. Con cada risa compartida y cada mirada significativa, sentía cómo ese miedo se agitaba dentro de mí, temerosa de perder el control y de ser vulnerable. Mi experiencia me había enseñado que abrirse completamente podía llevar a complicaciones que prefería evitar.
Sin embargo, había algo en Derek que despertaba una curiosidad inconsciente. Aunque intentaba mantener mi distancia, su actitud galante y su capacidad para desafiar mi ingenio me atraían de una manera inesperada. Cada conversación, cada sonrisa, parecía invitarme a explorar más allá de mis defensas. A pesar de mi deseo de jugar con el misterio, me encontraba ansiosa por descubrir qué había detrás de su fachada despreocupada.
Sentía un tira y afloja constante entre el miedo de establecer un vínculo profundo y la fascinación que me producía su presencia. La intriga que despertaba en mí no sólo alimentaba mi curiosidad, sino que también ponía a prueba mi resistencia a abrirme. Cada palabra, cada gesto de Derek, parecía empujarme hacia un abismo de emociones que preferiría evitar, pero que, al mismo tiempo, no podía resistir explorar.
Mientras la noche avanzaba y la tensión entre nosotros se volvía más palpable, me di cuenta de

que este juego de misterio no sólo era una estrategia para protegerme, sino también un camino hacia la comprensión de lo que realmente quería. ¿Podría permitir que este vínculo floreciera, a pesar de mis temores? ¿O seguiría refugiándome en la seguridad de mi fachada enigmática? La respuesta parecía tan incierta como el futuro mismo, pero estaba dispuesta a enfrentar la incertidumbre, al menos por un momento más.

Capítulo 19

Un año luego del secuestro – Andrea.

Me encontraba parada en la entrada de una cafetería completamente nueva para mí en *Midtown East.* Había llegado desde Brooklyn en el ferry, con la respiración agitada y las manos sudándome de los nervios.
Era el día de la salida con Jasper, y aún no sabía cómo llamarlo.
Beatrice y Eleonora, que sin darse cuenta parecían concordar en demasiadas cosas últimamente, decían que claramente era una cita. Sin embargo, yo me negaba a darle esa connotación, temerosa de ilusionarme sin razón. Mi mente estaba llena de dudas y mi corazón acelerado por la incertidumbre.
Mi nueva compañera de piso me había ayudado a elegir mi vestuario para la cita. Habíamos decidido mantener mi cabello rubio suelto, en ondas naturales, y añadir un toque sutil de maquillaje: un poco de rímel, un leve rubor y un brillo suave en los labios. Tuve que convencerla de no usar sus coloridas sombras en los párpados ni el delineador afilado que siempre usa, ya que quería mantener un look más natural y discreto.
Optamos por un suéter tejido con el estampado azul de mi casa de Hogwarts, que le daba un toque personal y cómodo. Lo combiné con una falda negra de mezclilla corta, una chaqueta de aviador que agregaba un aire casual y moderno, medias negras y mis confiables *Dr. Martens.* La combinación era a la vez práctica y con estilo, adecuada para una salida —*no cita*— casual pero con un toque de personalidad.
Me hice el mini recordatorio mental de presentar a Bea y Ellie lo antes posible, y me decidí a entrar.
Cuando entré, un tintineo suave de la campanita sobre la puerta me anunció. Miré alrededor, buscando a Jasper, mientras trataba de calmar los nervios que seguían palpitando en mi pecho.
Me encontré en una cafetería-biblioteca que parecía haber sido diseñada para encantar a los amantes de los libros y el café por igual. Fui recibida por un aroma suave a café recién molido que se mezclaba con el dulce y delicado olor de papel antiguo. El lugar tenía un encanto acogedor que instantáneamente me hizo sentir a gusto.
Las paredes estaban revestidas con estanterías de madera oscura, llenas de libros de todos los tamaños y colores. Cada estante parecía tener su propia historia, y la iluminación tenue y cálida emanaba desde las lámparas de pie con pantallas de tela, creando un ambiente que invitaba a quedarse por horas.
En el centro del espacio, había cómodos sillones de terciopelo y sofás amplios, rodeados de mesas bajas con velas encendidas que daban una luz suave y tranquilizadora. Las mesas estaban dispuestas de manera que ofrecían privacidad sin aislarte del ambiente general, ideal para sumergirse en un libro mientras se disfruta de una taza de café.
Busqué el gorro de lana gris de Jasper por la estancia, mientras mi celular vibraba en mis manos, captando toda mi atención. Miré la pantalla y leí el mensaje:
«JASS:
Te ves linda sin el delantal y con el buzo de Ravenclaw, pero pensaba que eras de Hufflepuff».
Un nudo se formó en mi estómago. La referencia a mi buzo y su observación sobre mi vestimenta me hizo sentir inquieta, como si estuviera siendo observada de una manera que no

esperaba. Me molestó, en parte porque me sentía vulnerable y expuesta, y en parte porque estaba tan acostumbrada a la sensación de estar bajo escrutinio que me resultaba incómodo ver que alguien más lo notara.

Suspiré, tratando de calmarme. Tal vez era su manera de romper el hielo, o simplemente su forma de mostrar que estaba prestando atención a los detalles. Aun así, no pude evitar sentir un leve escalofrío. No era su culpa ni creía realmente que fuese capaz de hacerme algo malo, simplemente era una paranoia que se había instalado fuerte en mí.

Mis ojos lo encontraron sentado en unos sofás en la esquina de la sala, su sonrisa divertida iluminando su rostro mientras me miraba fijamente. La luz suave que se filtraba por las ventanas detrás de él, junto con el cálido resplandor de las lámparas, realzaba los tonos dorados de su cabello y daba a su expresión un aire casi cinematográfico. Sentí un torrente de nervios recorrerme, pero también una ola de alivio al verlo allí, esperándome. Me acerqué, tratando de mantener la compostura, aunque la verdad era que estaba hipnotizada por su mirada, esa chispa en sus ojos que parecía brillar sólo para mí.

Cada paso hacia él era como una pequeña batalla entre mi ansiedad y la emoción. El suelo de madera bajo mis pies crujía suavemente, y el murmullo bajo de las conversaciones de los demás clientes creaba un telón de fondo relajante. Cuando finalmente llegué a su lado, Jasper se levantó, ofreciéndome un gesto de bienvenida que era a la vez cálido y encantador. El leve olor a café recién hecho y a pasteles horneados llenaba el aire, envolviéndonos en una atmósfera acogedora.

—Te tomaste tu tiempo —dijo con un tono de broma, su sonrisa ampliándose de forma encantadora—. Estás hermosa.

Sentí como el calor subía a mis mejillas y me sonrojé notablemente. Murmuré un agradecimiento tímido antes de sentarme a su lado. Le pregunté si ya había pedido algo, y al escuchar su respuesta negativa, hizo una seña amable a una mesera para que se acercara. La joven se deslizó con gracia hasta nuestra mesa, y ambos pedimos nuestras habituales bebidas, aquellas que ya se habían convertido en una especie de ritual compartido.

La conversación comenzó de manera natural, fluyendo con la familiaridad de quienes se sienten cómodos en la compañía del otro. Le compartí un poco de mi vida antes de llegar a Nueva York, describiendo mi infancia en la granja familiar junto a mis dos hermanos mayores, Gabrielle y Abigail. Al escuchar sus nombres, Jasper no pudo evitar hacer un gracioso chiste.

—Vaya, con esos nombres, parece que en tu familia esperaban que todos fueran creyentes devotos —comentó, riendo.

—Curiosamente, soy la única con un nombre no religioso y la única que no cree en Dios —respondí con una sonrisa traviesa, recordando la broma que solía hacer mi madre, siempre arrepentida del nombre que había elegido para mí—. En fin, parece obra de Dios.

Ambos reímos de verdad, disfrutando del momento. Cuando llegaron nuestras bebidas, agradecimos a la mesera y continuamos hablando. Le conté sobre el tiempo en que fui estudiante de agronomía y la importante decisión de abandonar esa carrera para seguir otro camino. Jasper me miró sorprendido, sus cejas levantándose con genuina incredulidad.

—Nunca hubiera pensado que estudiabas agronomía, Drea. Es un giro inesperado.

Su interés me hizo sonreír, y por un momento, el peso de los nervios se desvaneció, dejando sólo la calidez de la compañía y la creciente conexión entre nosotros.

Escuché atentamente mientras Jasper me contaba un poco de su historia personal. Nació en Chicago y se mudó aquí cuando era niño. Mencionó a su hermana menor, que aún está en la secundaria, y cómo se siente responsable de cuidarla porque sus padres son mayores. Había un

tinte de responsabilidad en su voz cuando hablaba de ella, pero también un orgullo fraternal que me conmovió.
—Debe ser difícil para ti, equilibrar todo eso —comenté, tratando de imaginar cómo era manejar la vida de un adulto joven y, al mismo tiempo, ser una figura protectora para su hermana.
Jasper sonrió, pero había una sombra de preocupación en su mirada.
—Sí, a veces es un desafío, pero ella lo vale. Es una chica increíblemente lista, y quiero asegurarme de que tenga todo lo que necesita para salir adelante. —Su tono se suavizó cuando mencionó a su hermana—. Intento estar allí para ella lo más que puedo, especialmente ahora que estoy en la universidad y ella todavía está en casa.
Sentí un nudo en la garganta al escuchar eso. La forma en que Jasper hablaba de su hermana, con tanta dedicación y amor, me hizo verlo bajo una nueva luz. No era sólo el chico encantador con una sonrisa traviesa; era alguien con un corazón grande, dispuesto a asumir responsabilidades que otros podrían encontrar abrumadoras.
—Es admirable lo que haces por ella —dije sinceramente, mirándolo a los ojos—. Debe ser difícil llevar todo eso sobre tus hombros, pero se nota que te importa mucho.
—Gracias, Drea. Significa mucho para mí que lo digas —respondió con una sonrisa suave, esa chispa en sus ojos aún presente, pero ahora más cálida y sincera.
Nos quedamos en silencio por un momento, pero no era incómodo. Era como si ese instante fuera suficiente para entendernos mejor, para ver más allá de las capas que normalmente mostramos a los demás.
Por un rato, nos sumergimos en una conversación sobre esa saga de fantasía que tanto nos gustaba a ambos. Yo apenas estaba terminando el primer libro, mientras que él ya estaba por concluir el tercero, lo que nos mantenía en desigualdad de condiciones. Jasper se esforzaba con esmero en evitar soltarme algún spoiler, y cada vez que se daba cuenta de que estaba a punto de hacerlo, sus expresiones faciales cambiaban drásticamente, deteniéndose apresuradamente en medio de una frase. Me reía de esas caras extrañas que hacía, y no podía evitar pensar en lo tierno que se veía.
Cada vez que él frenaba en seco, yo le lanzaba una sonrisa de complicidad, disfrutando del pequeño juego que se había formado entre nosotros. Era un momento de simpleza, de compartir algo que ambos disfrutábamos, y eso me hacía sentir más cómoda y conectada con él.
—Es injusto que ya sepas tantas cosas y yo apenas esté descubriendo este mundo —bromeé, fingiendo estar molesta, aunque no podía evitar sonreír.
—Bueno, si sigues así, pronto me alcanzarás —respondió él con una sonrisa traviesa—. Y entonces, será mi turno de reírme cuando te encuentres con esos giros inesperados.
—¡No lo dudo! —exclamé, divertida por la idea.
La conversación continuó fluyendo de manera ligera y natural, y me di cuenta de que, a pesar de mis reservas iniciales, estar con Jasper me hacía sentir bien. Había una facilidad en nuestra interacción, como si nos conociéramos desde hace mucho más tiempo del que realmente llevábamos.
—¿Qué piensas? —su voz me sacó de mis pensamientos, y me di cuenta de que había estado callada por un momento.
—Nada importante —mentí, tratando de sacudirme esa sensación de vulnerabilidad que había comenzado a invadirme—. Sólo estaba pensando en lo mucho que me gusta esta saga.
—¿Sólo eso? —preguntó él con una mirada inquisitiva, como si supiera que había algo más detrás de mi respuesta.
—Sí, sólo eso —insistí, aunque mi voz no sonó tan convincente como hubiera querido.

Jasper no presionó más, pero la chispa de curiosidad en sus ojos me hizo sentir que tal vez él también estaba sintiendo esa conexión, esa mezcla de atracción y miedo que yo estaba experimentando. Era una sensación extraña, como si estuviéramos al borde de algo, pero sin atrevernos a dar el siguiente paso.

Mientras seguíamos hablando de la saga, de repente me di cuenta de cuánto deseaba realmente conocerlo mejor, de cuánto me atraía su forma de ser, pero también de lo mucho que me aterraba la idea de abrirme y dejarlo entrar en mi mundo.

Luego, llegó el momento vergonzoso en el que le admití que la primera saga que había leído no había sido Harry Potter, como muchos piensan al ver mi fanatismo, sino Crepúsculo.

Jasper soltó una carcajada, tan espontánea y alegre que hizo que todo mi rostro se encendiera.

—¿En serio? —dijo entre risas, mirándome con incredulidad—. ¡No puedo creerlo! ¿Eras del Team Edward o del Team Jacob?

Rodé los ojos, tratando de mantener la compostura mientras me unía a su risa.

—Team Edward, por supuesto —respondí con un aire de superioridad fingida—. Aunque ahora que lo pienso... no sé en qué estaba pensando.

—Claro, porque todos sabemos que un vampiro brillante es la cúspide del romance literario —bromeó Jasper, poniendo un tono dramático.

—¡Oye! —protesté, dándole un suave golpe en el brazo—. No te burles, era joven e impresionable.

—Lo sé, lo sé —dijo, alzando las manos en un gesto de rendición, aunque su sonrisa seguía presente—. Todos tenemos un pasado oscuro.

No pude evitar reírme, sintiendo cómo la tensión en mis hombros se desvanecía por completo. Me alegraba que pudiera tomarlo con humor.

Me crucé de brazos, fingiendo estar ofendida, aunque no pude evitar sonreír.

—Oye, todos tienen que empezar por algún lado —respondí, intentando defenderme—. Pero para que sepas, Harry Potter es, y siempre será, la mejor saga de todas. No hay discusión.

Jasper arqueó una ceja, divertido, y se inclinó un poco hacia mí, como si estuviera a punto de revelarme un gran secreto.

—¿La mejor saga? —repitió, poniendo énfasis en cada palabra—. Drea, odio ser yo quien te lo diga, pero claramente nunca has leído *Percy Jackson* si piensas así.

Recordé el día que nos conocimos y su viejo ejemplar de Percy Jackson, con el lomo doblado y el borde lleno de postits.

Rodé los ojos, sabiendo que estaba a punto de iniciarse una batalla de opiniones.

—¿*Percy Jackson*? —dije, con un tono incrédulo—. Vamos, Jasper, son libros geniales, no lo niego, pero ni en sueños pueden superar a *Harry Potter*.

Él se recostó en el sofá, cruzando los brazos, con una expresión de falsa seriedad.

—Oh, por favor. ¿Quién necesita un mago británico cuando tienes un semidiós americano? Orgullo nacional, Drea —respondió, con un aire desafiante—. Además, ¿dónde más tienes una batalla épica en el *Empire State Building?* Eso es mucho más *cool* que cualquier cosa en Hogwarts.

No pude evitar reírme, encantada por su entusiasmo.

—Sabes que Hogwarts tiene su propio encanto, ¿verdad? —contesté, inclinándome un poco hacia él—. Un castillo mágico, criaturas fantásticas, y, bueno, ¡quién podría olvidar a Dobby! ¡O a los gemelos!

Jasper soltó otra carcajada, agitando la cabeza.

—Está bien, admito que Dobby es genial, pero nada supera a un sátiro tocando la flauta o a un

centauro enseñando historia griega.
Le di un pequeño empujón en el hombro, jugando. Aunque no pase de largo que omitiera a los gemelos, después le consultaría con fingida ofensa sobre ello.
—Vale, supongo que Percy Jackson tiene lo suyo —concedí, con una sonrisa—. Pero aun así, Harry Potter siempre será mi favorito.
—Y Percy Jackson siempre será el mío —respondió Jasper, alzando su taza de café como si brindara por ello—. Supongo que tendremos que estar en desacuerdo.
Sonreí, levantando mi taza también, y brindé con él.
—Por los magos y los semidioses —dije, riendo.
—Por las sagas que nos hacen soñar —añadió Jasper, con una mirada cómplice.
Por el chico del que me acabo de enamorar…

Capítulo 20

Un año luego del secuestro – Sophia.

Mi madre había llegado esa mañana a mi departamento con la excusa de que quería desayunar con su única hija. Así que, me puse una de mis prendas lujosas en tonos blancos y beige, ésas que destacan mi piel bronceada y que tanto me gustan por cómo me sientan. Tomé mi bolso, peiné mi cabello rubio pálido y lacio, y salimos a buscar una cafetería que cumpliera con nuestras exigencias.

Helem, mi madre, no es de las que posee una mirada amable. De hecho, su expresión suele ser seria y calculadora, casi como si estuviera siempre evaluando cada situación. Mi padre, quien la conoce desde que eran jóvenes, una vez me dijo que esa actitud se debía a su profesión; había aprendido a mostrarse así con la experiencia. Sin embargo, tampoco era muy distinta antes: quizá sonreía más en público, pero su carácter siempre había sido firme, incluso en la intimidad.

Caminamos por la calle mientras observaba su figura elegante, impecable en su atuendo de diseñadora. A veces, me pregunto si alguna vez se permite relajarse, si alguna vez deja de pensar en su próxima jugada, como si la vida fuera un tablero de ajedrez y ella, la reina que debe anticipar cada movimiento.

Nos sentamos en las mesas exteriores de una cafetería que ofrecía pasteles de excelente presentación. Irónicamente, ninguna de las dos tocaríamos esos dulces; mi madre me había criado a su semejanza, con una dieta estricta que excluía cualquier alimento que pudiera elevar el colesterol, aportar demasiadas calorías, o carecer de proteínas y fibra.

Optamos por pedir un tazón de yogur griego con frutas y un café sin leche, endulzado con edulcorante. Mientras escuchábamos el murmullo de las personas del *Upper East Side* que salían de sus casas para comenzar el día, mi madre retomó la conversación justo donde la habíamos dejado la última vez en su oficina.

Su voz, siempre controlada, llevaba consigo esa mezcla de autoridad y desaprobación velada que conocía tan bien. Miré su rostro imperturbable mientras hablaba, notando cómo incluso en un entorno relajado como aquel, seguía manteniendo su compostura impecable. El contraste entre el ambiente casual de la cafetería y la tensión implícita en nuestras interacciones nunca dejaba de sorprenderme.

—¿Qué piensan hacer las chicas? Me imagino que deben estar horrorizadas y que muchos periodistas deben querer arrancarles las palabras de la boca, pobres —comenzó, con una verdadera lástima en su tono. Luego, volvió a ponerse firme y me observó seria—. Sophie, sabes que si alguno te acosa, me lo tienes que decir de inmediato.

Asentí, reconociendo la preocupación en su voz, pero también sintiendo el peso de su expectativa. Mi madre siempre había sido así: protectora, pero exigente. Sabía que detrás de su mirada severa había un amor profundo, aunque rara vez lo expresara de manera tradicional. Intenté calmarla, aunque sabía que no sería fácil.

—Estaré bien, mamá. No es la primera vez que lidio con este tipo de situaciones. Además, tengo todo bajo control —le aseguré, tomando un sorbo de mi café.

Suzanne, la madre de Andrea, era una mujer bajita, con el cabello rubio oscuro, corto y un poco desordenado, muy parecido al de Drea. Era de esas madres totalmente expresivas, en un contraste marcado con la mía. Cuando la veía casi llorar por cualquier pequeño contratiempo de su hija, como si un simple e inofensivo mosquito fuera una amenaza, agradecía la madre que me había tocado. Abraham, el padre de Andrea, era un hombre pelirrojo, robusto y más reservado.

Parecía ser quien calmaba a su esposa en casos como estos, una combinación perfecta de serenidad y fortaleza.
—¿Y Liry? —pregunté, interesada.
—Bueno, ya conoces a Liry; es la serenidad en medio del tsunami. Nunca la he visto alterarse o levantar la voz. Pero sé que está muy preocupada por Bea. Aunque no sea su hija biológica, Beatrice sigue siendo su hija.
El dicho *«Madre es quien cría, no quien engendra»* se cumplía a la perfección en la familia Sprout. Liry Park, una mujer coreana con quien se casó el padre de Beatrice cuando ella y su hermano mellizo, Noah, eran aún niños, era una figura silenciosa y reservada, pero profundamente cariñosa y dulce con sus hijos. Su presencia irradiaba una serenidad que parecía llenar el espacio con un aura de sabiduría y reflexión.
Lo poco que sabía sobre la madre biológica de Beatrice era que se había ido de un día para otro, como el padre que sale a comprar cigarrillos y nunca vuelve. Su desaparición había dejado una herida profunda en la familia, y el padre de los mellizos se encontró solo en la ardua tarea de criar a dos niños. Sin embargo, no tardó en reconstruir su familia con Liry, una mujer que parecía ser la combinación perfecta para llenar el vacío dejado por la madre ausente.
—Es impresionante cómo algunas personas logran adaptarse a las circunstancias más difíciles —continuo mi madre, su voz cargada de una mezcla de admiración y reflexión. Su mirada se perdió en la distancia por un momento, como si estuviera sopesando el peso de nuestras palabras.
—Sí, lo es —respondí, pensando en la resiliencia de la familia Sprout y en cómo habían encontrado una forma de seguir adelante.
A veces, me preguntaba cómo habría sido mi vida si mis circunstancias hubieran sido diferentes. En momentos como estos, me sentía agradecida por la estabilidad que mi propia familia me había brindado.
Tomé otro sorbo de mi café, disfrutando del calor que me envolvía. La conversación continuó, pero mi mente se desvió brevemente, contemplando el contraste entre nuestras familias. Las historias de sufrimiento y superación de los demás siempre me hacían reflexionar sobre mi propia vida.
—Hablando de cosas más alegres —dije, tratando de cambiar el tono de la conversación—, he estado pensando en organizar una pequeña celebración por el cumpleaños de Bea. Sería una buena oportunidad para relajarnos y disfrutar de un momento sin tanta presión.
Mi madre frunció el ceño ligeramente, pero luego su expresión se suavizó, mostrando un destello de interés.
—Eso suena como una buena idea. Un poco de normalidad y compañía podría ser justo lo que necesitan. Además, Bea se merece algo así. Pobre.
Me sentí aliviada al ver que ella estaba dispuesta a considerar la idea, y me atreví a añadir un toque de humor para aligerar el ambiente.
—Y, por supuesto, prometo no servir pasteles de altamente calóricos —dije, sonriendo.
Mi madre soltó una risa ligera, un sonido raro pero bienvenido. Su risa era una de esas que siempre lograban suavizar el ambiente, y en ese momento, sentí una conexión más profunda con ella, como si nuestras diferencias y tensiones se desvanecieran por un breve instante.
—Bueno, si decides hacerlo, asegúrate de que los pasteles sean lo suficientemente buenos como para que me atreva a probar uno luego —bromeó ella, levantando su taza de café en un brindis.
—Trato hecho —respondí, levantando mi propia taza en respuesta.
La conversación continuó, y aunque el tema principal seguía siendo serio, había algo en nuestra interacción que hacía que el ambiente se sintiera un poco más ligero, como si el sol de la mañana

hubiera comenzado a iluminar nuestras sombras.
Hasta que el sol dejo de brillar para mí, nuevamente.
—Señorita Hallington.
Me giré hacia dónde provenía esa voz masculina, sin sospechar de quién se trataba. Mi sorpresa fue mayúscula al cruzar miradas con un hombre de expresión seria y una postura que no dejaba lugar a dudas sobre su autoridad. Se trataba del detective Winter.
Antes de que pudiera reaccionar, mi madre se adelantó, siempre rápida para tomar el control de cualquier situación que le pareciera sospechosa.
—¿Quién es usted? —preguntó Helen con un tono helado, su mirada afilada y desconfiada como un bisturí. Se colocó ligeramente delante de mí, como si fuera un escudo protector.
Winter, con su habitual calma, sacó una identificación del bolsillo interior de su chaqueta y se la mostró con un movimiento calculado.
—Detective Winter, del Departamento de Policía de Nueva York —dijo con firmeza, manteniendo su mirada fija en la de mi madre— ¿Quién es usted?
—Su madre. ¿Y qué asuntos tiene usted con mi hija? —preguntó, su tono implacable.
—Sólo algunas preguntas, señora Hallington —respondió Winter sin inmutarse—. Nada que deba preocuparla, pero es importante.
Mi madre no se dejó convencer tan fácilmente. Pude ver cómo sus labios se tensaban en una fina línea, una señal clara de que estaba preparando una respuesta cortante.
—Mi hija no va a responder a nada sin la presencia de su abogado —sentenció Helen, volviendo la cabeza hacia mí—. Y tú no deberías hablar con nadie sin consultarme primero, Sophie.
Sentí la tensión aumentar entre ellos dos, como si estuvieran en un duelo silencioso. Traté de intervenir, sabiendo que la situación podría escalar si no hacía algo.
—Mamá, está bien. Sólo será un momento —dije, intentando calmarla.
Helen me lanzó una mirada incrédula, pero finalmente dio un paso atrás, aunque su postura seguía siendo rígida y desafiante.
Winter, sin perder la compostura, asintió en mi dirección, listo para comenzar la conversación que claramente no podía esperar. Lo acompañé entre las mesas del café bajo la mirada de unos pocos espectadores.
—Ya veo de dónde saliste tan mimada y respondona —murmuró Winter con una media sonrisa, su voz apenas audible.
Ignoré su comentario, enfocándome en lo que fuera que tuviera que decirme. Nos sentamos en una mesa al fondo, donde la luz era tenue y el ruido del café no llegaba del todo.
—¿Qué quiere, detective? —pregunté, cruzando los brazos y mirándolo directamente a los ojos.
Winter apoyó los codos en la mesa, entrelazando los dedos mientras me observaba con una expresión que mezclaba interés y profesionalismo.
—No estoy aquí para hacerte perder el tiempo, Sophia. Hay algo que necesito saber —su tono cambió ligeramente, volviéndose más serio—. Salieron nuevos resultados toxicológicos, había sangre en la ropa de la víctima.
Mi mundo se detuvo. El eco de esas palabras resonó en mi mente, reverberando con un temor que se expandía en mi pecho. Sabía perfectamente lo que iba a pedirme, y la certeza me inquietaba profundamente.
Esa sangre... Podría ser la pista que desvelara la identidad de nuestro acosador. Pero también podría pertenecer a una de nosotras. La posibilidad de que él hubiera armado todo esto para inculpar a alguna era aterradora. ¿Quién sería el blanco de su juego macabro? ¿Y por qué?
Winter me observaba con una mirada que no admitía ni dudas ni disculpas. Había en él una

dureza que me hacía sentir incómoda, como si la empatía fuera un lujo que no estaba dispuesto a ofrecer. El silencio entre nosotros se volvió pesado, cargado de sospechas y una tensión casi palpable.

—Esa sangre podría darnos las respuestas que necesitamos —continuó Winter, su voz implacable—. O podría complicarlo todo.

Mi respiración se hizo más pesada mientras las posibilidades se agolpaban en mi mente. Cada una de nosotras tenía secretos, cosas que no habíamos compartido ni siquiera entre nosotras. ¿Y si él había utilizado esos secretos en nuestra contra? ¿Y si esa sangre era una trampa, diseñada para enredarnos aún más en su red?

Me quedé petrificada, consciente de una verdad incuestionable. Si el detective Winter estaba compartiendo esa información, era porque ya conocían el tipo de sangre encontrado en las prendas. Y si había venido directamente a mí, era evidente que coincidía con el mío, y no con el de las demás.

Sabía perfectamente lo que estaba insinuando. Y en un sólo segundo, mi mente, afilada y calculadora, tejió una red de posibilidades, siguiendo cada pista que Winter había seguido para llegar a esa conclusión. Según él, yo la había matado, y mis amigas, esas leales perras falderas, me estaban cubriendo las espaldas.

Un destello de ironía cruzó mis labios mientras mantenía la mirada fija en Winter, sin molestarse en ocultar la burla que se reflejaba en mis ojos.

—Así que... ¿ya resolvió el caso? ¿Va a ponerme las esposas ahora o prefiere seguir con este teatrillo de preguntas? —mi tono era glacial, casi divertido, como si todo aquello no fuera más que un mal chiste.

El detective Winter, lejos de inmutarse, mantuvo su expresión severa, pero pude notar una sombra de irritación cruzando su rostro. Quizás esperaba que me derrumbara, que confesara entre sollozos o que al menos intentara defenderme. Pero no le daría el gusto.

—Esto no es un juego, señorita Halllington. Sabe perfectamente a lo que me refiero —respondió con voz tensa, tratando de mantener el control, aunque la creciente rigidez en su mandíbula me indicó lo contrario.

Levanté una ceja, fingiendo interés, aunque mi voz rezumaba desdén.

—Oh, claro, detective. Estoy segura de que sabes lo que estás haciendo. Después de todo, no todos los días tiene la oportunidad de acusar a una joven universitaria de asesinato. ¿O será que su carrera necesita un poco de... emoción? —el sarcasmo en mis palabras era venenoso, deliberado, como una bofetada en la cara.

El hombre de cabello cobrizo dio un paso hacia mí, acortando la distancia, pero me mantuve firme, cruzando los brazos con una actitud desafiante. No iba a ceder ni un milímetro.

—Sus jueguitos de palabras no van a cambiar los hechos. La sangre coincide con la tuya, y tengo razones para creer que estás ocultando algo. —Su tono se endureció aún más, y sus ojos me taladraban, buscando cualquier grieta en mi fachada de indiferencia.

Reí con una frialdad que hizo que los pocos clientes que quedaban en el café desviaran la mirada incómodos. No me importaba.

—¿Y qué va a hacer al respecto, detective Winter? —pronuncié su apellido con desdén—. ¿Va a llevarme a la estación, interrogarme durante horas hasta que confiese un crimen que no cometí? O mejor aún, ¿va a inventare pruebas para asegurarte de que quede tras las rejas?

El detective me observó en silencio por un largo instante, sus ojos eran dos abismos oscuros que intentaban leer más allá de mi máscara. Pero sabía que no iba a encontrar nada. No en mí. Finalmente, sus labios se torcieron en una mueca de frustración.

—Necesito una muestra de su sangre, Sophia. Vamos a compararla con la que encontramos en la escena. —Su tono no dejaba lugar a dudas; no era una petición, era una orden.
Lo miré, arqueando una ceja con desdén. ¿De verdad pensaba que iba a entregarme tan fácilmente? Con una sonrisa irónica en los labios, me crucé de brazos y respondí con un tono sarcástico:
—¿Una muestra de mi sangre? Qué encantador. Pero si la quiere, detective, va a necesitar algo más que esa actitud de macho alfa. Una orden de un juez, para empezar.
Él apretó la mandíbula, claramente irritado por mi respuesta. No esperaba que me doblegara ante su petición, pero tampoco que lo desafiara de esa manera.
—Señorita Hallinston esto no es un juego. Podrías facilitar las cosas si cooperaras —dijo, su voz cargada de una advertencia implícita.
Mi sonrisa se amplió, casi burlona.
—¿Facilitar las cosas? ¿Para quién, exactamente? ¿Para usted, que está desesperado por cerrar este caso? —mi tono era tan gélido como el suyo—. Lo siento, detective, pero no pienso darles el gusto sin un papel oficial en la mano. Ya sabe cómo funcionan estas cosas, ¿o es que también necesita un curso de derecho básico?
—Esto no ha terminado, Sophie. —Su voz era baja, amenazante—. Tarde o temprano, la verdad saldrá a la luz. Y cuando lo haga, cuando tenga la orden de un juez, no habrá sarcasmo ni arrogancia que la salven.
Me incliné hacia él, disfrutando cada segundo de su tensión.
—Le daré un consejo, oficial —susurré, mi voz tan afilada como la hoja de mi bisturí—. No subestimes a alguien que tiene más cerebro que corazón. Ahora, si me disculpas, tengo cosas más importantes que hacer que seguir discutiendo con usted.
Sin esperar respuesta, giré sobre mis talones y me dirigí hacia donde mi madre me esperaba, sintiendo la mirada de Winter clavada en mi espalda. Sabía que no sería la última vez que nos veríamos. Pero cuando ese momento llegara, estaría preparada. No dejaría que un detective mediocre echara abajo todo lo que había construido.
Pero lo que más me inquietaba no era él, sino la posibilidad de que alguien más, alguien que hasta ahora había permanecido en las sombras, estuviera observando cada uno de mis movimientos, esperando el momento exacto para actuar. Las piezas del juego estaban en movimiento, y aunque yo controlaba gran parte del tablero, había jugadas que aún no podía prever. Como ésta.

«NÚMERO DESCONOCIDO:

Vaya, vaya, parece que no soy el único que te observa ahora. ¿Debería sentir celos? Una estación de policía entera... Te has superado a ti misma, Sophie,

¡Felicidades! Eres persona de interés en mi muerte».

Me paralicé y antes de que pudiera fotografiar el mensaje, éste desapareció.

¿April?

Capítulo 21

Un año luego del secuestro – Beatrice.

Este mismo día, hace cinco años, recibí una carta. Recuerdo mi ansiedad al rasgar el sobre, al tocar el papel amarillento. Su olor, a libro nuevo, me desesperó.

La carta, titulada *«Querida Beatrice»*, se grabaría en mi mente para la eternidad. Y es que, no era una simple carta de felicitaciones por mi cumpleaños ni por el de Noah, era algo completamente distinto que nunca me había atrevido a contar.

«Querida Beatrice.…» comenzaba la carta.

«Sé qué hace mucho no nos vemos, soy mamá», primera mentira, ella no era mi madre, pero comenzaba a ver de dónde había sacado lo buena mentirosa. *«Primero, quería decirte feliz cumpleaños de quince, a ti y a Noah. Segundo.…»*
¿Por qué tenía que recordar esto todos los años en mi día? Ella había arruinado permanentemente mis cumpleaños, les había quitado el brillo y los sueños de futuro. No permitiría que siguiera así. No más.
Me peiné el cabello castaño y lacio, deshaciéndome de los rulos con precisión, dejando que mi flequillo perfecto cayera en su lugar y las elegantes ondas se acomodaran suavemente. Me maquillé con los productos que conocía y amaba, resaltando cada rasgo con precisión, y rocié un toque de mi *Miss Dior,* dejando un rastro sutil y sofisticado.
Deslicé las medias negras traslúcidas por mis delgadas piernas blancas, sintiendo como el delicado tejido me abrazaba la piel. Luego, me enfundé el vestido negro, elegido para este día especial. Era un vestido de mangas cortas con un ajustado cinturón en la cintura, que esculpía mi figura como una avispa, y una falda corta con pliegues que acentuaba aún más ese efecto. Completé el conjunto con accesorios dorados, tacones negros que añadían un toque de elegancia, y mi cartera de *Chanel*, el toque final perfecto.
Puse a *Balavara Pravi* en bucle, deleitándome con su voz en francés.
Revisé el celular, plagado de mensajes felicitándome. El primero que abrí fue el de mi hermano mellizo, como cada año, siempre el primero en felicitarme, al igual que yo con él. Durante muchos años habíamos competido por ser el primero en enviar el mensaje, y esta vez gané yo. Luego, tenía mensajes de Liry, a quien consideraba mi madre, y de mi papá. Obviamente, también tenía textos enormes de las chicas, llenos de palabras lindas y halagadoras que apreciaba con cada centímetro de mi corazón. Las chicas de francés y de la facultad, a unos pocos dormitorios de distancia, también me enviaron sus felicitaciones.
Pero un mensaje me sorprendió:
«NOLAN:
¿La ciudad te consume a ti, o tú la consumes a ella? Tengo curiosidad por saber qué has planeado para este día tan especial y si permitirás que la ciudad te absorba en su abrazo.
Por cierto, feliz cumpleaños de parte de alguien que nunca sabe cómo decir 'feliz cumpleaños' de manera convencional».
Siempre me ha fascinado la forma en que Nolan puede convertir algo tan simple como un mensaje de cumpleaños en un desafío enigmático. Su manera de felicitarme no es convencional,

pero es parte de su encanto.
No puedo evitar sonrojarme al leer su mensaje. Nolan sabe cómo tocar las teclas correctas para hacerme sentir especial. Aunque trato de mantener mi compostura, un cosquilleo en el estómago y una sonrisa tonta revelan mi verdadera reacción. Siempre he sido muy enamoradiza, obsesionada con la idea del amor verdadero. Suelo enamorarme de muchos chicos a la vez, viendo posibilidades en cada uno, encontrando atractivos distintos aspectos en cada persona. Pero al final del día, sé que eventualmente me decidiré por uno, y Nolan parece estar facilitándome la elección.
Conozco la personalidad de Nolan: a veces desapegado y otras veces intensamente aferrado, y eso me asusta un poco. Su manera de ser puede ser tan impredecible que me provoca una mezcla de fascinación y temor. A pesar de sus complejidades, no puedo negar que sus palabras despiertan en mí una mezcla de expectación y anhelo. Si bien me asusta un poco la intensidad de su carácter, también me atrae. Esta combinación de misterio y desafío es irresistible, y me pregunto qué sorpresas me deparará esta noche.
Salí de mi habitación y caminé por los pasillos de la residencia, deslizándome con una felicidad evidente, como si estuviera lista para conquistar el mundo. Salude a mis amigas en cuanto las vi y, mientras recorría el trayecto, mi mente trabajaba a toda marcha, buscando la respuesta perfecta para Nolan, algo que igualara su ingenio y misterio. Cuando me decidí, tecleé rápidamente:
«*La ciudad y yo estamos en una danza constante, y a veces no está claro quién lleva la delantera. Hoy, Millefleur Coffee, a las cuatro. Ven y despeja las dudas. Nos vemos allí*».
Asentí, satisfecha.
Mis ojos chocaron con unos profundos ojos negros al otro lado del pasillo. Me detuve en seco, sorprendida. Nunca había esperado ver a Timothy aquí en la residencia de estudiantes.
Sorpresivamente, me encontré observando a Timothy con una atención casi inconsciente. Era de estatura media, con una figura delgada pero bien proporcionada. Su piel tenía un tono muy pálido, y su cabello oscuro estaba despeinado de una manera que lograba ser a la vez casual y sofisticada. Llevaba una camisa blanca de lino, ligeramente arrugada, combinada con unos pantalones oscuros y unos zapatos de cuero que crujían suavemente al andar. Sobre sus hombros, descansaba un suéter gris de lana, y un reloj dorado asomaba sutilmente bajo el puño de su camisa.
—Timothy, ¿eres estudiante de la NYU? —pregunté, con una mezcla de sorpresa y curiosidad.
Timothy levantó una ceja, una sonrisa pequeña y familiar apareciendo en su rostro, marcando sus hoyuelos.
—Sí, lo soy. —dijo, su tono relajado y amistoso—. Literatura. ¿Y tú?
—Estoy en el programa de periodismo y comunicación, aunque hago algunos créditos extra en relaciones públicas. —respondí, sonriendo.
—Interesante combinación. —comentó Timothy, observándome con curiosidad—. ¿Cómo te va con los créditos extra?
—Bien, aunque a veces es un poco abrumador. —admití, encogiéndome de hombros—. Pero lo disfruto. Me gusta mantenerme ocupada.
Timothy asintió, su mirada atenta y comprensiva.
—En cuanto al café que nos quedó pendiente... —inició Timothy.
—¡Cierto! —lo interrumpí con una sonrisa—. ¿Qué te parece si lo resolvemos hoy? Me encantaría invitarte a mi reunión de cumpleaños esta tarde. Será en Millefleur Coffee a las cuatro.
—¿Tu cumpleaños? —preguntó él, tartamudeando ligeramente mientras se acomodaba las gafas

con nerviosismo—. ¿Es hoy? ¿Y me invitas aunque no nos conozcamos tanto?
Me reí suavemente, apreciando su timidez, tan tierna a mis ojos.
—Sí, es hoy. Y, sí, te invito. No tienes que preocuparte, será algo sencillo.
Timothy sonrió, claramente aliviado y contento con la invitación.
—Eso suena genial. —dijo—. Agradezco la invitación. Prometo no ser un invitado incómodo.
—No te preocupes por eso —respondí—. Estoy segura de que será un buen rato. Nos vemos a las cuatro en Millefleur —le recordé.
—Perfecto, allí estaré. —dijo Timothy con una sonrisa—. Gracias de nuevo por invitarme.
Nos despedimos con una sonrisa y continué mi camino de vuelta a mi habitación, sintiendo un agradable cosquilleo en el estómago. La idea de compartir mi cumpleaños con Timothy, Nolan y los demás hacía que el día fuera aún más especial. Sabía que el café sería una excelente oportunidad para disfrutar de un buen rato.
El Millefleur Coffee había sido propuesto por Drea, quien, al trabajar durante las mañanas, tenía la tarde libre y podría unirse a la celebración.
Al darme el último vistazo en el espejo, me aseguré de que todo estuviera perfecto: mi vestido negro estaba bien ajustado, el maquillaje impecable, y el aroma de Miss Dior era sutil pero inconfundible. Mi reflejo me confirmó que este día sería diferente. No sólo era una celebración, era una declaración. Estaba lista para dejar atrás el pasado y enfrentarlo con la confianza y el estilo que merecía.

Esta noche, mi historia sería escrita en oro y encajes, y nada ni nadie podría arrebatarme este momento.

Salí del campus y me dirigí a una esquina de Greenwich Village, donde Noah y yo habíamos acordado encontrarnos. Mi hermano ya me esperaba allí, sosteniendo un ramo de peonías rosas, mis flores favoritas, al igual que las de *Blair Waldorf.*
Noah era de gran estatura, con una complexión delgada que se perdía en la maraña de su chaqueta negra de lana, que parecía estar siempre un poco arrugada. Su cabello castaño oscuro estaba despeinado de manera descuidada, como si hubiera pasado la mano por él en un intento rápido de arreglarse. Sus ojos, de un azul profundo, tenían un brillo apagado que reflejaba su carácter reservado. Cuando me vio, su expresión era una mezcla de sorpresa y una leve sonrisa que apenas tocaba sus labios, pero su actitud seguía siendo un poco seca.
A veces me planteaba contarle la verdad a Noah, revelarle el contenido de la carta que había estado guardando durante cinco años. Pero otras veces, me preguntaba si era realmente necesario que él conociera ese dolor. ¿Sería justo cargarlo sobre sus hombros? Por cosas como éstas, mentía y decía verdades a medias.
Al acercarme, Noah me vio y me dio un abrazo afectuoso, aunque un tanto torpe. Me entregó el ramo con un gesto que intentaba ser cálido, pero que por su naturaleza contenida, parecía más reservado.
—¡Feliz cumpleaños, Bea! —dijo con un tono que trataba de ser animado.
Sonreí, sintiendo un nudo en la garganta. Agradecí el gesto y observé cómo sus ojos azules brillaban con una sincera, aunque contenida, emoción.
—Gracias, Noah. Son preciosas. —dije, tocando suavemente las flores. Su aroma dulce y refrescante era un consuelo para el día.
Nos dirigimos hacia un pequeño café cercano que conocíamos bien. Mientras caminábamos, la conversación fue fluida, pero marcada por la personalidad seca de Noah. Sus respuestas eran cortas y directas, y a veces sus comentarios tenían un matiz de desdén sutil. Aunque su comportamiento era seco, su presencia me resultaba reconfortante.

Le pregunté por Kaitlyn, su novia, y noté inmediatamente un cambio en sus facciones. Sus ojos, que antes parecían vacíos y desinteresados, se iluminaron con una chispa de calidez y orgullo. Aunque Noah mantenía su carácter reservado, había algo en su expresión que revelaba un afecto genuino.

—Kaitlyn está bien —respondió, su voz suavizándose—. Está en su penúltimo año de arquitectura y le va muy bien. Está bastante ocupada con proyectos, pero siempre en-cuentra tiempo para nosotros.

Su tono, aunque aún seco, tenía un matiz de cariño que no había mostrado antes. Su actitud se volvió más relajada y sus palabras eran acompañadas por una sonrisa sincera que iluminaba su rostro de manera inesperada. Parecía que hablar de Kaitlyn era uno de los pocos temas que podía sacar una respuesta cálida de él.

—Eso suena genial. Me alegra escuchar que está bien —dije, notando cómo su rostro se suavizaba aún más.

Mi mellizo asintió, y aunque su comportamiento habitual seguía siendo algo distante, era evidente que Kaitlyn ocupaba un lugar especial en su vida. Habló de ella con más entusiasmo, describiendo algunos de sus proyectos y su pasión por la arquitectura. Era claro que, a pesar de su naturaleza reservada, la relación con Kaitlyn significaba mucho para él.

A medida que la conversación avanzaba, me di cuenta de que Noah, a pesar de su comportamiento seco y su actitud distante, tenía una profundidad emocional que sólo mostraba a quienes realmente importaban para él. Kaitlyn era una parte importante de esa intimidad reservada. Y aunque el tema de la carta seguía sin tocarse, su conversación sobre Kaitlyn me hizo apreciar aún más la complejidad de su carácter.

Mientras nos dirigíamos hacia el lugar acordado para el café, decidí aprovechar la oportunidad para hacer una invitación. Mi hermano estaba claramente más relajado, y pensé que sería una buena manera de fortalecer nuestro vínculo.

—Oye, Noah —dije, con una sonrisa amable—, si no tienen planes esta noche, ¿qué te parecería pasar por el Millefleur Coffee al final de la tarde? Estoy organizando una pequeña reunión de cumpleaños, y me encantaría que tú y Kaitlyn vinieran a disfrutar de un poco de pastel.

Noah levantó una ceja, con una mezcla de sorpresa y curiosidad en su rostro. Se notaba que estaba pensando en la invitación, evaluando si encajaría en su agenda. Después de un momento, asintió lentamente.

—Eso suena bien. Veré si Kaitlyn puede ajustar su horario. A veces está muy ocupada, pero intentaré convencerla.

Su respuesta era mucho más cálida de lo que había esperado, y me sentí aliviada. Su actitud seca solía hacer que fuera difícil saber cómo tomar sus respuestas, pero en ese momento, parecía genuinamente interesado.

—Genial. Me encantaría tenerlos allí. El pastel es de la pastelería que mencioné antes, así que seguro les gustará.

Luego del café, nos despedimos y emprendimos caminos distintos. El día había sido una mezcla perfecta de conversaciones agradables y nuevas sorpresas, y sentía que estaba en un buen lugar.

Una hora después, mientras caminaba de regreso hacia la residencia, mi teléfono vibró con una llamada de mi madre, Liry. Su tono de voz, siempre tan estable y sereno, me transmitió una sensación de paz.

—Mi niña ya tiene veinte años. No podemos creer cómo pasa el tiempo —dijo ella, con ese matiz de asombro y ternura que solía usar.

Sonreí al escuchar su voz, disfrutando de ese vínculo especial que compartimos.

—Ni yo, mamá. Parece que fue ayer cuando estaba en el colegio, y ahora ya soy parte del gran dos —respondí, refiriéndome a mi entrada a los veintes.
—Sí, y parece que estás manejando todo con tanta gracia —dijo Liry, su voz cargada de orgullo —. Espero que estés disfrutando tu día.
—Lo estoy, mamá. Y me alegra poder compartirlo contigo, aunque sea a través del teléfono.
Mis padres vivían en Nueva York, pero no era extraño que, desde que Noah y yo habíamos ido a la universidad, ellos habían aprovechado esa pequeña libertad para oscilar entre la casa en Corea de la familia de mi madre y la estado-unidense de mi padre según las estaciones.
—Siempre estoy contigo, ya lo sabes —respondió Liry con un tono tranquilizador—. Y recuerda, no importa cuán ocupada estés, siempre tenemos tiempo para una charla.
Una voz muy conocida se dejó oír de fondo:
—¡Feliz cumpleaños, Beatrice! —dijo mi padre, con un tono que parecía iluminar el espacio a su alrededor—. Veo que estás haciendo grandes cosas allá, ¿cómo va todo?
—Gracias, papá —respondí, sonriendo ampliamente—. Todo está yendo muy bien. Hoy he tenido un día increíble, y todo está saliendo según lo planeado.
—Me alegra escucharlo. No puedo evitar sentirme orgulloso de ti —dijo él, con un tono que mezclaba admiración y amor paternal—. Tienes una forma de hacer que todo lo que tocas brille.
Warren Sprout siempre había sido así conmigo: atento y halagador, admirando todo lo que tocaba. Su amor por mí era tan incondicional. Siempre había tenido un vínculo más profundo con él, algo que era tan fuerte como el que Noah tenía con Liry. Nuestra relación padre e hija era un refugio constante, un lazo formado de comprensión mutua y apoyo inquebrantable.
A lo largo de los años, Warren había sido más que un padre para mí; había sido un confidente, un mentor y un amigo. Su capacidad para escuchar sin juzgar, su habilidad para ofrecer consejos llenos de sabiduría y su manera de celebrar cada uno de mis logros me habían hecho sentir siempre apoyada y valorada.
Incluso en los momentos en que la vida me resultaba abrumadora, sabía que podía recurrir a él para encontrar calma y perspectiva. Su presencia constante en mi vida era un recordatorio de que, sin importar los desafíos o cambios, siempre tendría un pilar sólido en el que apoyarme.
—Lo hago gracias a todo el apoyo que me has dado. Siempre has estado ahí para mí —dije, sintiendo una oleada de gratitud—. ¿Cómo están las cosas por Seul?
—Todo tranquilo aquí, aunque te extrañamos mucho.—respondió él, su voz cargada de melancolía y orgullo—. ¿Cómo va la celebración?
—Todo está en marcha para esta noche —dije, organizando algunos detalles mientras hablaba—. Noah y Kaitlyn se unirán más tarde para el pastel.
—Genial, me alegra que tu hermano salga un poco de su cueva —comentó Warren, divertido.
Escuché a Liry retarlo por lo bajo, su risa fluyendo a través de las palabras como un susurro de afecto. Esa armonía entre ellos siempre me había hecho sentir segura, como si el amor y el apoyo de mis padres fueran un escudo protector contra cualquier adversidad.
Mientras colgaba el teléfono, me sentí reconfortada y lista para enfrentar el resto de la tarde con renovada energía. La celebración en el Millefleur Coffee, con todos los amigos y seres queridos, se sentía aún más especial ahora que había compartido un momento tan significativo con mis padres.
Llegué al café minutos antes de lo planeado, queriendo asegurarme de que todo saliera según lo previsto. El Millefleur Coffee, con su atmósfera acogedora y su decoración francesa y en tonos pastel, ya había sido preparado para la ocasión. Las luces suaves creaban un ambiente íntimo y relajado, mientras que el aroma del café fresco llenaba el aire, invitando a la comodidad y a la

celebración.
Jordan, siempre atento y amigable, estaba colocando las últimas decoraciones y ajustando las mesas para acomodar a todos los invitados. Había una mesa especial reservada para nosotros, decorada con flores frescas en tonos rosa pálido y crema, que combinaban perfectamente con el estilo elegante del lugar.
Mientras me aseguraba de que todo estuviera en orden, mi mente no dejaba de girar en torno a las posibles sorpresas y conversaciones de la noche. El pensamiento de ver a las chicas, más la inesperada inclusión de Ellie, Nolan, Timothy, Noah y Kaitlyn reunidos en este entorno tan especial me llenaba de una mezcla de emoción y nerviosismo. A pesar de mis esfuerzos por mantenerme tranquila y organizada, el cosquilleo de la anticipación seguía presente.
Una vez que todo estuvo dispuesto, me tomé un momento para relajarme y disfrutar de la vista del café decorado.
Las primeras en llegar fueron Drea y Ellie, quienes se habían arreglado a las apuradas en la cocina de la cafetería. Su turno había terminado poco antes del inicio de la celebración, y se encontraban intercambiando bromas y risas con Jordan, un amigable conocido francés de su jefa.
Drea llevaba su estilo característico, una mezcla retro y urbana Estaba vestida con una combinación de prendas en burdeos, azul marino, verde oscuro y negro, creando un look que era llamativo y desenfadado.
Por otro lado, Ellie, con quien era la primera vez que interactuaba, confirmaba la descripción que Drea había dado de ella: parecía salida de un cuento de hadas. Sus grandes ojos curiosos brillaban con una intensidad especial, enmarcados por una melena rubia y delicada. Llevaba un conjunto de accesorios coloridos y un maquillaje vibrante que resaltaba su personalidad explosiva. Las diferencias entre nosotras eran notables, pero la diversidad y la autenticidad en nuestros estilos sólo enriquecían la ocasión.
Drea y Ellie entraron al café con una energía contagiosa, y sus sonrisas y risas llenaron el lugar con un ambiente aún más festivo.
Las siguientes en llegar fueron Sophia y Catherine. Ambas me felicitaron con calidez y entusiasmo, entregándome un regalo que prometía mucho.
Sophia se presentó con su estilo habitual: prendas blancas y elegantes que se ajustaban a su figura esculpida, sin estampados ni adornos. Su olor a vainilla, mezclado con un leve toque de su shampoo de coco, invadió mis sentidos en cuanto la abracé. Su look, siempre impecable, contrastaba con la vibrante atmósfera del café, pero su presencia imponía una elegancia serena que era difícil de ignorar. Aunque su actitud era menos efusiva que la de Cath, la sonrisa en su rostro y el brillo en sus ojos demostraban su aprecio y emoción por el día.
Por otro lado, Catherine hizo su entrada con un estilo que reflejaba su personalidad. Llevaba un vestido negro con detalles delicados, acentuado por una chaqueta de cuero que le daba un aire rebelde pero sofisticado. Su maquillaje estaba cuidadosamente aplicado, con un toque de audacia en sus labios rojos y una mirada que denotaba confianza.
—¡Feliz cumpleaños, Bea! —exclamó Catherine, entregándome un elegante paquete envuelto en papel dorado con un lazo negro—. Espero que te guste. No pude resistirme a buscar algo que fuera tan único como tú.
—Gracias, Cath, es perfecto. —dije mientras deshacía el lazo y abría el regalo, revelando una delicada caja de joyas.
Sophia, observando con interés, añadió:
—¿Te enteraste? Nuestra pequeña Andrea ha invitado a *su* Jasper — dijo, destacando el *«su»* con una mezcla de diversión y picardía.

Aunque era un comentario que podría haber hecho Catherine, la forma en que Sophia lo dijo hizo que me riera más alto.
Catherine, notando la reacción avergonzada y tímida de Andrea, soltó una risita.
El nerviosismo la invadió a Drea y trató de mantener una sonrisa tranquila. Mientras tanto, Ellie, que había estado escuchando la conversación, se acercó con un brillo de curiosidad en sus ojos.
—Oh, ¿Jasper? —dijo Ellie, con entusiasmo—. Es simplemente encantador, una mezcla perfecta de simpatía y carisma. Tiene este aura relajada que lo hace muy accesible, pero también tiene una mirada tan intensa que te hace sentir que realmente te está prestando atención.
Sophia levantó una ceja, claramente intrigada.
—¿Y qué más? —preguntó, inclinándose hacia adelante con interés.
Ellie sonrió y continuó:
—Bueno, es uno de esos chicos que parecen tener todo bajo control, pero siempre hay una chispa de misterio en él. Tiene este cabello oscuro que cae de manera desordenada pero perfecta, y sus ojos... son de un azul tan profundo que a veces parece que pueden leer tus pensamientos. Además, siempre lleva una sonrisa que parece tener un toque de complicidad. Ah y claro, un libro del que hablar.
Catherine, claramente impresionada, dijo:
—Suena como alguien digno de conocer. Estoy deseando verlo en acción.
Andrea, cada vez más sonrojada mientras escuchaba a Ellie como describía a Jasper con tanta calidez, negó con la cabeza. Nos sorprendió y decepcionó a todos cuando nos informó que Jasper no había podido asistir a la celebración debido a un examen.
Mientras procesábamos la noticia de la ausencia de Jasper, la puerta del café se abrió suavemente, y Timothy entró con su característico aire reservado. Se detuvo un momento en la entrada, sus ojos oscuros recorriendo el lugar con una mezcla de curiosidad y timidez.
Timothy llevaba una chaqueta gris sobre un suéter gris que le daba un aire elegante pero informal. Sus facciones marcadas y su expresión tranquila lo hacían destacar, a pesar de su intento de pasar desapercibido. Cuando nuestras miradas se cruzaron, noté un leve rubor en sus mejillas, algo que hizo eco en mi propio nerviosismo.
Él se acercó lentamente al grupo, y me sorprendí al ver cómo su presencia aportaba una nueva energía a la reunión. Timothy era callado, pero había algo en su forma de ser que me hacía sentir cómoda, como si su tranquilidad contrastara perfectamente con mi naturaleza más efusiva y dulce. Mientras todos intercambiaban saludos con él, me di cuenta de que el día estaba tomando un giro inesperado y emocionante.
—No me habías dicho nada sobre él… —susurró, Cath.
Decidí acercarme a él, con una sonrisa tímida en el rostro.
—Viniste —dije, casi en un susurro, aun asimilando la sorpresa de verlo ahí.
—Sí, feliz cumpleaños, Beatrice —respondió Timothy con su voz ronca, que resonó en mis oídos de una manera que me dejó momentáneamente paralizada.
Escuchar mi nombre saliendo de sus labios me provocó una sensación inesperada, una mezcla de emoción y nerviosismo.
Por un instante, me quedé en silencio, incapaz de formular una respuesta coherente. Sus ojos se encontraron con los míos, llenos de una calidez que parecía contrastar con su naturaleza reservada.
—¿Dónde dejo esto? —preguntó, sacándome de mi ensimismamiento.
Miré hacia abajo y noté la bolsa con un delicado moño en sus manos, que había pasado por alto en mi confusión. Era un gesto simple, pero significativo, y eso me hizo sonreír con más

naturalidad.
—Oh, lo siento, déjalo por aquí —dije, señalando una mesa cercana adornada con otros regalos. Mi voz salió un poco más rápido de lo que pretendía, pero Timothy no pareció notarlo.
—Gracias por traerlo, no hacía falta, te invité hoy —añadí, intentando recobrar mi compostura —. Y gracias por venir, de verdad.
Entre charlas y risas, la tarde se pasó volando, como si el tiempo hubiera decidido hacer una pausa para celebrar conmigo. Sin embargo, a medida que el sol comenzaba a bajar y las sombras alargaban, no pude evitar notar que algo parecía pesar en el ambiente, especialmente entre Cath, Sophia y Drea. Había una tensión sutil en sus miradas, un silencio que se colaba entre las palabras, y aunque lo intuía, decidí no preguntarles aún.
Hoy era mi cumpleaños, y preferí sumergirme en la calidez de los momentos compartidos, en las bromas que llenaban el aire, y en las pequeñas sorpresas que el día me estaba regalando. Pero la inquietud permanecía en un rincón de mi mente, latente, como un susurro que esperaba su turno para ser escuchado.
Llegó un punto de la tarde en que no pude evitar comenzar a cuestionarme la ausencia de Nolan. Su falta de aparición me resultaba inusual, especialmente después de los mensajes que habíamos intercambiado. Había estado tan seguro de que vendría, y su ausencia comenzó a preocuparme más de lo que quería admitir.
Mientras miraba la puerta del café por enésima vez, esperando ver su figura, sentí una ligera punzada de decepción. Sabía que algo podía haber surgido, pero no podía evitar que mi mente se llenara de dudas y preguntas. ¿Había sucedido algo? ¿Se había olvidado? Intenté distraerme, sumergiéndome de nuevo en las conversaciones y en la calidez de mis amigos, pero la ausencia de Nolan se volvió un eco persistente en mi mente.
Justo cuando comenzaba a resignarme a la ausencia de Nolan, mi teléfono vibró en la mesa. Lo tomé rápidamente, con una mezcla de esperanza y ansiedad, y al ver su nombre en la pantalla, sentí un pequeño latido de emoción en el pecho.
«NOLAN:
Sé que estoy haciendo que me extrañes más de la cuenta, pero todo tiene su recompensa, ¿no?
Ve a la caja y reclama lo que te mereces, Bea».
Mi corazón dio un vuelco. Sin poder evitarlo, una amplia sonrisa se dibujó en mi rostro. Me levanté de la mesa sin decir nada, mis amigas mirándome con curiosidad, y me dirigí a la barra, donde Jordan me entregó un pequeño sobre rosa adornado con un lazo plateado. El sobre poseía unas palabras impresas, las leí con confusión:
«God, I'm actually invested
Think I really want this
I'm not even kidding
No, I'm actually invested
Haven't even met yet
Wish that I was kidding
I'm not, and I hate it».

Reconocí en un segundo la letra de *«Risk»,* de *Grace Abrams.* Y pensar que esas palabras iban dirigidas a mí me hizo casi llorar. Sentí un nudo en la garganta, como si toda la emoción del día se hubiera acumulado en ese momento. Era difícil creer que alguien pudiera conocerme tan bien en tan poco tiempo, que supiera exactamente lo que me haría sonreír y sentirme especial.

Abrí el sobre con manos temblorosas y ahí estaban, dos entradas para el concierto de Gracie

Abrams, una de mis artistas favoritas.
Volví a la mesa, mostré las entradas a las chicas, y ellas estallaron en gritos de alegría.
Nolan no estaba físicamente presente, pero su gesto ingenioso había logrado que su ausencia se sintiera menos, y que mi cumpleaños fuera aún más memorable.
En algún momento de la noche, cuando la mayoría de los clientes ya se habían ido y sólo quedábamos nosotros y Jordan, las luces se apagaron de repente y tuve que taparme la boca para no gritar, muerta de miedo.
En algún momento de la noche, cuando la mayoría de los clientes ya se habían ido y sólo quedábamos nosotros y Jordan, las luces se apagaron de repente, sumiéndonos en una oscuridad inesperada. Mi corazón dio un vuelco, y por un instante, el miedo se apoderó de mí. Me llevé la mano a la boca, conteniendo un grito que amenazaba con escapar. El silencio que siguió fue casi tangible, cargado de una tensión inesperada, y sentí cómo mi piel se erizaba.
Justo cuando mis pensamientos comenzaban a descontrolarse, una suave risa resonó en la oscuridad. Reconocí de inmediato la voz de mi hermano, llena de diversión. El alivio empezó a filtrarse en mis nervios, pero no antes de que las luces volvieran a encenderse, revelando a todos mis amigos con sonrisas cómplices en sus rostros.
Delante de mí, en el centro de la mesa, un pastel apareció como por arte de magia, iluminado por las velas que bailaban suavemente al ritmo de la brisa que entraba por la ventana. Mis ojos se llenaron de lágrimas, no de miedo, sino de una profunda emoción. Todo era perfecto, incluso el susto, que ahora se transformaba en risas compartidas.
La sensación de miedo se desvaneció tan rápido como había llegado, y las voces cantándome el *«Feliz Cumpleaños»* me envolvieron, junto con el alegre sonido de los aplausos. Cath y Drea me tomaron de las manos, guiándome al compás de la música hacia la torta.
La torta era un sueño hecho realidad: tenía forma de corazón, alta y decorada con una delicada crema rosa. Sobre su superficie, mi nombre, *«Beatrice»*, estaba escrito en letras cursivas blancas, destacándose con elegancia. Miré aquellas letras, tan diferentes del *«Querida Beatrice»* con el que comienza la carta que aún guardo en secreto. Este nombre, mi nombre, se sentía ahora más real y más mío que nunca.
Al lado de la puerta de entrada, iluminados por la suave luz de las velas, veo a Noah y Kaitlyn aplaudiendo y sonriendo juntos. Su presencia añade un toque especial a la celebración, y me siento aún más arropada por el cariño de todos. Mis ojos recorren la sala, deteniéndose en los rostros sonrientes y en el cálido ambiente que han ayudado a crear.
Cuento hasta veinte en mi mente. Pido un deseo en silencio. Soplo.
—¡Feliz cumpleaños, Beatrice! —exclama Noah, con Kaitlyn a su lado, ambos sonriendo ampliamente.
Aunque apenas conocía a Kaitlyn, su presencia en la reunión me sorprendió gratamente. Antes había pensado que Noah no quería que me acercara demasiado a ella, quizás por temor a que de alguna manera la corrompa. Sin embargo, ver a Kaitlyn aquí desmentía cualquier duda que pudiera haber tenido. Su cabello pelirrojo, lleno de rulos exuberantes, y su piel blanca con un leve toque rojizo, salpicada de pecas, contrastaban bellamente con su vestimenta casual y florida. Su apariencia vivaz y su actitud cálida me recordaban a alguien que ya no estaba, evocando una mezcla de nostalgia y consuelo.
Mientras cortaban y repartían el pastel, el café se llenaba del dulce aroma. Las conversaciones, las fotos para Instagram y risas fluían libremente, y el pastel se consumía con rapidez. Timothy se despidió de mi con la promesa de vernos en francés la siguiente semana. Sin embargo, a pesar de la alegría que me rodeaba, no podía evitar sentir la ausencia de mis chicas. Su falta pesaba en

la habitación, como si la balanza estuviera desequilibrada, a punto de inclinarse hacia un lado.
Me escabullí hasta la puerta del baño. Antes de entrar, escuché las voces provenientes del pasillo:
—¡Quedamos en que no le íbamos a decir nada aún, es su cumpleaños! —exclama Catherine, con una mezcla de preocupación y determinación en su voz.
—Estamos todas de acuerdo en eso, ¿por qué lo estamos discutiendo? —añade Drea, con un tono de exasperación.
—¡¿Por qué los mensajes no paran?! ¡Y si April está viva...!
Al escuchar mis palabras, abrí la puerta rápidamente. Las tres giraron a mirarme, sorprendidas por mi intromisión. La conversación se detuvo de inmediato, y el silencio que siguió se sintió denso y cargado de tensión.
Mis pensamientos corrían a mil por hora, y el torbellino de emociones que me envolvía era casi insoportable. No sabía si quería más respuestas o simplemente necesitaba entender lo que estaba pasando. La idea de que April pudiera estar viva daba vueltas en mi cabeza.
Mi celular vibró en mis manos, como si las cosas no pudieran empeorar. Decidí ignorarlo, todavía atónita por la nueva información. Sin embargo, el teléfono continuaba vibrando incesantemente, y por un momento estuve a punto de lanzarlo contra los azulejos del baño. Lo observé, sintiendo cómo la alegría de la noche se desvanecía por completo.
«NÚMERO DESCONOCIDO:
Feliz cumpleaños, Bea. Cada vela que apagas es un paso más cerca de la verdad que temes. La noche sólo acaba de comenzar».
—¡BEATRICE!
Mis ojos casi se salieron de sus órbitas. El mundo pareció detenerse por un segundo mientras nos mirábamos fijamente, atrapadas en una mezcla de sorpresa y tensión.
Noah irrumpió en el baño con un golpe seco, sus pasos resonando con una furia palpable. Su rostro estaba enrojecido, una mezcla de enojo y preocupación que lo hacía parecer casi imponente. Su mirada intensa atravesaba el espacio, clavándose en mí con una furia que casi podía tocarse.
En un parpadeo, Noah se plantó frente a mí, sus músculos tensos y su respiración agitada. Detrás de él, Kaitlyn, con el rostro pálido y ansioso, trataba de calmarlo, susurrándole con urgencia mientras intentaba apartarlo del baño para hablar en un lugar más tranquilo.
Yo, paralizada por la sorpresa y el miedo, sentía el peso de su mirada cargada de ira y confusión. Mis pensamientos se agolpaban en mi mente, desordenados y caóticos, mientras intentaba comprender la magnitud de la situación.
Me estrelló el celular en el pecho mientras yo seguía inmóvil, como si fuera una estatua de piedra. La furia en sus ojos era casi tangible, y sus palabras golpeaban como una tormenta desatada.
—¡Lo que te dije hace poco te entró por un oído y te salió por el otro! ¡Cómo pudiste hacer esto, Beatrice! ¡Estoy harto de tus mentiras! ¡Tus verdades incompletas! ¡Disfrutas haciéndolo, convirtiendo tus mentiras en un juego!
Su voz era un rugido cargado de desesperación y enojo. Cada palabra era una acusación, una herida abierta que no podía dejar sentir.
Yo, atrapada entre el terror y la culpa, intentaba procesar su furia. Mis manos temblaban y el corazón me latía con una intensidad que casi me ahogaba.
Miré el celular prendido en la aplicación de mensajes, reconociendo rápidamente lo que leía y también sabiendo, y a la vez no, quien había enviado ese mensaje:

«NÚMERO DESCONOCIDO:
Querida Beatrice:
Sé que hace mucho no nos vemos, soy mamá. Primero, quería decirte feliz cumpleaños, a ti y a Noah. Segundo, espero que estén bien y que su padre también se encuentre en buena salud.
Lamento profundamente haberme ido sin previo aviso. En su momento, sentí que era lo mejor para todos nosotros, aunque ahora, al mirar hacia atrás, me doy cuenta de cuánto daño causó mi decisión.
Quiero que sepas que, tras mi partida, encontré un nuevo hogar en Francia. Allí, he formado una nueva familia, un grupo de personas que me han apoyado y me han ayudado a reconstruir mi vida. A veces, me pregunto cómo están ustedes y cómo hubiera sido nuestra vida si yo hubiera estado allí. Me he esforzado por encontrar la paz y la estabilidad que no pude darles en el pasado.
Mi nueva familia me ha brindado amor y comprensión, pero ningún vínculo puede reemplazar lo que perdí con ustedes. He aprendido que el verdadero amor no se olvida ni se reemplaza; simplemente se transforma. Y en este proceso, he aprendido a vivir con las consecuencias de mis decisiones, a tratar de hacer las paces con el pasado y a buscar la manera de sanar.
Quisiera hacer un esfuerzo por enmendar lo que se ha perdido, y por eso les hago una invitación. Los invito a que vengan a visitarme en Francia. Me encantaría tener la oportunidad de mostrarles mi nueva vida, presentarles a mi familia aquí y, lo más importante, tratar de reparar el tiempo perdido. Sé que esto puede sonar repentino y quizás poco realista, pero quiero que sepan que mi puerta está abierta para ustedes.
Espero que puedan considerar mi invitación y que podamos encontrar una forma de reconstruir lo que se ha roto. Mi amor por ustedes no ha cambiado, y quiero que sepan que siempre han estado en mis pensamientos.
Con todo mi amor y esperanza de reconciliación,
Mamá».
—¡Hace cinco años lo sabes! ¡No me diste ni siquiera la oportunidad de elegir si quería verla o no!
La realidad era una pesada carga, y sentía como si el peso de mis secretos se hubiera convertido en una presión insostenible, aplastándome bajo su fuerza.
Ahora, mi cumpleaños no se veía marcado por la carta titulada *«Querida Beatrice»*, sino por las consecuencias de mis secretos y porque esa noche me entere que los muertos escribían mensajes desde el más allá.

Capítulo 22

Un año luego del secuestro – Catherine.

En la televisión, las cámaras capturaban cada movimiento de la familia Valoor mientras respondían a las preguntas implacables de los periodistas. Las luces brillaban intensamente sobre sus rostros tensos, revelando una mezcla de dolor y resolución.

A mi lado, Sophia luchaba por mantener la compostura, sus dedos inquietos tratando de no destrozarse las cutículas, un hábito nervioso que surgía en momentos de tensión extrema. Andrea, en el otro extremo de la habitación, se refugiaba en un libro de fantasía, su atención aparentemente absorta en las páginas, aunque el té que sostenía con ambas manos, lo había sacado de mi cocina, se enfriaba lentamente, olvidado.

Bea, sin embargo, estaba completamente pegada a la pantalla, sus ojos fijos en una figura familiar que destacaba entre los Valoor. La angustia de su cumpleaños reciente aún la mantenía en un estado de alerta constante, y ahora, su mirada se endurecía al reconocer a la pelirroja entre la multitud.

Junto a la señora Valoor, en medio de la tormenta mediática, estaba Kaitlyn, cuya identidad acabábamos de descubrir como la hermana de la fallecida. La revelación había caído sobre nosotras como un jarro de agua fría, llenando la habitación con un aire denso e incómodo, mientras las implicaciones de su presencia comenzaban a asentarse en nuestra mente. La conexión entre Kaitlyn y la familia Valoor añadía un peso adicional a la atmósfera, intensificando la sensación de que algo mucho más profundo y oscuro estaba en juego.

—¿Sabiendo quiénes éramos? ¿No dijo nada? ¡Es su hermana! —exclamó la rubia, su voz cargada de incredulidad.

—¿Y qué nos iba a decir? *¿Gracias por no decir nada sobre el paradero de mi hermana?* No, claro que no —respondí con sarcasmo, sintiendo cómo la tensión se apoderaba de la habitación.

—¿Y tú no lo sabías? Es la novia de tu hermano desde hace casi un año, están planeando irse a vivir juntos… —cuestionó Sophia, dirigiendo su mirada a Bea, esperando una respuesta que tardaba en llegar.

Habíamos tenido una breve conversación con Kaitlyn y Noah cuando llegaron, antes del incidente en el baño. Nos contaron con entusiasmo sobre sus planes de alquilar un departamento en el centro de Midtown East. La alegría era evidente en sus rostros, reflejando lo que parecía ser una pareja perfecta, un gran dúo que compartía sueños y proyectos.

—¿Sabrá ella que su hermana está viva? —se unió Drea a la conversación, su tono indiferente contrastando con la gravedad de la situación.

—¡Si es que es ella la de los mensajes! —replicó Sophia, su voz firme pero con una nota de incertidumbre que no pudo ocultar.

—Te recuerdo el mensaje que recibiste, Sophie —dije, tratando de mantener la calma mientras los recuerdos de aquel mensaje comenzaban a resurgir en mi mente.

La posibilidad de que Kaitlyn estuviera involucrada en todo esto era inquietante, y el hecho de que Noah pudiera estar en medio de esta tormenta nos llenaba de una mezcla de preocupación y miedo.

Nos habíamos reunido en mi departamento justo cuando la entrevista a la familia Valoor comenzaba. El ambiente estaba cargado de tensión, y cada una de nosotras se encontraba sumida

en sus propios pensamientos, tratando de procesar la avalancha de emociones que la pantalla nos devolvía.

—*¡Estamos en vivo con Eliza Valoor, la madre de la conocida como «La Quinta de Chelsea», la joven que fue encontrada sin vida en aquel sótano hace apenas unos días!* —anunció una voz con un tono dramático.

Andrea dejó de leer su libro y se inclinó hacia adelante, prestando atención.

—Señora Valoor, ¿cómo se siente al saber finalmente qué le sucedió a su hija menor? —preguntó el reportero, acercándole el micrófono.

Eliza Valoor se veía devastada, sus ojos enrojecidos y su expresión vacía hablaban más que cualquier palabra que pudiera pronunciar. Junto a ella, Kaitlyn, que ahora sabíamos que era su hija mayor, mantenía una expresión estoica, aunque el dolor en su mirada era evidente.

—Es un dolor indescriptible... No hay palabras que puedan expresar lo que sentimos al descubrir la verdad sobre lo que le pasó a nuestra pequeña April —respondió Eliza, su voz quebrándose mientras hablaba—. ¿Sabe? No hay dolor más grande que tener un hijo desaparecido. Es como vivir atrapada en una pesadilla sin fin, donde cada minuto estás pensando en posibilidades, en si hoy será el día en que se asome por la puerta con una historia alocada sobre cómo se perdió y terminó en la otra punta del país. O si, quizás, algún día volverá a casa, aunque sea sólo en nuestros recuerdos.

Eliza hizo una pausa, luchando por mantener la compostura mientras la cámara enfocaba su rostro angustiado. Sus ojos, llenos de lágrimas, reflejaban el abismo de desesperación en el que se encontraba, un abismo que parecía no tener fondo.

—Es la incertidumbre lo que más duele —continuó, su voz ahora apenas un susurro—. Porque cuando alguien se va sin dejar rastro, te quedas atrapada entre la esperanza y el miedo. Esperas cada día que vuelvan, pero al mismo tiempo, temes recibir la peor noticia. Y cuando finalmente esa noticia llega... —Eliza se detuvo, incapaz de continuar, mientras Kaitlyn colocaba una mano sobre su hombro, brindándole un apoyo silencioso—. Es como si todo el aire fuera arrancado de tus pulmones y lo único que queda es un vacío imposible de llenar.

La sinceridad y el dolor en sus palabras hicieron que un escalofrío recorriera la habitación, el peso de su tragedia era palpable, casi tangible. Mientras la entrevista continuaba, las cámaras no dejaron de capturar cada matiz de la desesperación en el rostro de Eliza, una madre que había perdido no sólo a su hija, sino también la esperanza de que algún día la vida volviera a ser como antes.

—¿Creen que alguien cercano podría haber estado involucrado? —insistió el reportero, buscando una respuesta que mantuviera la tensión.

Eliza dudó por un instante, sus ojos se encontraron con los de Kaitlyn, como si compartieran un secreto que nadie más conocía.

—No queremos especular, pero estamos trabajando con las autoridades para entender lo que realmente sucedió —contestó Kaitlyn con un tono firme, pero la inseguridad en su mirada no pasó desapercibida.

—¿Sabes lo que esto significa? —preguntó Sophia en voz baja, dirigiéndose a nosotras.

—Si April está viva y es la que nos envía esos mensajes, entonces todo lo que creíamos saber está patas arriba —respondió Drea, su voz apenas un susurro.

—Y si Kaitlyn lo sabe, ¿qué más nos está ocultando Noah? —añadí, sintiendo cómo la tensión crecía en mi pecho.

—La pregunta más importante es quién es realmente la persona a la que velaron, a quién encontraron —susurró Bea, con el ceño fruncido mientras trataba de procesar la información—.

Además, ¿April, la persona más miedosa e inocente, enviando esos mensajes? No tiene ningún sentido...
La pantalla cambió a una imagen de archivo de April, sonriendo felizmente, ajena a la tragedia que se avecinaba. El reportaje continuó, pero en la habitación, el aire se había vuelto pesado, casi sofocante.
Sophia se levantó, incapaz de quedarse quieta.
—Tenemos que hablar con Noah —dijo, su voz decidida.
—¿Y si él no sabe nada? —preguntó Bea, su voz reflejando una mezcla de miedo y esperanza.
—Entonces no podemos permitir que se quede en la oscuridad —respondió Sophia, mirando a cada una de nosotras, buscando el mismo sentido de urgencia en nuestras miradas.
—Estamos en esto juntas —dijo Drea, finalmente rompiendo el silencio que se había formado entre nosotras.

Capítulo 23

Un año luego del secuestro – Andrea.

Me encontraba deambulando por *Barnes & Noble,* mi refugio favorito en la ciudad. Las estanterías repletas de libros me ofrecían un consuelo que sólo los verdaderos amantes de la lectura pueden entender. Mientras recorría los pasillos, mi mirada se detenía ocasionalmente en el *merchandising* de Harry Potter con nostalgia, pero como una mujer adulta y responsable con mis gastos, decidí ignorarlo.

El suelo de madera crujía suavemente bajo mis pies mientras recorría los pasillos, el sonido de las páginas que pasaba y las conversaciones suaves de otros lectores que creaban una sinfonía sutil. Los estantes están repletos de títulos que van desde clásicos atemporales hasta las últimas novedades editoriales. Me detengo a examinar los libros con portadas vibrantes, la textura de los lomos gastados que sugieren historias de toda una vida.

El rincón de literatura juvenil siempre me llamaba la atención, con sus colores vivos y sus historias ficticias que evocaban nostalgia. A menudo, me encentraba ojeando los libros de fantasía y ciencia ficción, explorando mundos imaginarios y perdiéndome en las páginas llenas de magia y misterio. Me encantaba sumergirme en el rincón de Harry Potter, donde las tazas, las bufandas y los calendarios de la saga se exhibían orgullosamente, aunque trataba de no dejarme llevar demasiado por el impulso de comprar recuerdos.

Eres una adulta responsable, me repetí.

A unos pasos de donde me encontraba, una joven mujer de tez negra, con un hermoso cabello afro que caía por su espalda, captó mi atención. Su ropa era discreta, más adecuada para pasar desapercibida en un entorno tan animado. Llevaba unos jeans oscuros y una chaqueta de punto, prendas que no llamaban la atención, pero que le daban un aire de sencillez y comodidad.

Ella se movía con una gracia tranquila, sus dedos delicados rozando las portadas de los libros antes de dejar caer su atención en otro título. Su presencia, aunque discreta, irradiaba una energía calmada que contrastaba con el bullicio habitual de la tienda.

No pude evitar sonreír para mis adentros al verla, preguntándome si también estaría buscando alguna joya literaria escondida entre las estanterías.

—Hola, disculpa… —una voz dulce pero firme llamó mi atención.

Giré, sorprendida, y mis ojos se encontraron con los de la misma mujer antes mencionada. La observé en silencio, confusa.

—Te llamas Drea, ¿no? —preguntó con una familiaridad que me descolocó por completo.

Sentí un nudo que se formaba en mi estómago. Era desconcertante que esa desconocida supiera el apodo que sólo mis amigos cercanos tenían permitido usar. La sensación de inquietud se mezclaba con la curiosidad, y en ese instante, el acogedor ambiente de la librería parecía haberse teñido de un matiz más oscuro.

—Me llamo Rosalyn Abrams, soy editora de *Vanity Fair*.

Al escuchar el nombre de la revista, no lo pensé dos veces. Mi corazón comenzó a latir con fuerza, y, sin mirar atrás, caminé rápidamente, poniendo la mayor distancia posible entre nosotras. El sonido de mis pasos resonaba en los pasillos de la librería, mientras mi mente intentaba procesar lo que acababa de suceder. Beatrice tenía razón.

La librería, que siempre había sido mi refugio, de repente se sentía como un laberinto del que

necesitaba escapar. La sensación de seguridad se esfumó, y todo lo que quería era salir de allí antes de que Rosalyn pudiera seguirme o, peor aún, hacerme más preguntas.
Llegué a la salida casi sin aliento, mi mente revoloteando con pensamientos caóticos. Afuera, las luces y el bullicio de la ciudad contrastaban con la tranquilidad que había sentido minutos antes. Respiré hondo, intentando calmarme. Pero una cosa era segura: esa mujer no se había cruzado en mi camino por casualidad.
La reportera estaba a mi lado, con una calma inquietante, sosteniendo dos cafés en las manos. Me ofreció uno con una sonrisa tranquila, como si nada de lo anterior hubiera ocurrido.
—No vengo a hostigarte con preguntas, eso se lo dejo a los reporteros primerizos —dijo, tratando de calmarme, como si su presencia ya no fuera inquietante por sí misma.
Me quedé paralizada por un momento, el café en su mano parecía casi una trampa disfrazada de cortesía. Sin saber exactamente qué decir, tomé el café que me ofrecía, sintiendo el calor del vaso a través de mis dedos. El aroma a café recién hecho me envolvía, pero no lograba relajarme.
—¿Por qué estás aquí? —pregunté, finalmente encontrando mi voz, aunque esta sonó más temblorosa de lo que hubiera querido.
—Para hacerte una propuesta, ¿para qué más si no? —respondió ella, tomando un sorbo de su café mientras me observaba con una mirada brillante y calculadora.
Me quedé en silencio por unos segundos, procesando sus palabras. La bulliciosa 5ta Avenida zumbaba a nuestro alrededor, con el sonido de los autos, la temperaturas bajas características del invierno neoyorkino y las voces de los transeúntes creando un trasfondo constante.
—No hablaré del secuestro, ni de mis amigas —advertí, cortando cualquier ilusión que pudiera tener sobre una conversación más invasiva.
—No es lo que busco igualmente —dijo ella con simpleza—. Soy editora, no periodista.
La mujer se mantenía de pie a mi lado, el café en sus manos ofreciendo un contraste inesperado con la agitación de la calle. Sus palabras eran calmadas, pero su presencia era todo lo contrario.
El ruido de la ciudad seguía a nuestro alrededor, casi como un telón de fondo que intensificaba el momento.
—Las dos sabemos que he estado observando a ti y a tus amigas. Es curioso cómo, tras lo ocurrido, decidieron mantener sus redes sociales en público —añadió ella, con una expresión incrédula.
De repente, comprendí por qué conocía mi apodo. Mi perfil, «@dreasinclair», era un escaparate de mi vida: fotos de los dibujos que hacía en el café para los clientes, imágenes mías en el trabajo, con los libros que leía, con las chicas, y más recientemente, con Ellie.
—No creo que lo tuyo sean los textos no ficcionales. Lo tuyo es la literatura, la narración, no las biografías. Esas cosas se las dejamos a Bea, que estudia periodismo. Si ella quiere, puedes pasarle mi número y hablo con ella sobre esa posible propuesta —dijo con una naturalidad—. Pero yo quiero que seas tú quien escriba un libro.
Me quedé en silencio, asimilando la audaz propuesta y la manera en que hablaba de mí y mis amigas, como si nos conociera de toda la vida.
—Las personas que atraviesan los infiernos más grandes son aquellas que tienen las historias más poderosas. Ya sea porque encuentran en la narración una forma de evadirse de sus propios calvarios o porque, al relatar repetidamente sus tragedias, aprenden a manejar las palabras, a saber qué decir y cómo. Quiero darte la oportunidad de contar una historia, sea cual sea, y no importa si es la tuya.
—¿Por qué yo? Sophia o Catherine podrían darte material más interesante y Bea es la más apta, disfruta de escribir como su vida dependiese de ello y a final de cuentas es a lo que se quiere

dedicar.
Su respuesta llego a mi rápidamente:
—Seamos sinceras, Drea. Sophia está tan enfocada en su carrera que todo lo que no la haga mejor cirujana le parece irrelevante. Su perfil lo demuestra claramente, con sus logros académicos y los hábitos tóxicos de estudio, siempre presumiendo de sus avances.
No podía negarlo; Rosalyn tenía razón. Sophia era increíblemente competitiva cuando se trataba de su formación académica, siempre esforzándose por ser la mejor.
—Y Catherine es algo similar. También tiene esa determinación, pero eso no le impide salir de fiesta cada noche. Necesito a alguien con un sentido de responsabilidad sólido, y tú lo tienes. Trabajas de manera regular, no llegas tarde, tienes impuestos y servicios que pagar. Todo eso demuestra que podrías compaginar este nuevo proyecto con tu trabajo actual perfectamente. Ofrecemos un buen adelanto y una paga al finalizar el proyecto.
La calma del anochecer se mezclaba con el bullicio de la ciudad. El sonido lejano de los taxis y las conversaciones se convertía en un murmullo distante mientras procesaba sus palabras. Rosalyn me estaba ofreciendo más que un simple contrato; me estaba dando una plataforma para transformar mi dolor y mis experiencias en algo tangible, una narración que podría resonar con otros.
—Hay algo que es obvio y que seguro ya sabes. Siempre serás Andrea Sinclair, *la cuarta chica* de las Cuatro de Chelsea, y no importa si tu libro es sobre cocina, cine o tu historia personal de superación; se venderá igual —dijo Rosalyn con una mezcla de lástima y certeza en su voz—. En lugar de ser sólo *Andrea, la cuarta chica de Chelsea,* podrías ser *Andrea, la cuarta chica de Chelsea y famosa escritora de fantasía.* Suena mejor, ¿no?
Sus palabras eran serias, pero había un destello cómico en sus ojos oscuros, llenos de pestañas largas y curvas. Era como si en su firmeza se escondiera una chispa de humor, un contraste inesperado que suavizaba la intensidad del momento.
—Piensa en ello como una oportunidad para explorar nuevas formas de expresión, —prosiguió Rosalyn—. No tienes que tomar una decisión inmediata, pero considera lo que podrías lograr con tu voz. Estoy aquí para apoyarte en cada paso del camino. Tienes mi número en el café.
Era cierto, su número estaba escrito en el dorso del vaso reciclable con su nombre arriba.
Y se fue, sin esperar mi respuesta. Su figura se desvaneció entre la multitud, dejándome sola con sus palabras y la oferta que pesaba sobre mis hombros.
Me quedé de pie en la acera, sintiendo el frio del asfalto bajo mis pies y el pulso constante de la ciudad a mi alrededor. La propuesta de Rosalyn seguía resonando en mi mente. Me preguntaba si era la oportunidad que había estado esperando o simplemente un desafío demasiado grande para asumir en este momento. ¿Podría realmente hacerlo? ¿Podría escribir algo que valiera la pena y que, al mismo tiempo, me ayudara a sanar?
Al llegar a mi apartamento, me detuve un momento frente a la puerta, respirando profundamente Decidí que necesitaba tiempo para pensar y procesar todo lo dicho esta tarde. Con la intención de no apresurarme, me preparé para la cena con mis amigas, eligiendo un atuendo cómodo y casual. Mientras me arreglaba, me preguntaba si esta noche sería un buen momento para compartir la oferta de Rosalyn con ellas o si debía esperar hasta que estuviera más segura de lo que quería hacer.
Decidí no abrir la boca y convertirlo en otro secreto.

Capítulo 24

Un año luego del secuestro – Sophia.

Según los medios, soy *La Segunda de Chelsea*, un apodo que se me otorgó simplemente porque mi nombre fue el segundo en filtrarse cuando nos rescataron. Recuerdo que, en ese momento, con la tragedia aún acechando, no me importó en lo más mínimo. Pero hoy, ese título se ha convertido en un peso que llevo sobre los hombros, una etiqueta que me sigue a todas partes, recordándome constantemente lo que ocurrió. Es curioso cómo algo tan arbitrario puede acabar definiendo una parte de ti, incluso cuando preferirías dejarlo todo atrás.

—En cualquier momento van a venir por mi sangre. Duermo todas las noches con un ojo abierto, chicas —murmuré, sintiendo el peso de la paranoia que nos envolvía.

A mi alrededor, mis amigas compartían la misma tensión. Habíamos pasado la última media hora debatiendo sobre la posibilidad de que April no estuviese muerta y que, de alguna manera, fuera ella quien estuviera detrás de esos mensajes macabros que nos atormentaban. La idea era absurda y aterradora a partes iguales, pero en este punto, la línea entre la realidad y nuestras peores pesadillas se había vuelto tan difusa que cualquier cosa parecía posible.

Ralph’s Coffee, mi cafetería favorita en la ciudad, me envuelve con una cálida familiaridad. Cada visita me proporciona no sólo la dosis diaria de cafeína que tanto necesito, sino también una elegante dosis de confort que hace que cada día se sienta un poco más llevadero. Su ambiente acogedor es el refugio perfecto en medio del ajetreo urbano, ofreciéndome una pausa reconfortante y sofisticada en mi rutina diaria. El café parece salido de una postal vintage, con su paleta de colores cálidos que me envuelve en tonos de marrón, verde oliva y beige. El mostrador de mármol brilla bajo la luz suave de las lámparas colgantes, y detrás de él, los baristas trabajan con precisión, sirviendo tazas humeantes con una habilidad casi coreografiada. Alrededor, las mesas pequeñas están ocupadas por una mezcla de personas: algunos teclean en laptops, otros conversan en voz baja, pero ninguno como nosotras, discutiendo asesinatos y secretos antes de que nuestras infusiones se enfríen. Las mesas están decoradas con flores frescas y servilletas de tela, un toque de elegancia que contrasta fuertemente con la oscuridad de nuestra conversación. La atmósfera acogedora y refinada del lugar parece un escenario irónico para el tema inquietante que nos tiene tan absortas.

Observé a mis amigas, cada una lidiando con su propio pánico de maneras diferentes. Andrea se veía especialmente pálida, con las manos aferradas a su taza de té como si fuera un salvavidas en medio de una tormenta. Catherine, siempre tan segura de sí misma, parecía haber perdido su chispa; su ceño fruncido era la única indicación de la tormenta que se desataba dentro de ella. Y luego estaba Beatrice, con una expresión mezcla de determinación y temor que me hizo recordar lo vulnerables que somos en realidad.

—Tranquilízate, necesitan una orden de un juez, y para que eso suceda, el juez debe tener algún tipo de pruebas, ¿no? —especuló Cath, aunque su tono traicionaba la falta de convicción detrás de sus palabras.

Yo no soy de las que se deja llevar por el pánico. Mi mente está entrenada para analizar, para descomponer cada problema en sus partes más pequeñas y manejables. Pero éste... éste era un tipo de problema diferente, uno que no podía resolver con lógica fría y calculada. Porque este problema no era un examen ni una cirugía complicada, sino nuestras vidas, nuestras mentes, y lo

que nos quedaba de cordura.
—No tiene sentido —dije finalmente, rompiendo el silencio que parecía haberse alargado durante horas—. Si April estuviera viva, ¿por qué haría esto? ¿Por qué no volver a casa en lugar de jugar a este juego retorcido? Se sacrificó por nosotras, para que podamos salir.
Mi voz sonó más fría de lo que pretendía, pero no me importaba. Necesitaba mantener el control, por ellas, pero también por mí. No podía permitirme flaquear.

Recuerdo ese día con una claridad dolorosa, como si hubiera sucedido ayer. Decidimos nuestro destino con una moneda, lanzándola varias veces a través de la habitación. La desesperación nos envolvía, y estábamos dispuestas a hacer cualquier cosa para salir de aquel infierno. La idea de negociar con él fue lo único que se me ocurrió, lo mejor en medio de la desesperación.

Lo único que conseguimos fue un acuerdo, cuatro por el precio de una. Todas estuvimos de acuerdo; era nuestro único recurso. Consintiendo bajo el temor de ser la elegida, pero aferrándonos a la pequeña esperanza de ser una de las cuatro que lograran salir. April no tuvo esa suerte, y nosotras no podíamos hablar, ése era el trato.

El recuerdo de aquella moneda y la amarga decisión que tomó por nosotras sigue marcado en mi mente, el eco de nuestras voces suplicantes y el peso del destino decidido al azar.

.

—¿Le preguntaste a tu hermano sobre su novia? —le pregunté a Bea, fijando en ella una mirada expectante.
Bea bajó la vista, un rastro de incomodidad cruzando su rostro. Su respuesta fue un susurro tembloroso, revelando su inseguridad y el malestar persistente en la relación entre los mellizos.
—Sí... le pregunté —admitió, su voz apenas audible—. Pero no fue fácil.
Un silencio cargado de comprensión se asentó entre nosotras. Todas sabíamos cuánto había afectado la situación a Bea y a Noah, y cómo el vínculo entre los mellizos se había vuelto frágil y complicado. La presión y el dolor habían dejado cicatrices profundas en su relación, y ahora todo parecía aún más enredado.
—¿Y qué te dijo? —preguntó Cath, tratando de romper la tensión en el aire.
Bea levantó la vista, sus ojos reflejando una mezcla de resignación y tristeza.
—Noah sabe desde hace mucho tiempo. Se unieron más como pareja por el hecho de tener ambos una hermana desaparecida. Claro, cuando salió la noticia de que April era una de nosotras y no habíamos dicho nada, se enojó conmigo. Pero no fue tanto por la mentira en sí, sino por su cercanía al caso y los sentimientos de su novia.
—¿Pero sabe Kaitlyn si April…? —susurró Drea, sin querer pronunciar las palabras.
—No se lo he preguntado —respondió Bea con un tono de frustración contenida—. ¿Cómo le puedo preguntar eso si nosotras ni siquiera sabemos si es real?
Punto para Bea, tenía razón.
—Tendríamos que corroborar que es su cuerpo… —susurré.
—¿Y cómo lo haríamos? ¿Metiéndonos en la morgue o desenterrando el cuerpo? Porque no creo que su familia nos quiera en el funeral —afirmó Cath con un toque de sarcasmo.
—No, esos serían errores de novatas —intervine—. Hay cámaras, testigos… Hay maneras más sutiles de obtener información sin dejar un rastro tan obvio.
Por un momento, me miraron con extrañeza. La seriedad con la que había pronunciado aquellas palabras sorprendió a cada una de ellas.
—¿Lo dices en serio? —cuestionó Drea, con una mezcla de incredulidad y preocupación en su voz.

Asentí, sintiendo el peso de la realidad en mis palabras.
—Sí, lo digo en serio. No podemos simplemente sentarnos y esperar a que todo se resuelva por sí solo. Necesitamos buscar respuestas por nosotras mismas, mas si es nuestro amigo, el redactor de mensajes, el que planta las pruebas —dije—. No hay manera que mi sangre llegue a su ropa seis meses después.
Todas asintieron, de acuerdo con mis palabras.
—¿Cómo lo haremos? —preguntó con seguridad Catherine.

Dos días después, me encontraba en *The Campbell Apartment*, un bar escondido en la estación Grand Central, con una atmósfera de elegancia atemporal. Sus paredes estaban adornadas con paneles de madera oscura, y las luces tenues emanaban desde lámparas de cristal esmerilado, creando un resplandor suave que se reflejaba en los espejos dorados.
Las mesas, cubiertas con manteles de lino fino, estaban dispuestas de manera íntima, permitiendo una conversación privada en medio del lujo discreto. El suave murmullo de las conversaciones y el tintinear de las copas mezclado con el suave jazz en el fondo, proporcionaban un ambiente acogedor y relajante. Me acomodé en uno de los sillones de cuero marrón, sintiendo el confort del asiento mientras esperaba la llegada de mi víctima.
He optado por un vestido blanco ajustado que desataba mi figura delgada y atlética. La tela tenía un brillo sutil bajo las luces, que jugaba con los matices de mi piel bronceada. El vestido, de corte ceñido a la cintura como un corsé y con un escote delicado, realzaba mi complexión sin ser demasiado revelador.
El vestido se ajustaba perfectamente a mis curvas, y el acabado en la parte inferior caía en un suave vuelo hasta la mitad de mis muslos. Los tirantes finos y la espalda descubierta le daban un toque de sofisticación que, a pesar de su simpleza, no dejaba de llamar la atención.
Mis zapatos color hueso de tacón alto, se elevan con elegancia, añadiendo unos centímetros a mi estatura y proporcionando una postura erguida. El tacón, aunque alto, era lo suficientemente estable como para caminar con confianza durante la noche.
Completó el look con unos pendientes dorados que atrapan la luz de manera sutil, realzando mi rostro sin opacar el conjunto. Mi cabello rubio estaba cuidadosamente peinado en ondas suaves que enmarcaban mi rostro, y un maquillaje impecable acentuaba mis rasgos sin exagerar. Los labios, pintados de un rosa chicle, añadían un toque de color que contrastaba elegantemente con el blanco del vestido.
El bar estaba decorado con detalles antiguos, desde relojes de pared hasta cuadros enmarcados, que complementaban la sensación de estar en un lugar fuera del tiempo. Y a mí, el tiempo no me sobraba esa noche.
Lo vi entrar al lugar con su habitual formalidad. Sus cabellos marrones, aunque evidentemente desarreglados, llevaban el rastro de haber estado meticulosamente peinados esa mañana. Su traje gris oscuro, perfectamente ajustado y de corte elegante, contrastaba con la ligera desalineación de su cabello, dando una impresión de sofisticación relajada.
A medida que avanzaba por el bar, el brillo de sus zapatos de cuero resonaba suavemente en el suelo de mármol pulido. Sus ojos escaneaban el espacio en busca de alguna mujer con la que pasar la noche. En su mano, sostenía una carpeta de cuero que parecía estar llena de documentos importantes, agregando un toque de seriedad a su presencia. Al acercarse a la mesa, sus movimientos eran precisos y calculados, reflejando una mezcla de profesionalismo y una ligera tensión. Se sentó frente a mí, su rostro mostrando una expresión que oscilaba entre la determinación y una sutil inquietud.

—Señorita Hallington, no sabía que frecuentábamos los mismos bares —inició Stefan Winter—. No sabía siquiera que frecuentara bares; no parece una persona que beba.
—Las cabezas más rápidas a veces necesitamos un poco de alcohol para relajarnos y bajar al nivel de los mortales —respondí con una sonrisa irónica, dejando que mi tono reflejara un leve desafío.
Miré el vaso de whisky en mi mano, como si fuera el objeto más fascinante de la habitación, y dejé que los hielos tintinearan suavemente. El sonido de los cubos de hielo chocando entre sí parecía un contrapunto relajante a la conversación que estaba por desarrollarse.
El detective Winter se acomodó en el taburete, su postura informal desmentía la agudeza en su mirada.
—¿Y qué te trae por aquí, Stefan? —pregunté, sin mirarlo directamente, enfocada en el reflejo dorado del whisky.
—No suele ser común encontrar a alguien como tú en un lugar como este. ¿Estás aquí para analizar a la gente o simplemente para disfrutar de una noche tranquila? —Su tono era inquisitivo, casi como si estuviera intentando desentrañar una capa más de mi complicada personalidad.
—Quizás un poco de ambos —respondí, finalmente girando mi cabeza para encontrarme con su mirada—. A veces, los bares revelan más de lo que uno espera. Aquí la verdad no existe, es relativa a cuanto has tomado.
Nos quedamos en silencio por un momento, el ruido del bar y la música de fondo creando una atmósfera que parecía llenar cualquier vacío en la conversación.
—Sabe que pronto el juez te dará la orden, ¿no? —dijo él, haciéndole un gesto silencioso al chico de la barra.
El mozo dejó un vaso frente a nosotros.
Sonreí, agradecida de que él abordara el tema sin necesidad de que yo lo mencionara.
—Para que eso ocurra, tendría que haber pruebas contundentes —le respondí, mi tono sereno a pesar de la tensión. —Necesitarían encontrar algún rastro de mi bajo sus uñas, que la autopsia de April revelase algo incriminatorio sobre mí o sobre las chicas, o que un testigo de peso saliera a declarar en mi contra. ¿La autopsia de April menciona algo que sugiera mi culpabilidad?
El detective tomó un sorbo de su whisky, su expresión pensativa mientras contemplaba su bebida.
—No hay evidencia directa que te vincule con April, ni en la autopsia ni en los informes preliminares —dijo finalmente—. Sin embargo, la investigación sigue en curso, y siempre existe la posibilidad de que surjan nuevos detalles. Y viendo cómo son ustedes, dudo que tarde en suceder.
Hizo una pausa y me miró fijamente, con sus intensos ojos verdes que parecían escrutar cada matiz de mi expresión.
—Durante mis años como detective, he visto a muchas chicas como ustedes, pero ninguna con tal complejidad y magnitud. Sólo te lo digo porque estamos fuera de la oficina y ambos tenemos un trago en la mano, pero son las perfectas criminales —se detuvo un momento, una sonrisa arrogante curvando sus labios—, claro, si yo no las hubiera descubierto.
—Me imagino que has leído la autopsia de primera mano, ¿no? —pregunté, con un tono que intentaba ser casual, pero con una intención subyacente.
Por un instante, se quedó en silencio, una chispa de confusión cruzaba su rostro. Parecía que mi pregunta había tomado un giro inesperado, y sus ojos verdes se entrecerraron mientras trataba de descifrar mi intención.

Ante su silencio, continúe:
—Antes de decidirme a ser cirujana, consideré la posibilidad de convertirme en forense. Un trabajo tranquilo, sin presión, donde se juega con la muerte en lugar de con la vida —dejé caer la verdad con una calma calculada.
A lo largo de los años, había aprendido que las mentiras se vuelven más creíbles cuando se mezclan con de verdad. No necesitas ser el más original para mentir correctamente, sino el mejor mezclando la realidad. Con cada palabra, construía una capa de credibilidad, un velo de verosimilitud que camuflaba mis verdaderas intenciones y ocultaba cualquier pista que pudiera traicionarme.
El detective observó atentamente, sus ojos aún fijos en mí, la sorpresa apenas visible en su rostro. Podía notar cómo su mente procesaba la información, evaluando mis palabras y tratando de discernir si había algo más en mi declaración de lo que parecía.
—Interesante elección —comentó finalmente, con un tono que oscilaba entre la curiosidad y la duda—. Pero ¿por qué me lo cuentas? ¿Qué relación tiene tu interés en la medicina forense con nuestra conversación actual?
—¿Hay manera de confundir la identidad de un fallecido?
Stefan Winter se quedó en silencio por un momento, sus cejas alzadas en sorpresa y una sombra de preocupación cruzando su rostro. La pregunta había sido inesperada, y el cambio en su expresión no pasó desapercibido.
—¿Confundir la identidad de un fallecido? —repitió, su voz cargada de incredulidad. Se inclinó ligeramente hacia mí, sus ojos verdes buscando mi rostro con una intensidad renovada—. ¿Qué estás insinuando?
—No me refiero a este caso, en general —le aclaré, manteniendo la calma mientras lo observaba.
—No hay manera —aseguró—. Hay demasiadas pruebas para comprobar la identidad de alguien: el cabello, la sangre, el reconocimiento de familiares.
—¿De verdad? —pregunté, inclinándome hacia adelante con un interés genuino. —¿No hay margen de error en el proceso de identificación? Me refiero a errores en el análisis, en los informes, algo que pudiera permitir que se confunda a una persona con otra.
Winter frunció el ceño, evaluando mi pregunta. Su expresión de seguridad comenzó a matizarse con una pizca de duda.
—En teoría, no. —Su voz era firme, pero su mirada mostraba una sombra de incertidumbre—. Las pruebas científicas, como el ADN, son extremadamente precisas. Sin embargo, los errores pueden ocurrir, aunque sean raros. Los procedimientos de identificación son meticulosos, pero no infalibles.
Se detuvo por un momento, como si estuviera ponderando las implicaciones de lo que acababa de decir.
—Las pruebas son sólidas, pero en un mundo perfecto, nadie está exento de errores —admitió finalmente, con una nota de resignación en su voz—. La posibilidad de confusión, aunque remota, no es totalmente imposible. Aunque en este caso, la familia la ha reconocido por el rostro y una marca de nacimiento en su cuello.
Nuevamente, un silencio pesado se asentó entre nosotros, interrumpido solo por el suave tintinear del hielo en nuestros vasos. Winter parecía estar sopesando la idea, su mirada fijada en el líquido dorado de su copa.
—¿Por qué te interesa esto? —preguntó finalmente, su tono ahora mezclado con curiosidad y cautela—. ¿Hay algo que deba saber?
—Hay algo que yo quiero saber —cambié de tema—. Si April murió hace poco y nosotras

fuimos encontradas hace meses, ¿cómo, según usted, acabamos con su vida?
—Eso es lo que debo averiguar. Una de ustedes mató a April, y las demás están encubriendo el crimen.
La intensidad de sus palabras resonó en el aire, cargada de una gravedad que hacía que cada sílaba pareciera más pesada que la anterior. La incredulidad se dibujó en mi rostro mientras asimilaba la acusación.
—¿En serio crees que alguna de nosotras sería capaz de eso? —pregunté, mi voz temblando un poco.
Winter me observó con sus ojos verdes, implacables y serios.
—No estoy aquí para hacer juicios, Sophia. Estoy aquí para encontrar la verdad. Los indicios apuntan a que al menos una de ustedes está implicada. Mi instinto me lo dice.
—¿Y cuál es tu historia? —pregunté, mi voz cargada de desafío—. ¿Quién crees que la mató?
El detective Winter se mantuvo en silencio, su mirada penetrante fija en la mía. La tensión entre nosotros se espesaba, el peso de la acusación flotando en el aire. Cuando no respondió, sentí una mezcla de ansiedad y frustración burbujeando en mi interior, obligándome a hablar de nuevo, esta vez con un tono que rozaba la prepotencia:
—¿Soy una líder manipuladora y las chicas son mis fieles lacayos?
Mis palabras resonaron en el pequeño espacio entre nosotros, cargadas de sarcasmo y desafío, pero también de una vulnerabilidad que intentaba ocultar. Sabía que Winter estaba tratando de desentrañar la verdad, pero la verdad era que ni yo misma sabía cuál era mi papel en todo esto. Estaba caminando por una línea delgada, y cada paso que daba me llevaba más cerca del abismo.
Él finalmente rompió su silencio, su voz baja y calculada:
—Esa es una teoría, la número uno, pero no la única. He visto muchas cosas en este trabajo, Sophia, y sé que las apariencias engañan. La pregunta es, ¿quién está engañando a quién?
Esa noche lo comprendí con claridad: siempre sería La Segunda de Chelsea. Desde aquel instante, todas mis acciones serían intentos desesperados por desligarme de esa identidad impuesta, una que jamás elegí. Estaría eternamente atrapada en un sótano oscuro, con el eco de una bala resonando en mi mente, el ruido de una moneda, como una sombra de la que no podría escapar.

Capítulo 25

Un año luego del secuestro – Beatrice.

El concierto había terminado, y no podía borrar la sonrisa de mi rostro. La música todavía resonaba en mis oídos, una mezcla de notas que se habían grabado en mi memoria como un eco vibrante. Mientras el público comenzaba a dispersarse, sentí una energía renovada, como si los acordes hubieran despertado algo dentro de mí que había estado dormido por mucho tiempo.
A mi lado, Nolan, que no se sabía ni una canción de la cantante, sonreía con esa despreocupación que le caracterizaba. Aunque claramente estaba más por mí que por el concierto en sí, no dejaba de disfrutar el momento, lo cual me calentaba el corazón. Había algo dulce en su esfuerzo por compartir esa experiencia conmigo, incluso si la música no era su estilo.
Guardé las entradas en el bolsillo de mi abrigo, un pequeño recordatorio de esa primera cita que tanto me había encantado. Era principios de marzo, y el frío aún abrazaba las calles de Nueva York, haciendo que cada aliento formara una pequeña nube en el aire.
—Gracias por invitarme, aunque no era tu tipo de música —le dije, dándole un suave empujón con mi hombro.
—No me lo habría perdido por nada —respondió, mirándome con esos ojos que parecían siempre estar a punto de revelar un secreto—. Además, la compañía lo hace todo mejor.
Seguimos caminando, hablando de cosas triviales, riéndonos de tonterías y disfrutando de la tranquilidad que seguía al bullicio del concierto. Había algo especial en la simplicidad de ese momento, en cómo no necesitábamos hacer nada extraordinario para sentirnos bien.

La nieve, poco a poco, empezaba a desvanecerse de las calles, aunque el invierno aún se aferraba a la ciudad con fuerza. La temporada invernal no llegaría a su fin hasta dentro de dos semanas, pero ya se notaba el preludio de la primavera en el aire. Los copos de nieve se fundían lentamente bajo el sol débil, revelando parches de asfalto mojado que emergían tímidamente.
Nolan y yo nos dirigimos hacia el auto que había aparcado cerca. El vehículo, un elegante sedán negro, estaba esperando bajo las luces tenues de la calle. La temperatura seguía siendo fría, pero el calor que compartíamos dentro del auto hizo que el frío exterior pareciera más distante.
Nos acomodamos en los asientos de cuero, y mientras Nolan encendía el motor, yo miraba por la ventana, disfrutando del cambio en la atmósfera. El interior del auto era acogedor, con la calefacción a todo lo que daba y una selección de música suave que empezaba a sonar. Me sentí envuelta en una burbuja de confort y complicidad, mientras Nolan condujo por las calles de la ciudad, iluminadas por los reflejos de los letreros y las luces de los rascacielos.

En un movimiento impulsivo, tomé su mano, que reposaba sobre la palanca de cambios, y la acaricié con una dulzura inesperada. De reojo, sin apartar la mirada del camino, noté cómo él me observaba, sus ojos que trasmitían una intensidad que rozaba esos momentos perfectos que tanto anhelo en las películas románticas.

—¿Vamos al campus de la NYU? —preguntó con una ligera sonrisa en los labios.

Asentí, sintiendo un cosquilleo de anticipación. Me pregunté si la noche podría llegar a ser más perfecta de lo que ya parecía. Me cuestioné qué expectativas tenía él, si estaba esperando que yo negara su sugerencia para llevarnos a un lugar más íntimo, o si simplemente compartía mi deseo de disfrutar del momento tal como estaba.

Realmente no había tenido tiempo para procesarlo todo. Mi interés por él había crecido

intensamente desde aquella tarde en el rosedal. Antes, lo había juzgado como alguien superficial y desapegado de los sentimientos, y lo había descartado de inmediato. Yo deseaba a alguien que me amara, que me quisiera sin que tuviera que rogar o dudar. Y Nolan, poco a poco, estaba demostrando que podía ser esa persona.

Después de algunos minutos conversando y cantando canciones de Gracie Abrams a todo pulmón, llegamos a la entrada de la residencia estudiantil. Lo observé en silencio, con un brillo en mis ojos azules, esperando que él diera el primer paso, la primera palabra.

Nolan detuvo el auto y giró hacia mí, sus ojos encon-traban los míos con una intensidad que hacía latir mi corazón más rápido. Se inclinó ligeramente hacia mí, y sentí que el mundo exterior se desvanecía. Sin decir una palabra, se acercó lentamente, su rostro acercándose al mío. La anticipación me envolvía mientras sus labios finalmente encontraban los míos en un beso tierno y lleno de promesa. Fue un beso suave, exploratorio, como si estuviéramos descubriendo un nuevo idioma entre nosotros. La calidez de sus labios y la dulzura de su toque me hicieron sentir como si estuviéramos en una burbuja fuera del tiempo.

Mientras nos separábamos un poco, mi mente no pudo evitar compararlo con todos esos besos perfectos de las películas románticas que había visto. Recordé esos momentos de cine en los que los personajes se besan bajo la lluvia, con el mundo pareciendo detenerse alrededor de ellos. O esos besos robados en medio de un atardecer dorado, con una música suave de fondo que acentúa la magia del momento.

Este beso con Nolan no tenía la grandilocuencia de un escenario cinematográfico, pero en su simplicidad y autenticidad, era incluso mejor. No era una escena elaborada ni un momento perfectamente coreografiado; era real, lleno de emociones crudas y genuinas. Me hizo sentir como si estuviera en una película, pero no por la perfección del momento, sino por la verdad de lo que estábamos compartiendo.

—¿Entonces, qué tal si este es solo el comienzo de una historia increíble? —dijo Nolan, su voz suave y cargada de emoción.

Sonreí, sabiendo que lo que acababa de experimentar era más que cualquier beso de película. Era nuestro momento, y en su simpleza, era el más hermoso que había conocido. Me incliné para besarlo nuevamente, sintiendo que en ese instante, todo parecía perfecto y que quizás, solo quizás, estábamos escribiendo nuestra propia historia romántica, digna de cualquier guion.

Capítulo 26

Un año luego del secuestro – Catherine.

Derek y yo nos encontrábamos entre las sábanas de mi cama. Si le contase esto a alguna de mis amigas, probablemente no les parecería extraño, pero lo era. Lo inusual no era que estuviéramos juntos en mi cama, sino que, a diferencia de lo que podrían suponer, no estábamos teniendo relaciones ni besándonos. Simplemente estábamos acostados, disfrutando de ver «*Lucifer*», una serie que ambos compartíamos en común y que recién descubrimos hoy.

Mientras el protagonista de la serie enfrentaba a sus enemigos con su habitual carisma, yo me acurrucaba junto a Derek, sintiendo el calor de su cuerpo y el suave ritmo de su respiración. A veces, la simplicidad de estos momentos compartidos me sorprendía más que cualquier gesto grandilocuente. No había necesidad de palabras grandiosas ni de acciones espectaculares; solo estábamos ahí, disfrutando de la compañía mutua en su forma más pura.

Había descubierto la serie mientras aún estaba en la secundaria, y su humor negro me había influenciado de muchas maneras. Mis profesores en el colegio lo sabían mejor que nadie; hubo numerosas ocasiones en las que interrumpí sus clases con comentarios ingeniosos, aunque poco apropiados para un salón de clases. Al recordarlo, solo podía reírme. Agradecía la complicidad que habían mostrado al no amonestarme.

El capítulo había llegado a su fin, y antes de que comenzara el siguiente, apagué la pantalla del televisor mientras revisaba la hora en mi celular. Para llegar a tiempo a la cena con las chicas, debía comenzar a prepararme de inmediato.

Derek, que estaba medio adormilado, me retuvo a su lado con una suave presión de su brazo, impidiéndome alejarme. Su mano reposaba sobre mi cintura, y me sentí envuelta en una calidez reconfortante. La cercanía y el suave ritmo de su respiración me hicieron dudar por un momento de la prisa que llevaba.

—No te vayas tan pronto —murmuró, su voz llena de una mezcla de somnolencia y deseo.

Sacudí la cabeza suavemente y le sonreí divertida.

—No puedo quedarme, Derek. Tengo que irme a preparar para la cena con las chicas. Si me atraso, se pondrán impacientes y ya sabes cómo son.

Primero, sonrió como si un chiste privado hubiera pasado por su cabeza. Luego, hizo una mueca de desaprobación pero me miró con comprensión. Me dio un breve abrazo, y su contacto, aún cálido, me envolvió en un sentimiento de ternura.

—Está bien, pero prometo que la próxima vez no te dejaré ir tan fácilmente.

Me reí suavemente y le di un último beso en la mejilla antes de levantarme. Mientras me dirigía al baño, la promesa en sus palabras y la ternura en su mirada me hicieron sonreír, anticipando con una mezcla de emoción y ternura la próxima vez que estaríamos juntos.

Me metí en la ducha, dejando que el agua caliente me envolviera y despejara cualquier rastro de sueño. A través de la pared del baño, podía escuchar a Derek moviéndose por la casa, haciendo ruido mientras se preparaba para irse. Sus pasos resonaban de un lado a otro, y la sensación de su presencia, aunque distante, me hacía sonreír.

A medida que el agua caliente caía sobre mí, me pregunté si este momento de incertidumbre era simplemente parte del proceso de construir una relación auténtica. Tal vez, en lugar de preocuparse demasiado por el futuro, deberíamos centrarnos en disfrutar del presente y permitir

que las cosas se desarrollen de manera orgánica.

Cuando salí de la ducha, envuelta en una toalla, encontré a Derek en la sala, revisando su teléfono y terminando de ponerse su chaqueta. Se volvió hacia mí con una sonrisa divertida.

—No puedo creer que me hayas dejado solo en la cocina con un refrigerador lleno de tentaciones. —Dijo con un toque de humor en su voz—. Aunque, debo admitir, que el sonido del agua que caía me ha recordado lo mucho que me gusta estar aquí contigo.

Le di una sonrisa juguetona mientras me ponía la ropa. Los minutos se hicieron cortos entre risas y miradas cómplices, hasta que finalmente, estaba lista para salir. Derek me acompañó hasta la puerta, y antes de que pudiera abrirla, me detuvo con una mano en el brazo.

—¿A qué hora vuelves? —preguntó, su voz baja y cargada de una mezcla de curiosidad y afecto.

Miré hacia él y me encogí de hombros con una sonrisa.

—No puedo decirlo con certeza, pero prometo que no me tardaré demasiado.

Derek asintió y me dio un rápido beso en la mejilla antes de despedirse.

—Cuídate, y disfruta de la cena con las chicas. Te esperaré.

Salí de casa con una sensación de ligereza en el corazón. Mientras caminaba hacia el encuentro con mis amigas, no pude evitar pensar en la calidez y la complicidad que Derek y yo compartimos desde hace unas pocas semanas.

Nuestro vínculo había comenzado hace cinco meses, cuando él se mudó al departamento de al lado, como algo casual, sin compromisos ni expectativas. Pero, recientemente, desde que comenzaron todos los sucesos mediáticos, Derek se había mostrado mucho más atento a mi bienestar. No era que necesitara cuidados constantes o atención excesiva; simplemente, ahora valoraba más esos gestos de preocupación genuina.

Sí, había sido una chica de muchos hombres, pero no era tonta como para no notar la diferencia. Derek, además de ser un hombre que estudia y tiene sus propios apartamentos, no solo era bueno, sino que también se preocupaba por mí. No era un maltratador ni un idiota, y su interés en mí parecía auténtico. Ver cómo alguien que, aparentemente, encajaba tan bien en mi vida comenzaba a mostrar una preocupación real, me hacía cuestionar si debería dejar que las cosas fluyeran o si era el momento de tomar un paso atrás y tratar la situación con más cautela.

A pesar de mi experiencia con otros hombres, la conexión con Derek parecía especial, y me encontraba en la encrucijada de decidir si debía protegerme un poco más o permitir que nuestra relación se desarrollara sin ataduras.

Ya tenía chismes para mis chicas, pensé mientras reía.

Dejé que el sonido de mis tacones resonara en la acera mientras buscaba el primer taxi que me llevara a mi destino.

Minutos después, a pesar del tráfico neoyorquino, ya me encontraba en la entrada del *San Sabino* en *West Village*. El restaurante tenía una fachada de ladrillo envejecido, con un toque de encanto rústico que contrastaba con el moderno bullicio del barrio. Las ventanas amplias estaban adornadas con cortinas de lino blanco, y las luces doradas que se filtraban a través de ellas proyectaban un cálido resplandor sobre la acera.

Al abrir la puerta, me envolvió una mezcla de aromas: hierbas frescas, pan recién horneado y una pizca de vino tinto. El interior era acogedor y elegante, con paredes de ladrillo expuesto decoradas con obras de arte locales y estantes llenos de botellas de vino. Las mesas, cubiertas con manteles de lino y acompañadas de sillas de madera pulida, estaban dispuestas con una atención meticulosa a los detalles. La luz suave y las velas encendidas en cada mesa creaban una atmósfera íntima y relajada.

Caminé hacia la mesa que habíamos reservado, mi corazón palpitaba con una mezcla de emoción y anticipación. Mientras me acercaba, vi a las chicas esperando, y sus rostros se iluminaron al verme. El aroma de la comida, combinado con la calidez de su bienvenida, hizo que me sintiera como en casa.

—Siempre llegando tarde —dijo Sophia con una sonrisa al verme.

Me quité el tapado de piel, revelando mi elegante vestido negro mientras saludaba a mis chicas una por una. Me sorprendió el atuendo de Andrea; aunque seguía fiel a su estética retro y vintage, era perfecto para la ocasión. Observé a Bea con complicidad, sabiendo que ella había tenido que ver con la elección del vestuario de Drea.

La conversación comenzó, como siempre, con un análisis minucioso de los últimos chismes que habíamos acumulado. Nos reímos y debatimos sobre los detalles más triviales con la pasión de quien conoce cada matiz del asunto. Sin embargo, cuando solté la bomba sobre *Derek, sexy y amoroso, Allister* el tono de la conversación cambió de inmediato.

Las tres coincidieron en lo que parecía obvio para ellas: Derek podría ser un cambio positivo en mi vida. Hablaban de la tranquilidad y seguridad que podría aportar, y sus palabras me hicieron reflexionar. Había algo en su entusiasmo que me hizo considerar sus opiniones más seriamente. Ellas me conocían bien. Habían sido testigos de mis caídas, de los tragos y botellas que nunca debieron haber tocado mis labios, y ahora estaban viendo a un Derek que, para ellas, parecía ser el antídoto perfecto para mis problemas. Aunque, como ya sabía, remarcaron que un hombre nunca sería la completa solución para algo.

En medio de risas y brindis, me sentí envuelta en un cálido abrazo de apoyo y comprensión. Sabía que sus intenciones eran las mejores, y el simple hecho de que estuvieran tan involucradas en mi vida me daba una sensación de pertenencia que valoraba profundamente.

Las luces del restaurante parpadeaban suavemente y la música de fondo creaba una atmósfera acogedora. Mientras la noche avanzaba, la conversación giró hacia temas más personales y profundos, los problemas y alegrías de cada una. Los momentos compartidos en la mesa se volvieron cada vez más íntimos, revelando la fortaleza de nuestros lazos y el significado de nuestra amistad.

Nuestros teléfonos sonaron en medio de un cautivante drama sobre alguna chica que estudiaba con Bea y que yo ni siquiera conocía. Sacamos los celulares de nuestras carteras, expectantes, sabiendo lo que aquello podía significar.

«NÚMERO DESCONOCIDO:

La pequeña Cath sabe con quién irse a la cama, primero yo, luego Derek. ¿Cuál será su siguiente presa?»

El mundo se detuvo. Mi secreto, expuesto ante los ojos de quienes no debían verlo ni saberlo, rompió cualquier buen ambiente que habíamos creado. La atmósfera en la mesa se volvió densa, como si un peso invisible hubiera caído sobre nosotras. Las risas y el bullicio se desvanecieron, reem-plazados por miradas preocupadas y el silencio abrumador que siguió a la lectura del mensaje.

Mis amigas me miraban con una mezcla de sorpresa y decepción. Sentí cómo el calor se apoderaba de mis mejillas, la humillación y el miedo a flor de piel. No podía creer que mi secreto, algo que había intentado ocultar y minimizar, estuviera ahora expuesto de esa manera.

—¿Es verdad? —preguntó Sophia, su voz grave y cargada de desilusión—. ¿Te acostaste con él?

Las palabras de Sophia resonaron en mi mente, cada sílaba agudizando mi vergüenza. Asentí lentamente, incapaz de mirarles a los ojos. El peso de la verdad, junto con la traición

implícita en el mensaje, era abrumador.

Bea, normalmente tranquila, frunció el ceño con un resentimiento palpable. Sus labios se apretaron en una línea fina mientras trataba de procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Cómo pudiste? —dijo con voz firme, la decepción clara en sus ojos—. ¿Después de todo lo que ha pasado, te metiste en la cama con él?

La pregunta de Bea era una mezcla de dolor y enojo, y me atravesó como una daga. Sabía que había fallado a sus expectativas, y eso me dolía más de lo que estaba dispuesta a admitir. No era sólo el hecho de que mi secreto hubiera salido a la luz, sino la forma en que mis acciones parecían validar todas las peores sospechas sobre mí.

—Fue en esos días —intenté explicar, mi voz temblando, sabiendo que entenderían a qué días me refería—. Todo era muy difuso y me dejé llevar. Habíamos estado seis meses secuestradas para ese momento. Tenía miedo y me sentía muy sola, y no dije que no.

La decepción en sus rostros se hacía cada vez más palpable, y la vergüenza se me acumulaba en el cuerpo. Me sentía sucia y culpable, como si cada mirada que recibía fuera una confirmación de mis peores temores. La sensación de haber fallado a mis amigas y a mí misma era abrumadora.

—¿Así que simplemente te dejaste llevar? —gritó Sophia, su voz cargada de indignación—. ¡¿Y no pensaste en cómo esto nos afecta a todas?!

Bea, con las manos temblando de rabia, se puso de pie, dando un golpe en la mesa. Su rostro estaba enrojecido, sus

ojos llenos de lágrimas de frustración.

—¿Cómo pudiste hacer esto, Cath? —exclamó Bea, su tono enojado y dolido—. Nosotras también fuimos secuestradas, y también sufrimos. ¿Y ahora resulta que te acostaste con él?

Andrea, quien hasta ese momento había estado en silencio, también se levantó, su expresión de decepción se volvió más pronunciada.

—No es sólo sobre lo que hiciste —dijo con voz firme—. Es que al final, nos mentiste a todas. Te escondiste detrás de un muro de silencio y nos dejaste en la oscuridad sobre algo tan importante.

La sala estaba llena de un silencio tenso mientras cada una digería las palabras que se habían lanzado. Me sentí como si hubiera sido golpeada por una tormenta, las palabras de mis amigas resonaban en mi mente, intensificando mi sentimiento de culpa.

—Lo siento, de verdad —dije, mi voz quebrada por las lágrimas que comenzaban a caer—. Lo siento por no haber sido completamente honesta y por cómo esto ha afectado a todas ustedes.

Pero las palabras no parecían suficientes. La noche continuó envuelta en una atmósfera cargada de resentimiento y dolor. Mis amigas estaban profundamente heridas, y aunque traté de ofrecer explicaciones y disculpas, sabía que las heridas abiertas no se cerrarían fácilmente. La traición y el dolor estaban a la vista, y enfrentarlos era un desafío que no había anticipado.

Lo peor era que ni siquiera podía darles una descripción física de él; seguíamos en la oscuridad.

Capítulo 27

Un año luego del secuestro – Andrea.

Luego de la reveladora cena de anoche, que había costado mucho más de lo que podía permitirme, me enfundé en mi uniforme de trabajo y continué con mis labores. Grande fue mi sorpresa al ver a una persona sentada en el centro del lugar, sin molestarse en pasar inadvertida. Y no se trataba de Jasper, con quien habíamos comenzado a chatear muy a menudo.

Rosalyn Abrams, la editora de Vanity Fair, me observaba con dulzura y determinación desde una mesa. Su presencia, siempre imponente, llenaba el espacio con una mezcla de elegancia y autoridad. Sus ojos, agudos y penetrantes, no dejaban de seguirme mientras me acercaba con una seguridad recién descubierta.

Rosalyn parecía disfrutar de mi incomodidad mientras jugueteaba con una servilleta de papel, esperando mi respuesta. Mi mente volvió a la oferta que me había hecho la semana pasada: Publicar mis novelas. Aún me costaba creer que alguien como yo, alguien con tantas inseguridades y con una vida que apenas lograba mantener en orden, pudiera tener algo valioso que decir. ¿Cómo podría yo, con mi vida tan desordenada, ser capaz de ofrecer algo de valor a otros?

—Lo he pensado... —comencé, sintiendo el peso de las palabras—, pero no estoy segura de que sea lo correcto.

—¿Y qué te detiene? —preguntó, sin perder la sonrisa.

—No sé si estoy lista para exponerme de esa manera, para dejar que todos vean quién soy realmente —confesé, bajando la mirada hacia mis manos, que jugaban nerviosas con el delantal.

Rosalyn se inclinó un poco hacia adelante, su tono más serio ahora.

—Escucha, Drea, todos tenemos miedo. El truco es no dejar que el miedo decida por ti. Tienes una voz, historias que merecen ser escuchadas. Y créeme, la gente quiere escu-charlas.

Mientras limpiaba la mesa que Rosalyn había dejado, me sentí atrapada en un ciclo interminable de dudas y autocrítica. Mis pensamientos se arremolinaban, mezclán-dose con recuerdos del pasado reciente y temores sobre el futuro. Había pasado por tanto y, a veces, ni siquiera sabía cómo había llegado hasta aquí.

El bullicio del café me devolvió al presente, pero las preguntas seguían martillando en mi mente. Era una locura, una completa locura, pensar que podía ser algo más que una chica tratando de mantener la cabeza por encima del agua. Sin embargo, la oportunidad estaba ahí, esperando, y con ella, la posibilidad de dar un giro a mi vida.

Mientras me dirigía a la barra para continuar con mi turno, un pensamiento cruzó mi mente: tal vez no se trataba de tener una vida perfecta o de ser alguien que lo tiene todo bajo control. Tal vez, solo tal vez, se trataba de ser honesta, de mostrar mis cicatrices y de compartir mi viaje, con todas sus imperfecciones.

Después de todo, pensé mientras preparaba otro café, *quizás mi caos reflejado en personajes podría ser justamente lo que alguien más necesita escuchar.*

Había escrito historias durante toda mi vida. Relatos donde los personajes comenzaban desde lo más bajo, sumidos en una pobreza abrumadora, y escalaban hasta alcanzar la grandeza en las inmensas ciudades. En mis escritos, la lucha por sobrevivir y el deseo de superación eran los motores que impulsaban a mis protagonistas, reflejando en cada línea mi anhelo de creer que,

a pesar de todo, el esfuerzo y la determinación podían transformar cualquier destino. Cada palabra era un eco de mi propia lucha, una forma de expresar que, aunque el camino fuese oscuro y lleno de obstáculos, la esperanza de un futuro mejor siempre estaba al alcance, escondida entre los rascacielos y las luces de neón. Mis personajes, aunque ficticios, eran una extensión de mi ser, una mezcla de sueños y pesadillas, de anhelos y temores, que se entrelazaban en cada historia que escribía.

Sentí un pequeño destello de decisión que florecía dentro de mí, y aunque seguía sin tener todas las respuestas, supe que no podía dejar que el miedo siguiera dictando mi vida.

En ese momento, el sonido de la campanilla de la puerta al abrirse me sacó de mis pensamientos. Un cliente nuevo había entrado, pero antes de que pudiera atenderlo, una notificación en mi teléfono llamó mi atención. Lo miré rápidamente y vi un mensaje de Jasper. Al parecer, él también había estado pensando en mí.

«JASS:

Salí».

Confusa, intente ver por la ventana d la cafetería mas me fue imposible localizarlo.

Cuando salí al aire fresco, el bullicio de la calle era un contraste agradable con la calma del interior del café. La entrada de la cafetería se llenó de luz del sol, y me quedé de pie un momento, buscando a Jasper. Mi corazón latía con anticipación mientras miraba alrededor.

De repente, lo vi. Jasper estaba de pie justo frente a la cafetería, con una expresión que parecía a medio camino entre la diversión y la expectativa. En sus manos sostenía un ramo inusual de libros encintados con cintas de colores. Cada libro parecía ser el primero de distintas sagas de fantasía que me moría por leer.

—Ahora no tienes excusa para no leer —dijo, su voz llena de complicidad—. Tienes el primero de cada saga.

Lo miré con una ceja alzada, aún tratando de procesar el gesto tan considerado.

—¿Tengo…? —cuestioné, mi voz reflejando la confusión y el asombro.

Jasper sonrió ampliamente, su mirada llena de ternura y una chispa de picardía.

—Claramente son para ti, Drea. —dijo con una certeza que hizo que mi corazón se acelerara un poco más—. Pensé que sería una manera especial de decirte que estás en mis pensamientos. Y también, para asegurarnos de que no te falte lectura en tus momentos libres.

Sus palabras me conmovieron profundamente. No sólo por el regalo en sí, sino por el pensamiento y el cariño que estaba detrás de él. La manera en que había elegido cada libro con esmero, sabiendo cuánto significaba para mí, me hizo sentir apreciada y comprendida de una manera que pocas veces había experimentado.

Con una sonrisa agradecida, tomé el ramo de libros con ambas manos, sintiendo el peso de cada tomo como un símbolo de la atención y el cuidado que Jasper había puesto en este gesto.

—Gracias, Jasper. No sé qué decir. —dije, mis palabras llenas de sinceridad—. Esto significa más para mí de lo que imaginas.

—No tienes que decir nada más.

La nieve caía lentamente desde el cielo, cubriendo la calle en un manto blanco y suave. La cafetería a nuestras espaldas se iluminaba con luces cálidas que contrastaban con el frío del exterior. La ciudad seguía su rutina, pero en ese rincón del mundo, el tiempo parecía haberse detenido para nosotros.

Jasper me miraba con una expresión de ternura y sorpresa, y el gesto de haberme traído ese ramo de libros me había conmovido profundamente. La mezcla de la nieve y las luces de la cafetería creaban un ambiente mágico, y el silencio que nos rodeaba hacía que el momento fuera

aún más especial.

Nos detuvimos justo fuera de la entrada de la cafetería, el aire frío y fresco envolviendo nuestras figuras. Miré a Jasper a los ojos, sintiendo una oleada de gratitud y emoción. No había palabras suficientes para expresar lo que sentía en ese momento, y la idea de simplemente darle las gracias me pareció insuficiente.

Sin pensarlo, me acerqué a él con una mezcla de nerviosismo y decisión. Sentía la nieve fresca en la punta de mis zapatos, el mundo alrededor de nosotros desvanecido en un hermoso desenfoque blanco. Me incliné hacia adelante, atrapada por la intimidad del instante.

Nuestros labios se encontraron en un beso suave y agradecido. La sensación de la nieve caía a nuestro alrededor contrastaba con la calidez de su beso, creando una experiencia que se sentía tanto real como mágica. El frío del invierno parecía desvanecerse ante el calor que compartíamos, mientras nuestros labios se movían en un ritmo que hablaba de cariño y conexión.

Cuando nos separamos, la sonrisa en sus labios y el brillo en sus ojos reflejaban lo que yo sentía: una felicidad pura y sencilla, compartida en ese momento perfecto. La nieve seguía cayendo a nuestro alrededor, envolviéndonos en su manto suave mientras nos tomábamos de la mano, sabiendo que lo que acabábamos de compartir era algo verdade-ramente especial.

Parecía que la vida me sonreía luego de tanto tiempo.

Capítulo 28

Trece meses del secuestro – Sophia.

Habíamos decidido cenar en el lugar de trabajo de Drea, quien, con una notable fatiga, había propuesto la idea, alegando que no tenía ganas de alistarse o moverse por la abarrotada ciudad.

Ellie, quien poco a poco empezaba a integrarse al grupo con su encanto inusual, se había unido a la reunión con una alegría contagiosa. Su presencia era inconfundible; los peinados excéntricos, pero curiosamente estéticos y acordes con su estilo vintage, reflejaban su personalidad única. Mientras la observaba, entendí de inmediato la comparación que Drea había hecho hacía un mes con Luna Lovegood. La similitud no era sólo en los peinados, sino en la forma en que Ellie llevaba su estilo con una naturalidad que hacía que lo extraño pareciera perfectamente normal.

La velada reflejaba lo bien que nos encontrábamos, como si estuviéramos resurgiendo de nuestras propias cenizas. Beatrice y Catherine charlaban animadamente sobre los dos hombres que rondaban sus pensamientos, a quienes tenían una curiosidad desbordante por conocer. A su lado, Drea y Ellie conversaban con entusiasmo sobre el regalo que Jasper le había dado a Drea esa tarde; ambas revisaban los libros con fascinación, compartiendo detalles y emociones con un aire de complicidad.

Yo, sintiéndome como una observadora en una escena acogedora y cálida, no podía evitar sentirme parte de una familia que se reconstruía. Todas sabían de mi carácter frío, de mi esencia calculadora y racional. Me conocían bien; habían sido testigos de cómo actuaba con la mente y no con el corazón. Sin embargo, a pesar de todo, me permitían ser parte de este grupo. Me daban el espacio para añadir mi granito de lógica y amargura a este pan hecho de distintas harinas, que se transformaba en un todo más rico y completo.

Mientras la noche avanzaba, el ambiente se volvía cada vez más animado. Las risas y las historias se entrelazaban en un tapiz de camaradería y calidez. Beatrice, con su habitual encanto parisino, contaba anécdotas sobre sus experiencias recientes, mientras Catherine mantenía a todos entretenidos con sus observaciones mordaces pero siempre con un toque de humor.

Drea, con una sonrisa, se sumergía en las conversaciones con un entusiasmo renovado. Ellie, con su alegría contagiosa, hacía que el grupo se sintiera aún más unido con su presencia vibrante. A pesar de que cada una de nosotras llevaba consigo historias de dolor y lucha, en ese momento parecía que estábamos tejiendo una nueva narrativa juntas, una de esperanza y de resiliencia.

Me di cuenta de que, aunque mi contribución a la conversación era más lógica y menos emocional, el espacio que me brindaban para ser parte de su mundo me llenaba de gratitud. En un rincón de la sala, mientras el grupo se reía y compartía, observé el brillo en los ojos de cada una, la manera en que se entregaban a la conversación, y me sentí agradecida por haber encontrado ese refugio.

Pero había algo en el aire, una sensación de inquietud que no podía ignorar. La calidez de la noche y la compañía de las amigas no podían ocultar la sombra que aún nos seguía. El recuerdo del oscuro pasado y el misterio que aún nos rodeaba era un velo sutil sobre nuestra alegría.

Había asuntos que habíamos logrado zanjar. La posibilidad de que April nos enviara mensajes se había descartado después de la conversación con el detective. La revelación de que

Catherine había estado involucrada con él, nuestro secuestrador y acosador cibernético, era una espina que, aunque con el tiempo y la paciencia empezaba a sanar, aún se sentía. Podía notarlo en la manera en que las demás se movían a su alrededor, como si cualquier roce pudiera reabrir la herida. Era un tema delicado, pero confiaba en que podríamos resolverlo. Habíamos enfrentado cosas peores y cada una de nosotras llevaba sus propios secretos y penas.

Lo único que aún permanecía abierto, negado a cerrarse, era la clara implantación de pruebas falsas en el cuerpo de aquella chica pelirroja que había sido nuestra amiga durante el secuestro. Era una sombra que se alzaba sobre nosotros, y aunque no podíamos simplemente colarnos en la estación policial, sabíamos que tendríamos que encontrar una manera de descubrir la verdad.

A veces, las respuestas no se encontraban en los lugares obvios, y nosotras tendríamos que ser astutas, decididas y, sobre todo, pacientes.

La puerta se abrió de un portazo, y el sonido resonó en la cafetería, interrumpiendo la conversación y creando una tensión palpable. Bea soltó un grito de sorpresa, y Drea, por puro instinto, se refugió en los brazos de Ellie. Yo me quedé paralizada, sintiendo que el suelo se desmoronaba bajo mis pies.

Sus ojos, fríos y calculadores, brillaban con una intensidad que era difícil de ignorar. Su mirada, llena de una satisfacción inquietante, era un reflejo de una victoria que no podía ser buena para nosotras. El aire se volvió denso, cargado de una sensación ominosa que me hizo preguntarme si ese sería el final del juego.

Él avanzó con una confianza que no dejaba lugar a dudas. La arrogancia que había en su postura y en su sonrisa me recordó a la que alguna vez yo misma había tenido, pero ahora transformada en algo siniestro y amenazante.

—Buenas noches, chicas —dijo, su voz imbuida de un tono que parecía jugar con nuestras emociones—. Lamento la intrusión, pero necesitaba verlas en persona. Parece que el destino nos ha reunido en un momento bastante interesante.

El silencio que siguió a sus palabras fue ensordecedor. Me di cuenta de que mis amigas estaban en shock, incapaces de procesar lo que estaba ocurriendo. La realidad de la situación me golpeó con fuerza. Él no estaba allí para una simple charla. Su presencia en la cafetería, con su actitud tan segura y sus ojos cargados de propósito, sugería que estaba listo para algo mucho más grande.

Cada uno de sus pasos parecía resonar en la sala, marcando el ritmo de una inminente confrontación.

La atmósfera en la cafetería se volvió aún más tensa cuando escuchamos el sonido de pasos apresurados. Policías, uniformados y con una expresión de determinación en sus rostros, comenzaron a entrar en la cafetería. El murmullo de sorpresa y confusión se elevó, mezclándose con el ruido de las sillas y mesas que se movían al ser empujadas con prisa.

Winter, de pie en el centro del caos, levantó una mano para silenciar el alboroto. Su mirada fija en nosotras, sus labios se curvaron en una sonrisa fría y calculadora.

—Me temo que no hay vuelta atrás —anunció, su voz firme y autoritaria, cargada de una certeza que hizo que el aire pareciera aún más pesado—. Están bajo arresto por el asesinato de April Valoor.

Las palabras resonaron como un golpe seco en el pecho, y un estremecimiento recorrió el grupo. Los policías, con sus miradas serias y decididas, avanzaron hacia nosotras, listos para cumplir con su deber. El impacto de su presencia hizo que el corazón me latiera con fuerza. Sabía que el momento que temíamos había llegado.

Bea estaba paralizada, con los ojos abiertos de par en par. Drea, aún aferrada a Ellie, miraba a Winter con una mezcla de incredulidad y miedo. Catherine se mantenía tensa, con los puños apretados a un lado de su cuerpo. Ellie, por su parte, estaba en estado de choque, incapaz de procesar lo que estaba ocurriendo.

Winter dio un paso al frente, acercándose con una actitud implacable hacia mí, mirándome con superioridad.

—Sophia Danielle Hallington, acusada formalmente de asesinato y presunta implicación en la muerte de Gianna Valdoni, lo que establece un precedente para la solicitud de una orden de arresto por parte de un juez.

Sus palabras resonaron con una dureza implacable, cada sílaba parecía clavarse en mi piel como una sentencia irrevocable. La forma en que pronunció mi nombre, seguida de los cargos, no hizo más que resaltar el peso de cada error del pasado, cada decisión que había tomado, como si cada uno de ellos se levantara ahora en mi contra, arrastrándome a un abismo de consecuencias inevitables.

Tenía una vaga idea de quién podría haber filtrado aquel caso, enterrado en el fondo de mi expediente desde hace años.

Un movimiento extraño de Andrea, quien pretendía sacar su celular para escribir a su familia, llamo la atención de un policía.

— ¡ARRIBA LAS MANOS!

Por instinto, todas hicimos lo pedido, con miedo.

Mientras los policías leían los cargos y procedían con el arresto, sentí cómo el peso de la verdad y las acusaciones se asentaba sobre mis hombros, presionándome hacia el suelo. El futuro, una vez tan lleno de posibilidades, ahora parecía estar reducido a un túnel oscuro sin salida, un laberinto en el que me encontraba atrapada.

Me escoltaron hacia el exterior, el aire frío de la noche golpeándome en el rostro y haciendo que cada respiración se sintiera como un golpe más. Las esposas en mis muñecas se sentían como un peso adicional que me arrastraba hacia abajo. Los policías se movían con una eficiencia fría, manteniéndonos rodeadas mientras avanzábamos hacia los vehículos de policía que nos esperaban.

La multitud se arremolinaba en la acera, mirándonos con curiosidad y juicio. Las luces de las patrullas cambiaban de colores, creando sombras que danzaban sobre el pavimento y añadiendo una atmósfera surrealista al momento. Sentí cómo la desesperación y la resignación se apoderaban de mí, el peso de las miradas de los espectadores, el estrépito de las cámaras y los murmullos que se elevaban en el aire.

La oscura noche nos rodeaba. Mis manos temblaban al compás de mis piernas. Siempre había sido la más severa de nosotras, la más resiliente, y sin embargo, me era imposible esconder el miedo. Me esperaba lo peor —*¿qué podría ser peor que esto?*—. Había perdido cualquier atisbo de ilusión hacía más tiempo del que podía recordar.

Beatrice se permitió llorar ruidosamente mientras Andrea se dejaba caer sobre sus rodillas. Catherine y yo nos miramos en silencio, aterradas por todos aquellos sucesos que nos habían llevado a ser las guardianas de aquel secreto.

¿Cómo se lo diríamos a todos? ¿Lo haríamos? Negué, siendo consciente de que la verdad jamás debería salir a la luz. Lo que hicimos, nuestros errores, ahora sólo eran polvo de estrellas. Pero mientras esperábamos a que llegasen hasta nosotras, mientras intercambiábamos miradas de puro miedo y desesperación, lo supe con certeza: nunca más íbamos a poder escapar de ello, olvidarnos de lo sucedido. Éramos esclavas de nuestras decisiones.

Me sentí vulnerable, más no esperanzada. Unas manos me tomaron de los hombros, e instintivamente peleé para que me soltasen. Totalmente a la defensiva, totalmente despojada de inocencia. Deberíamos sentirnos seguras, salvadas. Nos habían rescatado de un secuestro y devuelto con nuestras familias. Deberíamos sentirnos cómodas entre policías, pero era todo lo contrario.

Sólo éramos cuatro chicas muertas de miedo. Cuatro de nosotras...

Muchos pensarán que esta historia comenzó con nuestro rescate, con los policías sacándonos de aquel sótano en West Side, pero no fue así. Esta historia realmente comenzó con nuestro arresto por el asesinato de April Meredith Valoor.

Vuelve al inicio, descubre la verdad.

Epílogo.

Mis movimientos eran frenéticos. El corazón me latía con fuerza en el pecho. No podía creer lo que veía. Todo estaba borroso, distorsionado. Las pruebas estaban frente a mí, innegables. Sentía que me iba a volver loca. Las hojas rosas arrancadas crujían en mis manos. Mi respiración era entrecortada.

Escribí su nombre, con desesperación. Cada letra parecía gritar en mi mente. La ansiedad me ahogaba. El nombre era real, tangible. El peso de la verdad caía sobre mí:

Sabía quién era él.

Y esa certeza me aterrorizaba.

Agradecimientos.

Hay cosas que no te enseñan en el colegio ni en la universidad, como a quién agradecer en la hoja de agradecimientos de un libro, sí alguna vez escribes uno. Por eso, quiero expresar mi más sincero agradecimiento a todos los que hicieron posible que esta historia saliera del rincón más profundo de mi corazón y llegara al mundo exterior.

Gracias a mi mamá, por pulir este manuscrito conmigo y, sobre todo, por ser mi heroína. Gracias por luchar por mi vida como si fuera la suya. Gracias por hacer posible que una Rocío de diecinueve años escriba un libro y tenga el valor de compartirlo. Gracias por tirar de mí hacia la luz cuando nadie creía que lo lograría.

Gracias a Caro, por escuchar, leer y apoyar cada una de mis alocadas y extremas ideas. Por ser el oído que escucha, el hombro que consuela y la voz que aconseja. Por ser la voz de la razón cuando la necesité, y por seguir siéndolo siempre que lo requiera.

Y gracias a Laura, por poner sus ojos en mis letras, en las raíces que hicieron posible el tronco y las flores de este árbol.

Gracias a mis profesores, a Stella, a Martín, a Inés y a Eugenia. Les debo más de lo que puedo retribuir. Por apoyarme incondicionalmente en este camino de la escritura, por creer en mis palabras cuando aún ni siquiera formaban oraciones. Por corregir mis poemas y relatos, y por recomendarme libros que construyeron lo que soy hoy.

Gracias a mi familia, por no conocer mis sueños y, sin embargo, apoyarlos de principio a fin. Su fe en mí, aunque no siempre entendieran el camino que elegí, ha sido una fuente constante de fortaleza y aliento.

Gracias a Luz y Sol, por iluminar irónicamente mi vida en este último tiempo. Por colarse en mi corazón con su disposición para ayudar, sus ganas inmensas y curiosidad por saber, y su ánimo inquebrantable para alentarme en cada encrucijada.

Finalmente, un agradecimiento especial a mis personajes. Gracias por permitirme explorar partes de mí misma que no conocía. Ustedes me han llevado a lugares desconocidos y me han ayudado a descubrir aspectos profundos de mi propia humanidad. Sin su valentía, sus conflictos y sus historias, esta novela no habría sido posible.

A todos los lectores que se aventuran en esta historia, mi más profundo agradecimiento. Sin ustedes, estos personajes y sus mundos no tendrían vida. Gracias por acompañarme en este viaje literario, por creer en la magia de las palabras y por darme la oportunidad de compartir mi visión con el mundo.

Con gratitud y cariño,

Rocío, Rochi, Ro, Rosio, Rosie o cualquiera que sea el nombre con el que llegue a ti.

---

[1] El término se utiliza para designar a cualquier doble de una persona, comúnmente en referencia al «*gemelo malvado*» o al

fenómeno de la bilocación.